LIBRO dot.com

GRITTLI

Una historia para los niños y sus amigos

Juana Spyri



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

PARTE PRIMERA

CAPÍTULO 1
EN UNA CASA DE CAMPO JUNTO AL RIN

El sol de junio resplandecía bajo la hermosa casa de piedra y sobre sus muros trepaban las rosas en apretados haces, exhalando una dulce y penetrante fragancia con sus rojos pétalos que se acababan de abrir por primera vez. Acrecentaba ese ambiente perfumado el aroma que la fresca brisa matinal traía del jardín densamente poblado, penetrando en la casa a través de las ventanas abiertas. Situada en el centro de este amplio jardín, una espaciosa fuente arrojaba un chorro de agua que se elevaba a gran altura para luego caer sobre la centelleante superficie. Mariposas multicolores revoloteaban en bandadas por el aire azulado, posándose aquí y allá en las fragantes flores, y en todas las ramas de tupido follaje que proyectaban por doquier su sombra, sobre estatuas antiguas o apartados lugares. Los pájaros cantaban y trinaban, meciéndose alegres en las alturas.

Junto a una de las altas ventanas de la casa estaba sentada una niña de pálido rostro contemplando la brillante mañana, pero no podía gozar de la fragancia del jardín, pues la ventana estaba cerrada. Con ojos ansiosos admiraba a través de los altos vidrios las flores esplendorosas y más allá las resplandecientes olas del Rin que al final del jardín, donde bajaba la terraza, bañaba con sus verdes aguas las inclinadas ramas de los viejos tilos, para luego seguir su curso majestuoso. Desde la ventana podían verse todavía las frondosas copas de los árboles que se hallaban junto al río, pero la vista no alcanzaba un banco de piedra ubicado en la fresca sombra desde el cual se contemplaban las verdes olas. El techo acogedor estaba formado por viejas ramas cubiertas de hojas que luego bajaban hasta hundirse en el agua y se dejaban llevar un trecho por la corriente. Era un lugar de singular encanto y nada más ameno que pasar allí una tarde soleada para soñar despierto y seguir con los ojos el movimiento de las olas. Bien parecía saberlo la pálida niña, pues su mirada quedó fija en aquel lugar y cobró por momentos una expresión más ansiosa.

-Oh, mamá -dijo con voz suplicante-. ¿No puedo bajar pronto al jardín? ¿Podré ir hoy hasta el banco que está debajo de los tilos?

Hacía una hora ya que la madre había conducido a su hija enferma a su lugar predilecto junto a la ventana, y durante todo este tiempo apenas había

apartado su angustiosa mirada de la carita descolorida que con sus dos grandes ojos contemplaba tan ansiosa el soleado jardín.

-Hija mía -dijo con solícita ternura-. Ya lo sabes. Por la mañana sueles fatigarte demasiado; esperemos el atardecer, y tal vez podremos bajar hasta el Rin. ¿Estás conforme?

-Ah, sí -suspiró la niña, y volvió a mirar silenciosa las flores que brillaban al sol y las copas de los árboles que se mecían suavemente.

-Mamá, qué hermoso es todo esto; ¿no podríamos salir ahora? -rogó la niña al cabo de un rato, y tan grande . fue el deseo que reflejaban sus ojos al seguir el movimiento de las olas luminiscentes allá lejos, que la madre no pudo resistir más y se levantó. En ese momento entró en la habitación una mujer de edad madura y de aspecto tan aliñado y ordenado que hubiera podido pensarse que no tenía otra ocupación que la de mantener en perfecto estado el peinado de sus hermosos cabellos grises, coronados por una toquilla de impecable blancura y su vestido sencillo pero inobjetable; pero, la verdad era que debía gobernar y regir la casa con toda su servidumbre. Apenas hubo entrado, madre e hija la saludaron a coro:

-¡Oh, Clarisa, qué suerte que hayas venido!

Ambas a la vez expusieron sus ideas, la madre temerosa y preocupada de si no sería un riesgo excesivo hacer un paseo por el jardín, y la hijita pidiendo a voces el consentimiento de Clarisa. La vieja Clarisa era un personaje importante, y todos los habitantes de la casa, comenzando por la dueña y acabando con el_ chico de los mandados, iban a ella en busca de consejo y auxilio, en cualquier necesidad o apuro. Quienquiera miraba alguna vez los amables y bondadosos ojos de la vieja Clarisa, no podía menos que confiar en ella, pues éstos irradiaban afecto maternal.

-Clarisa. Di que podemos salir -insistió la niña enferma.

-Querida señora de Stanhope -dijo Clarisa, dirigiéndose a la madre-. ¿Y si hiciéramos la prueba? El aire es muy agradable y todos los pájaros están encantados como si nos invitaran a salir.

-Bueno, si te parece, Clarisa, vamos a correr el riesgo -consintió la madre. Llamaron a Federico, criado de la casa desde tiempos inmemoriales, para que llevara en brazos a la niña enferma, escalera abajo, a fin de que no llegase al jardín ya completamente exhausta, pues sus fuerzas se agotaban fácilmente. Abajo, las dos mujeres sirvieron de apoyo a la niña y comenzaron a recorrer el jardín. Los pájaros trinaban desde todas las ramas, las rosas exhalaban su fragancia y bandadas de mariposas de todos colores aleteaban por todas partes.

-¿Te sientes bien aquí, Nora? -preguntó solícita la madre.

-Oh, sí -respondió la niña- pero me gustaría tanto bajar hasta el banco de piedra y ver cómo las ramas de los tilos se bañan en el agua.

Luego, continuaron bajando por una extensión cubierta de césped hasta llegar a los viejos tilos y el banco de piedra oculto por las ramas, las cuales se inclinaban profundamente y mecían sus extremos en las olas. Los tilos

estaban en flor y llenaban el ambiente con su dulce aroma. Nora se sentó en el banco y contempló silenciosa las ramas en el agua y las olas que pasaban de prisa.

-Oh, si yo también pudiera correr como las olas, mamá; pero siempre estoy fatigada. Quisiera poder saltar también tan ágilmente y cantar tan alegremente como los pájaros allá arriba en los tilos. Es tan hermoso esto, pero siempre estoy cansada.

-Hija querida -la consolaba la madre-, verás que con el tiempo estarás mejor -pero al decir esto daba la impresión de que necesitaba más que nadie del consuelo que trataba de dar-. Hoy viene también el médico, y le vamos a preguntar qué debemos hacer este verano para fortificar tu salud. Pero ahora creo que hemos de volver a casa. ¿Nora, qué te sucede?

Nora aseguró que sólo se sentía fatigada, y ésta era la verdad de siempre. Después de cualquier gran esfuerzo, su carita ya tan blanca empalidecía más todavía. A duras penas, pudo llegar hasta la casa donde Federico la llevó en brazos por las escaleras depositándola en un sofá. Allí permaneció un rato callada y quieta, para descansar.

Hacia el mediodía, llegó el médico. Después de escuchar el detallado informe de la madre sobre la creciente debilidad de su hijita, declaró que se imponía un cambio de aire, trasladándola a las montañas por todo el verano. Luego de reflexionar un rato el médico dijo que le iba a escribir a un compañero de estudios radicado en Suiza, para consultarle acerca del lugar más indicado, pues no debía elegirse una altura excesiva para la joven paciente. Apenas le hubiese llegado la respuesta de su amigo, volvería para poner al tanto a la señora de Stanhope. Luego, después de saludar, el médico se despidió.

Al caer la tarde, Nora ocupaba nuevamente su sillón junto a la ventana y miraba hacia afuera, silenciosa y con mirada cansada. El sol al ponerse doraba el verde césped, iluminando las hojas de los rosales que aquí y allá eran alcanzadas por la luz. La vieja Clarisa se hallaba a su lado y sus ojos se levantaban de tiempo en tiempo de su trabajo para seguir la mirada de la niña enferma.

-Clarisa -dijo Nora-, ¡vuelve a recitar la vieja canción del paraíso!

Clarisa dejó a un lado su labor:

-Algún día, cuando te sientas mejor, la cantaremos juntas, ahora sólo la voy a recitar.

Y cruzando las manos comenzó:

Un río de agua cristalina y pura
Riega un vergel de eterna lozanía,
Y de los tiernos lirios la blancura
Mezcla con la fragancia su alegría.

Refleja el sol en llameantes rosas
Dorada luz con celestial hechizo;
Aves canoras trinan jubilosas:
¡Salud y amor: esto es el paraíso!

Suaves vientos prodigan sus caricias
Sobre caminos bellos y floridos,
Hombres dichosos que se dan albricias
Se salen al encuentro conmovidos.

Un sueño les parece tal belleza
Con júbilo el amigo es saludado;
Quedó allá abajo el mundo de tristeza
Y al reino de los cielos han llegado.

En las regiones bienaventuradas
Discurren sin pesares ni amargura,
Sus lágrimas se vieron enjugadas
Y los inunda la alegría pura.

Cuando Clarisa terminó de recitarlo, reinó el silencio en la habitación; Nora parecía absorta en sus pensamientos.

-Clarisa -dijo al cabo de un rato-, esto es tan hermoso que siento ganas de irme.

-Vete con alegría, hija mía, vete con alegría -dijo Clarisa con lágrimas de gozo en los ojos-, entonces también tú caminarás alborozada entre bellas flores y cantarás:

Sus lágrimas se vieron enjugadas
Y los inunda la alegría pura.

Y nosotras te seguiremos pronto; primero yo y luego tu mamá.

En ese instante entró la madre. Clarisa calló, porque sabía de sobra que la señora de Stanhope no se resignaba a la idea de que Nora pudiese abandonarla para irse al cielo; mas ahora había escuchado demasiado bien las últimas palabras y miró a su hija con renovada angustia. Hallándola tan descolorida y fatigada, ordenó que se la acostase de inmediato, y así se hizo.

Cuando muy entrada la noche la madre estuvo sola con su vieja amiga, comenzó a preguntarle preocupada qué motivos tenía para hablar con Nora de semejante manera; pues, al fin y al cabo, la niña no estaba en tan grave estado como para pensar. en lo peor.

-Nora me había pedido que recitase aquella vieja canción -contestó Clarisa-, y usted, querida señora de Stanhope, permítame que le diga una cosa: si nuestra bienamada hija tuviese que seguir viviendo en medio de tanta soledad' y tan falta de fuerzas, ¿qué le depararía la vida? Ni el menor de todos los bienes y riquezas que la rodean le proporciona gozo alguno, ni siquiera puede disfrutar de un corto paseo por el hermoso jardín; la vida se transforma en dolor y sufrimiento. ¿Por qué no debemos desearle el retorno allá donde no existen los pesares ni el dolor?

-No te quiero escuchar, Clarisa, no puedo sufrirlo ni pensarlo siquiera; no ha de ser así. ¿Acaso no puede todo tomar un giro favorable y volverle las fuerzas a nuestra Nora? -exclamó la madre, y estos pensamientos la alteraron de tal manera que no pudo seguir hablando. Se retiró y también la fiel Clarisa se fue apesadumbrada a su alcoba.

Poco después, la hermosa casa quedó silenciosa y oscurecida en medio del magnífico jardín. Desde arriba la iluminaba la luna, y quien veía los altos y blancos pilares brillando entre los árboles, pensaba sin duda: "¡Qué esplendor debe reinar tras estos muros!", pues, el sufrimiento que había allí dentro no podía verlo nadie.

La señora de Stanhope habitaba la casa de sus padres junto al Rin. Casada de muy jovencita en Inglaterra, había perdido muy pronto a su marido, y al poco tiempo había vuelto a la casa de sus padres, la cual se hallaba solitaria y abandonada por la muerte de sus progenitores, de los que era hija única. Llevaba consigo a sus dos hijos pequeños, el agraciado Filo, de ojos oscuros, y la esbelta Nora, con sus rubios rizos. La fiel Clarisa, que ya había sido el ángel bueno de su niñez, la había acompañado por todas partes, primero ayudándole como una madre, en un país extraño, para hacer frente a todo lo nuevo y desconocido que éste le deparaba, y luego como ama de casa e institutriz de los niños. Varios años habían pasado de esta manera en esta hermosa casa de campo sin que la familia pudiese gozar de una alegría pura sin mezcla de amargura, a causa de la precaria salud de los niños. Hacía dos años que la casa había quedado enlutada, cuando el agraciada Filo había cerrado para siempre sus alegres ojos oscuros. Ahora descansaba en el jardín bajo las rosas blancas, junto a los viejos tilos. Filo era un año mayor que Nora, quien tenía, ahora, diez años cumplidos.

Habría pasado algo más de una semana, cuando volvió el médico; ya había recibido la información pedida. Su amigo vivía en una región montañosa rodeada de bosques y con un clima saludable; se iba a ocupar de encontrar el alojamiento donde la señora de Stanhope con su hija podrían pasar el verano, y decía estar seguro de que encontraría una casa adecuada para ellas. La señora podía emprender el viaje cuando quisiese; no tenía más

que presentarse en la casa del médico y hallaría todo dispuesto para recibirla.

Inmediatamente se iniciaron los preparativos para el viaje. Clarisa debía quedarse para administrar la casa; sólo una joven sirvienta viajaría con madre e hija, las cuales ocho días más tarde ya estaban sentadas en el coche para emprender el viaje a Suiza, acompañadas de mil augurios que Clarisa repitió sin cesar hasta que las ruedas comenzaron a rodar. Entonces, Clarisa enjugó las lágrimas que no había podido reprimir. Con las manos juntas volvió a entrar en la casa desierta mientras murmuraba:

Sus lágrimas se vieron enjugadas
Y los inunda la alegría pura.

CAPÍTULO 2
EN LA CASA DEL MEDICO

Los últimos rayos del sol iluminaban las tiernas hojas frescas de las hortalizas plantadas hacía poco que asomaban sus cabecitas en dos grandes bancales junto al jardín, donde constituían el orgullo de la dueña de casa. Aunque ella gozaba más entre tantas fragantes florecitas como ¡as que perfumaban el vergel, terminaba siempre su inspección con una mirada protectora hacia esas plantitas que ella había plantada con su propia mano y cuidado con esmero desde el primer día. El estado de la coliflor parecía este año particularmente promisorio, pues la propietaria del huerto pasaba revista a la joven plantación con especial complacencia; frescas e inmaculadas se tendían las filas y por ningún lado aparecían los signos de las funestas orugas.

-¡Buenas tardes, señora doctora! -dijo una voz desde el cerco. Así solía llamar la gente del lugar a la señora del médico, siguiendo la usanza del país, aunque el doctor, en realidad, era sólo el médico. Los bancales estaban separados del camino por un seto, y desde ahí la voz siguió diciendo:

-Siempre tiene usted las mejores hortalizas. ¡Bien se ve quién las cuida!

La señora doctora se adelantó ahora hasta el seto, por encima del cual, Heiri, el jornalero, le tendía su mano callosa, pues era un viejo conocido y se sabía con derecho a un buen apretón de manos. Junto con la señora doctora había ido a la escuela, y muchas veces había acudido a ella en busca de consuelo y consejo.

Ella devolvió su saludo con amabilidad, y preguntó solícita:

-¿Cómo le va, Heiri? ¿Siempre mucho trabajo? ¿Y en casa están todos bien, su mujer y los hijos?

-Sí, sí, gracias a Dios -respondió Heiri dejando las pesadas herramientas en el suelo-. Trabajo hay de sobra; esto aquí tengo que llevarlo todavía al herrero. Pero hay que trabajar mucho, porque la familia está siempre

Librodot

creciendo.

-Vuestros muchachos tienen buen aspecto, ayer los he visto juntos con Elsita -prosiguió la señora doctora con interés-, pero ella está muy pálida y parece frágil. Espero, Heiri, que usted no olvide de qué enfermedad murió la madre de Elsita. La niña no debe hacer esfuerzos demasiado grandes, es muy débil, y menos ahora que está en el período del mayor crecimiento. Debe cuidarla a tiempo, Heiri, ya sabe usted qué pronto se marchita una vida joven.

-Sí, sí, bien lo sé, y no creo que lo olvidaré fácilmente. ¡Ay, cuando pienso lo joven que murió Grittli! Margarita es una buena mujer y fiel esposa, pero a Grittli nunca la voy a olvidar -y Heiri se enjugaba algunas lágrimas furtivas.

A la bondadosa doctora también se le humedecieron los ojos:

-Yo tampoco la olvido, Heiri; ¡qué no hubiera dado la pobre Grittli por quedar todavía un tiempo con usted y los dos pequeños! También, todo tuvo un desenlace tan rápido. Siempre fue tan delgada y delicada, que nunca veo a su hijita, la buena y pequeña Elsita, sin que me preocupe porque no la hagan trabajar demasiado... ¡Bien se ve que no le da la salud para aguantar mucho!

-Razón no le falta, señora -asintió Heiri-; la niña es muy delgada y delicada; pero en lo demás sale más bien a mí, no es de mucha agilidad, sino más bien reflexiva. El muchacho sí que es como Grittli, que Dios la tenga en su gloria, pues siempre tiene algún proyecto en la cabeza y no sabe estar sentado mucho tiempo. Sufre si los más pequeños no andan demasiado limpios, y dice que a los tres habría que ponerlos bajo la canilla de la fuente. pues, en esto es el calco de Grittli, que en paz descanse; no puede ver desorden ni suciedad. Pero entonces los pequeños arman una batahola y gritan hasta que acude la madre, y las cosas empeoran, de manera que casi nunca vuelvo a casa por la noche sin que Margarita me diga que debo dar una paliza al mayor por molestar a los pequeños y tenerla al trote a ella, que ni puede con el trabajo. Pero cuando lo tengo delante mío al muchacho, y él me mira a los ojos, igualito como lo hacía Grittli, no soy capaz de pegarle; entonces Margarita se enfurece conmigo. y discutimos, aunque tampoco la quiero emprender con ella, porque es buena mujer y hacendosa como pocas. He pensado ya, señora doctora, si no sería bueno que le hablara usted sobre eso de educar a los niños a bofetones. Muy agradecido le quedaría yo, y se me ocurre que a usted le hará caso antes que al marido. Usted también tiene que educar a muchachos y sabe lo que hace falta en estos casos. ¿No le diría usted una palabrita cuando ella acierte a pasar por aquí?

-Con mucho gusto lo haré, Heiri, pierda usted cuidado. Pero, ¿cómo van las cosas con Elsita? ¿Se lleva bien con la madre?

-Verá usted -dijo Heiri, acercándose aún más al seto para ser oído mejor-. La niña sale a mí, vale decir que cede fácilmente y no se empecina en hacer su propia voluntad como lo hacía Grittli; cumple puntualmente todo cuanto le manda Margarita, no la contradice en nada ni se queja, y eso que, desde que vuelve de la escuela hasta que se va a la cama debe ayudar en todo, cuidar de

los muchachos y llevar en brazos al más chiquito.

-Que no carguen la mano demasiado, Heiri -exhortóle preocupada la doctora-, que temo por esa niña. Mande pronto a Margarita por acá que le quiero hablar también sobre esto; puede decirle que tengo algunos vestidos para darle que a los míos les quedan chicos.

-Lo haré con mucho gusto, señora, y ahora ya es tiempo de que marche. Que pase bien la noche, señora, perdone la molestia, y deseo que el huerto siga bien.

-¡Gracias, Heiri, y buenas noches! -Se despidieron con otro apretón de manos, y Heiri siguió por su camino.

La señora doctora permaneció meditabunda entre los canteros, pero sus pensamientos ya no se ocupaban de las plantitas.. La conversación con Heiri había despertado en su alma recuerdos de días pasados. Veía una radiante caza de niña con grandes ojos pardos y admiraba dos hábiles manos que adornaban el vestido y el peinado con norme-olvides. ¡Qué bien sabía lucirlo!

La niña era Grittli, sentada a su lado junto al arroyo donde ambas habían recogido grandes ramos de las flores azules. Grittli era hija de gente pobre, pero era bien parecida, extraordinariamente limpia y estaba peinada a la perfección. Siempre llevaba un moño y una flor como si estuviese de camino para una fiesta, por sencillos que fuesen sus vestidos. Muchos la reprendieron por esto, mientras otros se reían de ella, pero no por esto cambiaban las cosas. Grittli sentía una profunda necesidad de rodearse de belleza, y dijera lo que dijera la gente, no dejaba de adornarse con una flor o una cinta, cual si viniera de la casa de un artista que estuviese pintando un retrato suyo. A los dieciocho años se casó con el bueno de Heiri, que siempre la había amado y le había dicho que sabría trabajar para los dos con tal de que quisiera ser su mujer. Pero no habían pasado cinco años cuando Grittli ya se estaba marchitando por la tisis. Sus dos hijos, Estéfano, llamado Fani, de cuatro años y Elsita de tres, habían sido educados por la joven madre en medio de tanta limpieza y pulcritud que esta costumbre había quedado hondamente arraigada en ambos. Pero Heiri necesitaba para sus hijos otra madre, y la gente le decía que la más indicada sería Margarita, que le ayudaría bien en todos los trabajos. De esta manera, Margarita se convirtió en su segunda esposa y fue trabajadora y hacendosa; pero de adornos y flores no entendía nada, y la limpieza exagerada le parecía innecesaria y una pérdida de tiempo. La casa de Heiri adquirió un aspecto distinto, los tres niños y el pequeño en la cuna tenían otra apariencia que la de Fani y Elsita cuando eran chicos, si bien éstos conservaban la costumbre de su madre.

Mientras la doctora seguía sumergida en estos pensamientos, la asustó una terrible gritería que llegaba desde la casa. Pronto apareció Ricli, de ocho años, quien gritando a voz en cuello se abalanzó hacia ella, perseguida por su hermano Fred que llevaba un libro grande bajo el brazo izquierdo, mientras levantaba el puño derecho en dirección a su hermana que corría.

-Vamos, Rieli. ¿Qué manera de gritar es ésa? -preguntó la madre-. A ver

si vuelves en ti; ¿qué ha sucedido?

Rieli seguía berreando y escondía su cabeza en el regazo de la madre. Fred llegó a la carrera:

-Fíjate, mamá, esta tontuela mete tanto barullo porque he cazado esta preciosa ranita y se la mostré para que pudiese admirarla; ahora vas a ver de qué interesante ejemplar se trata. ¡Mira, mira! -Y Fred le enseñó la mano abierta donde se agitaba una rana.

-Rieli, ahora basta, quédate tranquila -ordenó la madre a la niña-, y tú, Fred, sabes muy bien que ella tiene mucho miedo a los animales que sueles coleccionar. ¿Por qué, entonces, se los tienes que poner debajo de la nariz?

-Estaba sólo conmigo al principio -se disculpaba Fred-, pero ahora escucha la descripción, mamá.

Fred había abierto su libro y releyó:

-La rana verde o rana acuática, esculenta, tiene hasta tres pulgadas de largo; su color es verde de césped con manchas negras. Los ojos reflejan un brillo dorado, los dedos de las patas traseras se hallan servidos por una membrana interdigital o natatoria. Su voz que se hace oír preferentemente en las calurosas noches del verano dice: Brequequex. El invierno lo pasa en el barro. Se alimenta de...

En este momento se detuvo un coche delante de la casa.

-¡Es la señora con la niña enferma; ahora me debes dejar, Fred! -dijo la madre, apartando apresuradamente a Fred que le cerraba el camino. Mas él corrió tras ella:

-Pero, mamá, escucha, si todavía no sabes de qué se alimenta; se alimenta de...

Pero ahora acudió Juan desde el establo, y de la cocina vino corriendo Catalina con un delantal limpio y blanco, pues ya le habían avisado que en cuanto llegase un coche debería salir para subir a una niña enferma por las escaleras. Fred y Rieli habían retrocedido y se quedaren quietos junto al seto, a la espera de los acontecimientos. La primera en salir del coche fue una señora que hizo una señal a Catalina, la cual levantó en brazos a una figura tierna, blanca y casi transparente que llevó a la casa. Las dos mujeres le siguieron.

-Esta niña es mucho mayor que tú -explicaba Fred, ahora, a su hermana Rieli-, aunque mamá creía que no tendría más de ocho o nueve años. Ésta será una buena amiga para Emi. Además, no está para griteríos como los que tú sueles armar.

-Sí, sí, pero tampoco lleva siempre ranas, arañas y orugas en los bolsillos como tú -se defendió Rieli, y pensaba añadir otros argumentos de peso para justificar sus gritos, cuando Fred abrió la mano para ver cómo le iba a la rana, la cual juzgó que ésta era su oportunidad y se escapó saltando hacia Rieli. La niña, gritando, corrió hacía la entrada de la casa, pero no llegó muy lejos porque Catalina se abalanzó sobre ella con un imperioso: ¡Ssshh! ¡Sssshhhh!

-¡Y cómo se te ocurre portarte así habiendo dentro una paciente!

-¿Dónde está tía? --quiso saber Ricli, y Catalina ya tenía la respuesta preparada porque esta pregunta se oía centenares de veces al día en esa casa.

-En la otra habitación; aquí está la enferma; no entres, que tu mamá lo ha prohibido. Tampoco hay permiso para gritar como un lechoncito al que están carneando -añadió Catalina de su propia cosecha.

Rieli corrió presurosa a la otra habitación para desahogar su corazón con la tía, contándole sus desgracias con el batracio, pues no podía sobreponerse a la idea de que la rana casi le había saltado a la cara. Pero la tía se hallaba muy ocupada: Oscar, el hermano mayor, estaba sentado a su lado, conversando seriamente.

¿Sabes una cosa, tía? Si Feclito no cede, se podrían combinar los dos versos; de esta manera se salvaría el nuestro y ellos, sin embargo, tendrían el suyo, ¿no te parece?

-Sí, ésta es una buena solución -consintió la tía-, así todos salen con la suya y los versos son más densos de contenido, tal como es lo indicado para tales ocasiones.

-Entonces, tía, ayúdale a Emi en el bordado -rogó

Oscar-. De otra manera no acabará nunca con el estandarte, porque lo deja cien veces para dedicarse a alguna cosa nueva.

La tía prometió su ayuda y Oscar, muy satisfecho, salió corriendo porque tenía prisa en comunicar a sus amigos la feliz solución hallada para los versos, y la promesa de ayuda de la tía. Antes de que Rieli pudiese iniciar el relato trágico de la rana, había entrado Emi, la hermana mayor, con señales de gran excitación:

-Tía, tía, todos se van a buscar frutilla, todo un grupo, ¿puedo ir con ellos? Dilo pronto, no puedo preguntar a mamá, ahora, y ¡tengo prisa!

-Unas veces las violetas, y otras la frutilla, y otras las bayas del arándano, pero algo tienes siempre que hacer, Emi. Bueno, vete de una vez, pero no vuelvas muy tarde, ¿oyes?

Emi ya estaba afuera.

-¡Yo también, yo también! -gritó Rieli, y corrió tras ella; pero Emi había bajado la escalera en dos saltos y le gritó:

-¡No, no! No puedes venir al bosque, allí hay bichos y caracoles rojos.

Rieli dio marcha atrás inmediatamente y se proponía, en compensación, referir ahora, una vez por todas, la triste aventura con la rana. Pero en ese momento venía Fred corriendo con su libro debajo del brazo. Se sentó tan cerca de la tía como pudo y abrió el libro.

-Suerte que estás aquí, tía; mamá no pudo escuchar hasta el final, y esto se trata de un animal muy interesante del cual cacé un magnífico ejemplar. Pero no lo perderás, tía; mañana buscaré otro y lo traigo acá.

-¡No, no! -exclamó Rieli-, dile que no, tía, le salta a una a la cara y tiene ojos amarillos como un dragón y...

Fred cerró el puño, lo puso de golpe ante la cara de su hermana y lo abrió

rápidamente.

Con un grito de espanto, Rieli dio un salto y salió por la puerta.

-Menos mal, asi uno puede leer tranquilo -dijo Fred, satisfecho ante el efecto obtenido, y poniendo su mano sobre el libro, comenzó a leer:

-La rana verde o acuática, esculenta...

Enfrente se abrió la puerta, se oían pasos y voces.

-Ven -dijo la tía-, tenemos que acompañar a la niña enferma hasta la puerta; después volvemos a ocuparnos de la rana.

La tía se acercó a la ventana y en su rostro apareció una sombra al ver cómo subían la niña al coche:

-¡Ay, qué pálida y enferma parece esta carita hermosa! ¡Pobre niña, no, mejor dicho, pobre madre! -dijo al ver a la señora que apretaba la mano de la dueña de casa mientras grandes lágrimas le corrían por las mejillas.

-¡Dios mío! -suspiró la tía por segunda vez. El coche se alejaba y Fred había echado nuevamente mano del libro, pero no se pudo proseguir la historia de la rana, porque ahora entró la madre y estaba muy excitada por lo que acababa de presenciar. Tuvo que contárselo en seguida a la tía, pues ésta era siempre su compañera inseparable en las alegrías y pesares. La tía formaba parte tan indispensable de su casa que los niños ni podían imaginarse un hogar sin tía, ya que ésta_ era tan necesaria como un papá y una mamá. Fred se hizo prometer rápidamente que antes del toque de retreta para retirarse a los dormitorios le podría informar sobre la vida de las ranas; y luego siguió la indicación de su madre de salir del cuarto por un rato. La madre explicó la profunda compasión que sentía por la señora de Stanhope y su hijita enferma. Le parecía que esta criaturita endeble con los grandes ojos azules y la cara fina y descolorida no tenía ya más que un pie en la tierra. La pobre madre, al parecer, no podía resignarse a esta idea, pues ya a la primera palabra compasiva que había escuchado se echó a llorar y trató de engañarse a sí misma diciendo que sólo era el viaje el que tanto había debilitado a Nora dándole ese aspecto pálido y enfermizo. Ahora, con el aire saludable de la montaña, cambiarían las cosas. En esto cifraba todas sus esperanzas.

Al llegar la madre a este punto de su relato, se escuchó el ruido de los cascos de un caballo; ella sabía que era su marido que volvía de una visita a sus pacientes y bajó de inmediato para informarle que la señora había llegado con su hija enferma. El doctor, no bien bajó del caballo, se puso en camino para hacer la primera visita a su nueva paciente. Había hallado un alojamiento que, dentro de lo que era posible en esa región rústica, respondía a las condiciones que su amigo, el médico del Rin, había recomendado para la enferma y su madre. El doctor volvió a su casa, entrada ya la noche, cuando los niños se habían retirado, no sin que Fred hubiese alcanzado su objetivo. Durante la última media hora había seguido a cada paso a la tía para aprovechar el momento propicio, cosa que hoy, como tantas otras veces, requería tiempo y paciencia, ya que la tía estaba ocupada por todos los hermanos a la vez, mientras por el otro lado la madre y Catalina la consul-

taban simultáneamente. Pero Fred poseía el don de la constancia y pudo acostarse a dormir tranquilo, porque a pesar de todos los deberes secundarios que pesaban sobre la tía, logró informarle sobre todas las condiciones de vida de la rana acuática o esculenta.

El doctor se había sentado a cenar. La madre y la tía se hallaban a su lado esperando ansiosas lo que les diría acerca de la joven paciente: en qué atado la había hallado y si abrigaba la esperanza de que el veraneo le devolviera la salud. Pero el doctor movía la cabeza:

-Hay poca esperanza -dijo-; esta planta carece de fuerza vital; no se trata aquí de fuerzas perdidas, sino de algo que no ha existido desde un principio. Veremos si nuestro aire montañés puede obrar milagros; mas como no sea así, no hay salvación.

Esta noticia entristeció mucho a las mujeres, pues, ambas habían visto cuán dolorosa sería para la madre la pérdida de su hija. Ambas se aferraban ahora a la esperanza de que el aire reconfortante tuviese un efecto tanto más saludable cuanto que era para la niña enferma completamente nuevo y desacostumbrado.

-Sería bueno que Emi visite a la niña para entretenerla y alegrarla un poco -dijo el doctor-. Como siempre tiene la cabeza llena de ideas y planes, allí tiene una válvula de escape y le faltará tiempo para emprender alguna de las suyas que siempre terminan mal. Esa niña tal vez le cause estupor o extrañeza, pero no la incitará a acometer alguna empresa descabellada; así pues, será bueno para ambas que vaya allí a menudo.

La madre estaba muy de acuerdo con esta idea, pues no dudaba de que las niñas trabarían amistad, lo que juzgaba muy provechoso para ambas. La callada y tierna Nora podría ejercer un influjo apaciguador sobre el temperamento violento y rápido de Emi, y ésta, a su vez, con su vivacidad y frescura, llevaría nuevas ideas y un poco de regocijo a la vida monótona de la enferma.

Cuando más tarde el doctor preparaba en su consultorio el trabajo del día siguiente, las dos mujeres estaban sentadas, como de costumbre, junto a una gran canasta de remiendos, parches y paños, comentando los acontecimientos del día y todo cuanto había sucedido a los niños, como también las observaciones que ellos habían hecho. Era éste el único momento del día en que las hermanas tenían tiempo para una conversación tranquila, de la que sentían mucha necesidad, ya que había tantos asuntos por los cuales vivían y obraban en común. Ante todo, los niños, con sus alegrías y pesares, sus aspiraciones y necesidades; luego los enfermos que acudían a la casa desde toda la región y aun desde lejos, y finalmente todos los necesitados de ayuda y consuelo que había a su alrededor y que venían con todas sus cuitas a donde estaban seguros de encontrar cálida simpatía y ayuda en palabras y obras. Fue así que como la madre y la tía tenían esta noche tantos asuntos que comentar, bajo sus diligentes y hábiles manos fue reduciéndose cada vez más el montón de medias para zurcir y prendas para componer, hasta que ambas

pudieron gozar de un tardío pero bien merecido fin de la jornada.

CAPÍTULO 3
EN LA ALDEA Y LA ESCUELA DE BUCHBERG

La aldea de Buchberg estaba formada por muchos cortijos dispersos y grupitos de casas y casuchas que se asomaban aquí y allá entre el follaje de los frutales. Cerca de la iglesia había sólo unas pocas casas: la escuela, la casa del sacristán, el caserón viejo del intendente municipal y algunas chozas de campesinos. Apartada a cierta distancia, sobre una colina con tupida arboleda, estaba la casa del médico. Pero los edificios más importantes de Buchberg estaban abajo, junto a la gran carretera: la enorme fábrica y a su lado la espaciosa vivienda del propietario de la fábrica que había hecho construir ambos edificios. Entre la carretera y la casa mediaba un espacioso predio soleado, pues no se había plantado allí ni un árbol ni un arbusto siquiera, ya que entonces no se hubiera podido ver desde la carretera esta casa importante. El propietario de la misma y de la fábrica era el riquísimo señor Bickel, que habitaba con su mujer y su único hijo en la planta baja. Las habitaciones del primer piso, seis en número y a cual más grande y espléndida, estaban siempre bajo llave y cubiertas sus ventanas con persianas verde brillante. Nadie podía entrar allí que no fuera la señora de Bickel para sacudir el polvo de los valiosos muebles y admirarlos en silenciosa solemnidad. En tales momentos, y como caso excepcional, podía también ocurrir que el hijo obtuviese permiso para entrar y después de haber dejado sus zapatos delante de la puerta, admirar con una especie de sagrado temor los sillones y las cómodas que nunca habían sido usadas. El señor Bickei gozaba de gran autoridad en la comuna, porque mucha gente, grandes y pequeños, hallaban trabajo en su fábrica, y de ellos él sabía sacar provecho con mucha habilidad. Era tanto su celo por el negocio que miraba a cualquier persona desde el punto de vista de su posible utilidad para la fábrica, y según la opinión que se formaba al respecto, le tenía aprecio o no. Cuando en Buchberg nacía un niño, calculaba ya el señor Bickel en qué año podría formar parte de sus obreros, y casi todos los niños de Buchberg sabían que algún día caerían bajo el dominio del señor Bickel, por lo cual se hacían a un lado con cierto respeto cuando le veían venir con su grueso bastón con un botón de oro y la cadena, también de. oro, del reloj que brillaba ostentosa a la distancia y de la cual pendía majestuosa una enorme medalla.

De la hermosa casa salía todas las mañanas el hijo del señor Bickel, el joven Feclito, y subía por la carretera en dirección a la escuela. Sobre la espalda llevaba el morral de cuero con un precioso cierre que ostentaba en

medio de guirnaldas de rosas, las grandes y bien marcadas iniciales "F. B.". La señora de Bickel había hecho fabricar este cierre para Navidad del año pasado. Su nombre, un poco raro, de Feclito, lo había adquirido de la siguiente manera: Su abuelo había sido un sastre; y como era pequeño de estatura y no ocupaba ni remotamente la posición que habría de escalar su hijo, sino que, por el contrario, era un sastrecillo más pobre que una laucha, que apenas ganaba lo necesario para vivir, se le llamaba comúnmente: el sastrecillo. Cuando bautizó a su hijo con el nombre de Félix, éste, a la usanza de la región, fue llamado Fecli, y para designarlo con más precisión: el Fecli del sastrecillo. Mas éste tenía desde muy temprano un presentimiento de su futura importancia, por lo cual el nombre le disgustaba más y más, a medida que iba mejorando su posición social y crecía en riqueza y autoridad. Pero no había forma de sacarle esta costumbre a la gente de Buchberg; una vez acostumbradas a un nombre, lo mantenían fielmente y lo heredaban de una generación a otra. Todavía ahora, aunque cualquiera que se encontrase con él lo saludaba con un: "¡Buenos días, señor Bickel!", no había uno sólo que no hablase de él como del Fecli del sastrecillo. El señor Bickel sabía esto demasiado bien y no le gustaba nada. Cuando ya era un gran señor que habitaba con su mujer en una casa grande, donde tuvieron un hijo, Bickel no se decidía, por largo tiempo, a bautizarlo; por más que buscaba y se devanaba los sesos para encontrar un nombre que dejara traslucir al mismo tiempo la posición social y el brillante porvenir de su heredero e imposibilitara, de una vez por todas, la transmisión del aborrecido sobrenombre, no podía dar con él. Fue en esta época cuando el señor Bickel tuvo que asistir a los exámenes de fin de año en la escuela, en cuya comisión directiva desempeñaba un alto cargo, y quiso la suerte que el maestro durante el examen explicase a los niños el significado del nombre: Fortunato. Radiante de alegría regresó el señor Bickel a su casa:

-¡Encontré el nombre, ahora lo bautizaremos! -exclamó. Y así se hizo. El hijito se llamó Fortunato y sus padres pronunciaban este nombre con alborozo cada vez que tenían que llamarlo, pues correspondía a la perfección a su posición en la vida, y el señor Bickel estaba convencido de haber arrancado de cuajo el antiguo sobrenombre comprometedor. Pero apenas había ingresado a la escuela el joven Bickel, resultó que el nombre de Fortunato era excesivamente largo para los niños, los cuales lo abreviaron simplemente en: "To", y para no dejar dudas sobre quién se trataba, lo individualizaban como "El To del Fecli del sastrecillo"; este nombre muy largo se transformó luego en Fecli-To, y finalmente: Feclito, hasta que todo el mundo creyó que su verdadero nombre era Feclito, cosa que a la gente de Buchberg les pareció muy natural, conociendo el origen del niño.

Feclito cursaba con Oscar el sexto grado. Cuando seis años antes habían entrado a la escuela, Oscar había ocupado en seguida el primer asiento en la primera fila, pues era un muchachito dominador que quería llevar las riendas en todas partes. Feclito se había quedado a su lado diciendo: "Este es mi

sitio", pues comprendía su importancia para la sociedad y su padre ya le había dicho que debía ocupar el primer asiento.

Pero el maestro era un hombre imparcial: investigan

do a fondo el asunto encontró que Oscar llevaba dos días en edad a Feclito, y le adjudicó el primer sitio. Por nada en el mundo Feclito hubiera aceptado el segundo, sino que ocupó el primer banco de la segunda fila, y como el curso era tan numeroso que ocupaba las dos filas de bancos existentes, el maestro no se lo impidió. Así habían quedado las cosas a lo largo de todos los cursos, pues el número de alumnos no había variado. Oscar estaba muy conforme, porque de esta manera tenía por vecino inmediato, que compartía su asiento, a Fani, el alegre hijo del jornalero Heiri, siempre dispuesto a participar en todas las empresas ideadas por Oscar. Cuanto más atrevidas, mejor. Además, la presencia de Fani fue mucho más simpática para Oscar que la de Feclito, tan rechoncho y ancho de hombros, quien siempre iba vestido con un precioso traje de lana fina con cuello alto que ocultaba del todo su pescuezo ya de por sí tan corto, de manera que parecía como metido en un estuche en el cual apenas podía moverse. Fani, por el contrario, era delgado y ágil como una lagartija, y si bien no llevaba durante todo el verano otra ropa que una camisa y un pantaloncito de lienzo, era tal la gracia de sus movimientos que cualquiera que lo trataba se olvidaba de la pobreza de sus vestidos. Cuando se alisaba sus cabellos largos y oscuros que seguían creciendo en abundancia porque nadie se los cortaba, y miraba a su alrededor con grandes y brillantes ojos llenos-de expectación, entonces a Oscar se le ocurría un nuevo plan para la 'constitución de alguna sociedad, pues, como solía decir, Fani tenía pasta para grandes cosas, por ejemplo, para artista, bandolero o actor de teatro. Para Oscar era esto de gran importancia porque andaba constantemente ocupado con los planes de fundar algo monumental, ya fueran clubes, asociaciones o corporaciones, para lo cual necesitaba precisamente a gente como Fani; o si no, acababa de fundar algo y estaba ocupadísimo con la organización de la nueva entidad, y también para estas tareas era Fani la persona indicada, porque se hallaba siempre dispuesto y estaba dotado de una clara inteligencia como ningún otro de la clase. Las más grandes dificultades con que tenía que enfrentarse Oscar, provenían comúnmente de Feclito, quien nunca participaba en un asunto si no le tocaba desempeñar en el mismo un papel principal o por lo menos si la paternidad de la nueva idea no le correspondía en la misma medida que a Oscar. Por otra parte, era necesario ganar a Feclito para cualquiera de los nuevos planes, pues de otra manera no participaba en su ejecución todo su partido y los planes se desvanecían ya que la clase estaba dividida en dos partidos casi igualmente numerosos. Este espíritu partidario se había generalizado tanto en la escuela, que prácticamente todas las clases, inclusive la de los pequeños del primer grado inferior, estaban divididas en dos bandos: los oscarianos y los feclitosianos. Con Oscar estaban todos los independientes, los hijos de agricultores en buena posición, los hijos de artesanos que

pensaban seguir el oficio de su padre, y todos aquellos que aspiraban a una determinada carrera, desde cochero hasta futuro maestro. Todos los restantes eran secuaces de Feclito, porque éste los aterraba con una amenaza que determinó a muchos pusilánimes a alistarse en sus filas:

-¡Espera no más hasta que llegues a trabajar en la fábrica!

Cuando Feclito veía que alguno estaba indeciso por qué partido tomar, les espetaba esta frase aterradora, ganando con ello a más de uno, que de otro modo no le hubiera apoyado, pero cuanto menos claro era lo que a uno le podría suceder una vez que estuviese en la fábrica, tanto más terrible sonaba la amenaza. Sólo a Fani no le causaban la más mínima impresión las cosas espantosas y misteriosas que podían sucederle en el futuro. Él, más que nadie, estaba condenado a la fábrica, y esto ya para la próxima pascua florida, al terminar su instrucción escolar. Él bien lo sabía, mas esto no le impedía defender siempre y en todo momento los colores de Oscar, y si Feclito exasperado le amenazaba diciendo: -¡Espera no más, ya nos veremos en la fábrica!-, Fani se daba vuelta y le contestaba riendo: -¡Sí, sí, espero, no tengo prisa!-. Feclito, a su vez, le guardaba rencor y estaba decidido a vengarse de Fani, una vez que estuviese trabajando en la fábrica. Pero, la mayoría de las veces los partidos actuaban de acuerdo, porque Oscar tenía interés en tener a Feclito de buen humor puesto que necesitaba mucha gente para sus instituciones y fundaciones, lo que no podía conseguirse sino a fuerza de armonía. Hoy, era un día de pacífica coexistencia, pues Oscar había fundado una magnífica asociación de cantores, un coro general de la escuela, en el cual podía participar quien quisiera, y comenzaron a hacerse los preparativos para una gran fiesta de los cantores, que era de rigor, después de la fundación de la entidad,. Oscar había logrado la colaboración de Feclito para la empresa, nombrándolo su ayudante en todos los preparativos para el gran día. Se contaba con un estandarte bordado, ya que la tía había prometido su cooperación, lo que representaba una garantía muy superior a la de una mera promesa de Emi; Fani, por su parte, debía ser el abanderado. Hoy se debía celebrar una importante reunión, y Oscar la anunció mientras al fin de las clases un nutrido grupo de muchachos trataba de ganar la puerta todos a la vez, lo que retardaba la salida lo bastante como para difundir la noticia por los cuatro vientos. Afuera, en la plaza, la masa de los niños formó en seguida un apretado montón; ésta era su manera de realizar sesiones. Oscar comunicó a la asamblea que todavía no se había elegido el epigrama que debía figurar en el estandarte, pero que él sabía uno que se prestaba a la perfección para esta ocasión.

"Con el canto nuestra vida es más bella y más cabal." Pero Feclito no estuvo conforme; alegaba haber asistido a muchas fiestas de esta clase y visto epigramas mucho más lindos que éste; y que él mismo sabía otro que sonaba mucho mejor y que debería adoptarse:

"¡Que la patria nuestra viva con honor y libertad!"

Oscar objetó que estas palabras cuadraban a otra fiesta que no fuera de cantores; pero Feclito se empecinó en su opinión y convocó a sus secuaces para que apoyaran su dictamen. De inmediato se armó una tremenda gritería y un gran tumulto en medio del cual oscarianos y feclitosianos vociferaban a porfía hasta que nadie entendía nada de lo que se hablaba. Llegadas las cosas a este punto, Oscar tomó a Feclito del brazo, lo llevó aparte, en donde podían entenderse, y le dijo enfadado:

-¡Eres un perturbador miserable! ¿Qué ganas con toda esta batahola? ¡Nada! En cambio lo echas todo a perder; pero para que veas que no soy tan tonto como tú, te propongo una solución: usaremos los dos epigramas, el tuyo y el mío, y menos mal que riman el uno con el otro; la leyenda será entonces la siguiente:

"¡Con el canto nuestra vida es más bella y más cabal;
Que la patria nuestra viva con honor y libertad!"

Ahora sí que Feclito estaba de acuerdo; pero por nada en el mundo hubiera renunciado a la hermosa idea que él mismo había encontrado y retenido en la memoria. Se comunicó el acuerdo a los demás, y la sesión se declaró terminada, De golpe todo el montón de niños se disolvió a grandes saltos, corriendo cada cual en dirección a su hogar y llenando el aire con gritos de júbilo por la jornada felizmente cumplida. Sólo Oscar volvió a casa con el ceño fruncido, porque estaba enojado. Como tantas otras veces, Fani había desaparecido apenas terminaron las clases, a pesar de haberse enterado de la importante sesión que debía celebrarse. Bien se veía que Fani tomaba todas estas cosas a la ligera, y éste era el único gran defecto que Oscar reconocía en él; Fani pasaba fácilmente de una cosa a otra si la nueva le atraía más que la anterior, y Oscar conocía a alguien que incitaba a Fani a este proceder porque tenía la misma manera de ser: la hermana de Oscar, Emi. En cierto modo, Emi era aún peor que Fani en este aspecto, porque cada día le sugería algo nuevo y siempre había alguna cosa que deseaba iniciar. Oscar conocía de sobra este rasgo del carácter de su hermana y le desagradaba profundamente que Fani siempre estuviese dispuesto a seguirle el juego. Sin duda, también hoy había venido con alguna novedad y él, siempre listo para tales cosas, había desaparecido, lo que disgustaba a Oscar sobremanera. Llegando a casa, encontró a Fred que acurrucado junto a un bancal cavaba con las manos en la tierra como un buscador de tesoros.

-¿Dónde está Emi? -preguntó Oscar a distancia-. Pero, ¡no me toques con estas manos!

-Tú no eres un bicho interesante para mi colección -replicó Fred-, como para tocarte con las manos; en cuanto a Emi, no sé por dónde anda; pero lo que sé es que uno de vosotros, tú o ella, se ha llevado todo el papel, de manera que nadie puede hacer los deberes, por más que quisiera.

-Yo no he usado papel para nada -declaró Oscar-. Es evidente que ella

hizo una de las suyas y también se llevó el papel; y todo lo que hará en el futuro lo veremos pronto, si no viene alguno que le corrige la plana.

Y con esta profecía Oscar entró a la casa.

CAPÍTULO 4
DE OTRAS COSAS QUE SUCEDIERON EN BUCHBERG

Oscar había acertado; apenas abierta la puerta de la clase. Fani se había deslizado ágilmente entre los primeros, y Emi que también pasaba por donde quería, ya lo estaba esperando fuera:

-¡Pronto, Fani, conozco un árbol maravilloso que puedes dibujar; también traje papel y todas las cosas, vamos!

Fani aceptó con gran entusiasmo, y al punto emprendieron los dos la corrida, primero por la carretera y luego en dirección a la colina verde, donde un estrecho sendero serpenteaba entre praderas cubiertas de flores. Luego, subiendo más despacio por la pendiente, hablaron sobre lo que iban a hacer y Emi explicó a su compañero hacia dónde se dirigían. Esta mañana, las clases de dibujo que se dictaban para las dos clases superiores se habían dado en conjunto.

Emi y Elsita cursaban ya el quinto grado, como también el estudioso Fred, aunque éste no tenía todavía la edad reglamentaria para este cuerpo; pero el maestro lo había aceptado porque no sólo estaba demasiado adelantado con respecto a los del cuarto grado, sino que aun entre los de quinto era el mejor. Sólo en dibujo era Fani tan superior a todos los demás que el maestro decía a menudo al ver sus trabajos:

-¿Ves, Fani, cómo puedes cuando quieres? También en otras materias podrías ser mejor si te esforzaras, en vez de ser tan indolente y ligero.

Hoy, había dicho el maestro que le gustaría que los niños dibujaran alguna que otra vez un objeto de la naturaleza, por ejemplo un árbol o una flor, y le había dicho expresamente a Fani, que sabía dibujar tan bien los árboles, que eligiera uno hermoso. Para encontrar algo así, Emi era especial, tanto más cuanto que le gustaban mucho los dibujos de Fani, quien le había dedicado ya más de uno: rosas, frutillas, un pescador sentado bajo un árbol junto al agua. Ahora, a Emi se le ocurrió de inmediato cuál era el árbol que podría dibujar Fani: la gran encina que a esta altura del año lucía tan hermosa. Hacía unos días había estado con su madre en ese paraje a causa de la señora extranjera, y entonces lo había visto. Mientras tanto, los niños habían llegado a la altura de la colina que se denominaba paraje de la encina a causa de un hermoso y viejo árbol de esta especie. Éste, con su frondoso follaje dominaba la pendiente y proyectaba su sombra sobre el pasto corto del prado. Fani lo 'recorría con la vista, admirando las ramas:

-¡Qué hermoso -dijo-, celebro que lo hayas conocido, Emi, es magnífico para dibujarlo! Voy a comenzar en seguida, pero un poco más lejos. Allí, ¿ves?

Fani se había alejado unos pasos colina arriba hasta lograr una hermosa vista del árbol. Allí se sentó en el suelo, junto a Emi, sacando de su cartera una considerable cantidad de papel y lápices.

-Oh, cuánto se podría dibujar con tanto papel y tantos lápices -dijo Fani mirando ansiosamente tan precioso material.

-Te daré también algo para llevarlo a casa -le prometió Emi-, ya pensé que tal vez tendrás que modificarlo o hacerlo otra vez; ahora elige el lápiz que más te guste.

Fani accedió a la invitación embelesado; parecía que para él no había mayor felicidad que tener a mano cuanto material quisiese y poder dibujar a voluntad. Habiendo mirado y remirado complacido su nuevo lápiz y el blanco

papel, se acomodó y comenzó su trabajo. Emi se quedó completamente quieta y observaba atenta cómo el árbol iba apareciendo dibujado en el papel.

-¡Oh, oh! Ahora ya se ve claramente la encina; pero qué hermosas ramas y lindas hojas que sabes hacer -exclamó Emi encantada-, seguro que nunca has hecho nada tan hermoso; ya verás lo que dirá el maestro; apuesto que tu, dibujo será el más hermoso de todos. ¿Cómo te las arreglas, Fani? Yo nunca sería capaz de hacer algo como esto.

-No hago más que imitarlo -dijo Fani, cuyos ojos iban y volvían sin cesar entre el árbol y el papel y brillaban de entusiasmo-. mira qué bellas son sus ramas y qué magníficas las hojas: no hay otra hoja como la de la encina. Y allí arriba, la copa, como si las ramitas fuesen hechas a propósito para que tenga esta linda forma. Oh, si pudiese estar aquí todo el día y no hacer otra cosa que dibujar este árbol; no hay nada más lindo en el mundo.

-Ahora se me ocurre una cosa -exclamó Emi como si hubiese descubierto algo nuevo-. Tienes que ser un pintor, -Fani. Es así como se inicia uno cuando tiene que ser pintor, lo sé seguro. Si no, no dirías que lo más lindo en el mundo es dibujar un árbol durante todo el día; para cualquier otro esto sería muy aburrido.

-Es fácil decir que he de ser pintor -suspiró Fani-, la próxima primavera tengo que entrar a la fábrica y pasarme todo el día encanillando; ¿cómo te las arreglas para hacerte pintor ahí? Me gustaría saberlo.

-Pero ¿no harías cualquier cosa por ser un pintor, Fani? Si tú mismo dices que es lo más lindo en el mundo, entonces debes también arriesgarte a cualquier cosa para conseguirlo, ¿no te parece?

-Claro que sí, pero aquí no hay cosa a que arriesgarse; ¿pues, qué podría yo hacer?

-Déjame, Fani, que ya lo voy a pensar. Oh, piensa si fueras un pintor famoso y no tuvieras que hacer más que dibujar y pintar siempre, entonces ya no tendrías más que alegría en la vida, ¿no lo crees así, Fani?

Emi se había entusiasmado de tal manera con todos estos planes y perspectivas que imaginaba, que finalmente había contagiado a Fani. El lápiz

se le había caído de la mano, y sus ojos ya no escudriñaban las ramas de la encina sino que vagaban de aquí para allá como si buscasen algo que no se podía ver.

-¿Crees verdaderamente, Emi, que esto podría ser así? -preguntó ahora con gran excitación-, ¿qué piensas que podría hacer? Lo haría al punto; pero, ¿qué?, ¿qué?

-Yo misma no lo sé todavía, pero luego ya se me ocurrirá; tienes que darme un poco de tiempo, tal vez mañana en la escuela ya te lo pueda decir. Ahora, apúrate y termina de dibujar, y el papel y los lápices te lo puedes llevar para hacer luego otros árboles más. Después, en el examen, se muestran los dibujos, y sería una lástima que tú los presentes en ese papel gris que sueles usar, siendo tus dibujos los más lindos de todos.

Fani sintió una gran alegría; muchas veces hubiera deseado dibujar en su casa, pero ahí no tenía nada de lo que para ello se necesitaba; así, pues, el hermoso papel blanco con los dos lápices fueron para él un verdadero tesoro. Volvió a su trabajo mientras Emi miraba, admiraba y elogiaba. Ya se había puesto el sol, y el caer de la noche recordaba a los niños que ya era hora de emprender el regreso.

Fred ya había terminado la búsqueda de escarabajos hacía algún tiempo. Ahora se había apostado en el camino fuera del seto que cercaba la casa, y miraba con expectación si aparecía su hermana Emi con la cual pensaba arreglar cuentas. Dentro del jardín patrullaba Oscar con el mismo propósito, sólo que estaba mucho más excitado todavía, porque durante toda la tarde había buscado inútilmente a Fani. Éste había desaparecido de la tierra y nadie sabía dónde estaba; y eso que había tantas cosas importantes que tratar para la fiesta de los cantores. Con Feclito era imposible planear estas cosas, porque era demasiado lento en comprender y captar las cosas y no aportaba nunca una idea nueva. Fani, por el contrario, era de inteligencia rápida y un arsenal viviente de ideas ingeniosas. Sin duda que Emi se lo había llevado para cometer alguna de sus hazañas, de esto ya tenía fama; pero esta vez él, Oscar, descubriría lo que había hecho y pondría fin a sus actividades porque esto no podía seguir así. Con estos pensamientos Oscar se enojaba cada vez más y más y atravesaba el jardín a grandes pasos. Fred, que estaba afuera, en acecho, vio ahora que alguien se acercaba por el camino Fred se quedó admirado; no podía ser Emi lo que ahí venía ni era posible adivinar de qué se trataba; pero tal vez era algún fenómeno interesante de la historia natural, en vista de lo cual Fred le salió al encuentro. Estando ya más cerca, reconoció a Elsita; de un lado se aferraba a su falda Rodolfito, de cuatro años, y del otro Heirito, de tres; en sus brazos llevaba a Juancito, de dos años, de gruesa cabeza y robustos brazos y piernas.

Elsita venía jadeante con sus tres hermanitos, pues el peso de los tres casi la aplastaba.

-Deja a este gordo Juan en el suelo, y descansa, que estás por ahogarte -dijo Fred observando con desagrado los esfuerzos de los tres hermanos por

voltear a Elsita.

-No puedo, en seguida comienza a gritar y se enoja -contestó Elsita casi sin respiración y arrastrándose por el camino.

-¿Vienes a visitarnos? -preguntó Fred que la seguía.

-Sí, a buscar una cosa para llevarla acá. -Elsita levantó un poco el brazo del que pendía todavía una bolsa grande.

-Pero si ya no puedes llevar nada más; pon ahora a este gordito en el suelo, que casi te está aplastando -dijo Fred enojado.

Habían llegado arriba y estaban frente a la casa.

-Sí, por un momento lo voy a tener que ¡piar hasta que el brazo me deje de doler. -Con estas palabras depositó Elsita a Juancito en el suelo. El niño prorrumpió inmediatamente en un furioso llanto y tan penetran res chillidos que la madre y la tía vinieron corriendo desde la habitación, mientras Catalina acudía desde la cocina.

-A ti te arreglaría -observó esta última, haciendo un movimiento expresivo con la mano plana, después de lo cual se retiró. Elsita, muy asustada, había levantado nuevamente al muchachito, el cual, empero, seguía todavía gritando un rato por lo que había sucedido.

-Mamá, dile a este gritón que se baje: está aplastando completamente a la pobre Elsita -exclamó Fred airado.

'Ante estas palabras, Juancito gritó aún mucho más que antes oprimiendo con su pesada cabeza el hombro de Elsita de manera que ésta apenas se podía mantener en pie.

-En verdad, Elsita, podrías ponerlo en el suelo -intervino la madre-, tendrá que resignarse, ¡ven! -y la madre quería ayudar a desprender a Juancito de la niña; pero fue un trabajo pesado. Éste se aferraba con manos y pies, se agitaba y pegaba puntapiés. Al fin, cuando lo hicieron bajar, comenzó una gritería tan espantosa, tirando con tal violencia del vestido de Elsita que ésta, asustada, lo tomó nuevamente en sus brazos y dijo resignada con su suerte:

-No quiere, siempre se enoja si lo dejo un solo momento, y cuando vuelvo de la escuela tengo que llevarlo en brazos en seguida, si no se porta de esta manera.

-Pero si este pesado Juan ya tiene más de dos años, más que pararse debe poder andar ya bastante bien -dijo la madre un tanto disgustada por el pequeño tirano-, y luego está todavía el más pequeño que, supongo, también tendrás que llevar. ¿Cómo te arreglas, Elsita?

-;Ah! Entonces se enoja mucho más todavía, cuando ve que me ocupo del chiquito; entonces patalea y golpea y grita tan desaforadamente que la madre lo oye y se enoja. Entonces me llama para que haga cesar el ruido y dice que debería ser capaz de hacer callar a un nene tan pequeño; pero él nunca deja de gritar hasta que devuelvo al chiquito a la cuna y lo tomo en brazos a él; y entonces muevo la cuna con el pie hasta que el chiquito se tranquiliza o se duerme.

-Entra un momentito, Elsita, estás tan fatigada -dijo la madre compasiva-, y tú, Juancito, te arreglas solo para entrar, pues ya sabes caminar muy bien; adentro hay un buen pedazo de pan y una manzana que te daremos.

-Pero, si no quieres venir -añadió la tía-, te dejaremos aquí afuera mientras Rodolfito y Heirito vienen con nosotros para comer pan y manzanas, ¿verdad? Y esto lo pueden hacer muy bien sin revolcar a Elsita; ¡vengan conmigo!

Los dos nombrados siguieron en seguida a la tía, y el testarudo Juancito también comprendió de qué se trataba. Se quedó quietito cuando Elsita lo dejó en el suelo y siguió dócilmente de la mano de su hermana a los otros. Detrás venía Fred agitando una delgada férula como si quisiera insinuar que había medios para hacer caminar a muchachos desobedientes. Llegados a la habitación, los tres niños abrieron los ojos como si vieran una aparición, pues la madre se acercó de inmediato al aparador, sacó un cesto con pan y cortó cuatro enormes pedazos de la hogaza. Sobre cada rebanada puso una apetitosa manzana roja que sacaba del armario donde ya estaban listas a la espera de ser comidas.

A cada cual, como también a Elsita, se le dio su porción y Fred los animó:

-¡A hincar el diente, muchachos!

La orden fue obedecida de inmediato y por un momento no se oía más que el crujido que hacían los chicos al masticar el fresco pan y las manzanas, que eran como para despertar el apetito de cualquiera que los contemplara. Elsita explicó ahora el motivo de su visita, y mostró la bolsa vacía que había traído. Su madre la habla mandado para recoger las cosas que la señora doctora le había prometido.

-No, hija mía -dijo ésta con firmeza-, de esto ni se habla; no puede ser que lleves ahora todavía una bolsa con prendas de vestir. Dile a tu mamá que venga ella misma; tengo que hablarle, de todos modos, y entonces se llevará las cosas.

-Elsita, ¿no tienes ganas de comer tu manzana, ni un pedacito de pan? -intervino la tía, que había observado que la niña había guardado la manzana en un bolsillo y tenía el pan en la mano sin tocarlo.

Elsita enrojeció como si hubiera hecho algo malo, y dijo con timidez:

-Quisiera compartirlo con Fani, que hoy ya no tendrá con qué cenar.

-Me parece muy bien, Elsita -dijo la tía animándola-, que quieras compartirlo con Fani; pero, ¿cómo?, ¿no le darán de cenar?

-Cenamos ya antes de venir acá; Fani no había vuelto, como sucede algunas veces, y entonces se comen toda la cuajada y las papas también, porque no hay mucho y papá dice siempre: El que no viene, señal de que no tiene hambre. Pero Fani sí que tiene hambre, sólo que se le pasa la hora a veces.

-¿Y dónde está? -quiso saber la tía- ¿no debe ayudarte a cuidar de los pequeños por la noche?

-No, no, esto no lo sabe hacer; la madre dice que estando él se portan peor

aún, y que es mejor que se vaya; de esta manera se pierde a veces la cena y yo no puedo guardarle nada a pesar de que es tan bueno conmigo. Cuando vuelve hace siempre mis deberes juntamente con los suyos porque yo nunca tengo tiempo para esto; yo tengo trabajo hasta que la madre apaga la luz y me debo acostar.

-Mirándolo bien, Elsita -dijo la tía-, Fani pierde su cena por pura ligereza, pues, si quisiera, no faltaría, y tú no sacarás provecho de unos deberes que no has hecho tú misma.

Elsita se puso roja como una amapola y sus ojos azules y suaves se llenaron de lágrimas:

-Ya lo sé, por esto estoy también tan atrasada en la escuela, casi soy la última de la clase.

-No, no es verdad, no eres la peor ni mucho menos -dijo Fred, acudiendo en su defensa-, sólo que nunca sabes tus deberes: los que debemos aprender de memoria y releer; pero, ahora yo sé por qué pasa esto y otra vez que alguno se atreva a reírse de ti, verán quién soy yo.

La vida de Elsita era una pesada carga y tantos eran sus sufrimientos que casi nunca parecía alegre y expansiva como los otros niños. Ahora miraba a Fred muy agradecida por el consuelo que le trataba de dar, pero en su delgada carita no se reflejaba ninguna verdadera alegría. Cuando al levantarse volvió a cargar con Juancito que ya hacía tiempo le había dado a entender que deseaba volver a su asiento habitual, daba tal impresión de fatiga y cansancio que las dos mujeres se conmovieron profundamente. La siguieron con la vista cuando se arrastraba trabajosamente escalera abajo, cruzando luego la plaza con Rodolfito y Heirito prendidos de la falda y el pesado Juancito oprimiéndola desde arriba.

-Dios mío, si una supiera cómo hacer para que caiga algún rayo de luz en la infancia sin alegría de esta niña -dijo apesadumbrada la madre, y la tía ya iba a secundarla cuando se escuchó un ruido que llamaba la atención y se venía acercando por momentos. Emi había aparecido por el camino y los dos hermanos se habían lanzado sobre ella gritando a porfía, uno siempre más fuerte que el otro.

-¿Por qué te llevaste a Fani?

-¿Qué hiciste con todo el papel?

-¿A qué lo incitaste ahora?

-¡Así nadie puede hacer sus deberes, y tú tienes la culpa!

-¿Dime a dónde lo llevaste para que no viniera a la sesión?

-Dime, por fin, dónde está el papel, así se puede comenzar a trabajar.

Gritando a más no poder y llevando a Emi en medio habían llegado hasta la escalera de la casa. La madre había sido llamada; la tía salió y se acercó a los niños:

-¡Tranquilos, tranquilos, no hagan tanto ruido! ¿Cómo quieren que Emi les dé una explicación si ambos gritan sin cesar?

Emi buscó refugio en los brazos de la tía y le dijo al oído lo que había

hecho con el papel, pidiéndole con gran insistencia que la defendiese contra Oscar.

A la tía no le pareció tan malo el empleo que Emi había dado al papel y anunció que en seguida traería otro, ordenando que todos entrasen a hacer sus deberes en orden y silencio. Para dar más peso a sus palabras añadió:

-En seguida vuelve papá a casa; ya saben que no le gustan los ruidos.

La noticia tuvo un efecto apaciguador; todos entraron y poco después los cuatro niños estaban congregados alrededor de la mesa trabajando en silencio y con aplicación. La tía había explicado a Oscar que Fani había desaparecido a causa de sus deberes, y como también había traído nuevas reservas de papel, la tarde parecía que iba a terminar en paz. Pero, de repente, Ricli lanzó un chillido como si le hubieran pegado un golpe, echó su silla hacia atrás y se precipitó a través de toda la habitación siguiendo por el pasillo como si algún monstruo la estuviese persiguiendo. Todos miraron asustados buscando la causa de tanto alboroto.

-¡Aquí, aquí! -dijo Emi, señalando con el dedo la mesa donde se paseaba con mucha gravedad y consciente de su importancia un escarabajo dorado que brillaba y había elegido el papel blanco como lugar de esparcimiento a donde se acababa de trasladar mediante una penosa ascensión desde el bolsillo del infatigable coleccionista.

-Pero, Fred -le exhortó la madre-, no se llevan bichos en los bolsillos; para esto tienes tus recipientes. Piensa tan sólo a cuántos sinsabores expones a tus vecinos, a ti mismo y a los pobres animalitos.

-Fred siempre ha sido un jardín zoológico ambulante al que ninguna persona de bien puede acercarse -espetó Oscar por encima del libro.

-Puede ser, pero mis colecciones no se desmoronan cada dos por tres como tus asociaciones -replicó Fred-; y mira, mamá, ¡qué animal tan hermoso y útil! En seguida te voy a leer lo que escriben sobre él.

Y abriendo el libro que siempre tenía a mano, leyó:

-"El escarabajo de oro, auratus, con élitros arqueados y pinzas fuertes, se alimenta de orugas, larvas y otras sabandijas por lo cual es de extraordinaria utilidad. En vez de ser protegido como lo merece, es perseguido en todas partes por la insensatez de los ignorantes que lo aplastan." ¿Has visto, mamá?

-Estamos muy lejos de querer perseguir tu escarabajo sin razón, sólo que su lugar no es tu bolsillo ni la mesa; quítalo de acá -ordenó la madre.

-Y tú, Ricli -dijo la tía haciendo una señal hacia la puerta-, vuelve acá y no te portes como si un pequeño escarabajo fuera cuestión de vida y muerte. Mira, si constantemente pones el grito en el cielo por tales menudencias, te perjudicarás alguna vez gravemente, porque al oírte, cualquiera creerá que no tiene importancia aun cuando te hubiese sucedido algo malo donde, en verdad, te hace falta ayuda.

Ricli volvió a entrar y Fred salió con su escarabajo; en la puerta se encontraron y Fred dijo al pasar:

-Sobre ti haré unos versos, por los hermosos sonidos que sabes emitir. También tienes un colega en este arte.

-Sí, sí, Fred, también se puede hacer un poema de cómo esos bichos espantosos salen de tu bolsillo y caminan sobre la mesa con sus patas tan horribles.

-Sí. Se puede -confirmó Fred, y salió para dar alojamiento a su última adquisición.

Cuando los niños recogieron sus cosas para retirarse, dijo la madre:

-Mañana por la tarde estáis libres; entonces, Emi, puedes visitar a Nora, la niña enferma. Allí puedes ir en las tardes libres y también el domingo. Le agrada tu visita.

-¡Qué suerte que Emi tenga por fin una amiga -dijo Oscar satisfecho-, así dejará de ocupar el tiempo de los amigos de otros!

Emi no respondió palabra y se fue tranquila por su camino, pero muy decidida a no ceder un ápice de su amistad con Fani.

Cuando el grupo se encaminó a los dormitorios, primero Oscar, luego Emi, la tía y por fin los dos más chicos, dijo Fred a su hermanita:

-Ahora estate bien atenta, Ricli -luego cantó en voz alta y con una melodía de su propia invención:

Ricli y Juancito
Son harina del mismo costal:
Cantan como pajaritos
Pero horriblemente mal.

Ricli ya se aprestaba a replicar esta poesía comparativa con gritos y lamentos, cuando la tía se dio vuelta y la tomó de la mano:

-No, Ricli, por hoy ya basta -dijo con firmeza-, y más vale que no vuelvas a gritar nunca más; demuestra a Fred que no tiene razón con su comparación.

Siempre que la madre no fuese llamada a esta hora por el padre que había vuelto a casa, o para ir a la cama de un enfermo o para ayudar a alguna persona necesitada, acompañaba a los niños a sus cuartos y ellos entonces acudían a la mamá y la tía para descargar al fin del día, en una u otra, todo cuanto pesaba sobre sus pequeños corazones. Cuando, empero, la madre no podía estar, como sucedía hoy, la tía tenía mucho que hacer para evitar que estallasen riñas, pues cada cual creía que ella se había detenido por más tiempo en las otras camas. También esta noche le parecía a Fred que primero la hermana y luego Oscar habían ocupado excesivamente a la tía, y cuando finalmente ella se acercó a su cama, le dijo:

-Quisiera, tía, que te pudiéramos dividir en dos partes y luego multiplicar por cuatro; entonces cada uno tendría dos tías y no le perjudicarían a uno en sus derechos.

La tía quería hacer justicia a Fred, pero desde abajo Catalina la reclamó con tal urgencia que se tuvo que marchar, no sin prometer a Fred que la

noche siguiente su cama sería la primera en ser visitada.

CAPITULO 5
EL PARAJE DE LA ENCINA

Cuando el médico del Rin había escrito a su amigo de Buchberg que tratara de encontrar un alojamiento indicado para Nora en las saludables alturas de su pueblo natal para que pasase allí un verano con la esperanza de mejorar su salud quebrantada, el doctor había entregado el asunto en manos de su mujer, la cual se puso de inmediato a pensar. en compañía de la tía lo que se podría hacer. Su primera idea había sido la espaciosa casa del señor Bickel donde había tantas habitaciones sin uso, y la doctora le había hecho una visita con este fin. Mas no halló buena acogida. La señora de Bickel le había contestado de entrada que no podía pensar en desprenderse de ninguna pieza ya que las necesitaba para su propia comodidad: y apenas había podido disimular su extrañeza y desagrado por semejante propuesta, por la cual gente desconocida debería habitar en esos salones que nunca nadie osaba pisar. La doctora pidió que la disculpara pues era muy difícil encontrar un alojamiento con tantas habitaciones. Pero la señora de Bickel no pudo sosegarse aún por largo tiempo y decía más tarde al señor Bickel:

-¡Qué se imagina esa doctora! ¡Lo único que falta es que hayamos hecho la casa para otra gente!

El señor Bickel compartía este parecer y agregaba:

-Y para gente de quienes no se sabe si son ricos o no; ¡no faltaba más!

La doctora recordó entonces que en el paraje de la encina se había acabado de construir una casita nueva cuya planta baja estaba ocupada por el agricultor que era su propietario, mientras el primer piso estaba desocupado ya que debía habitar allí su hijo que en el otoño próximo se iba a casar. La casa estaba edificada sobre una elevación y tenía una magnífica vista hacia las colinas verdes y las montañas coronadas de nieve eterna, y por el otro lado se veía el arroyo montañoso con el valle acogedor cubierto de bosques. Al punto subió la doctora a hablar con el campesino y quedó muy satisfecha al ver la buena voluntad de la gente con quienes llegó pronto a un acuerdo. Pocos días después, gracias a los muebles que llevó, las pequeñas piezas limpias y alegres daban una impresión muy acogedora y quedaban listas para recibir a los viajeros.

Ahora ya habían pasado varios días desde la llegada de los mismos, y hasta este día no habían tenido otras visitas que la del doctor y alguna vez la de su mujer, porque Nora estaba todavía fatigada por el viaje y no podía recibir a otros visitantes. Pero, para el día de hoy estaba anunciada la visita de Emi, y Nora la esperaba sentada junto a la ventana, su sitio predilecto, desde donde se miraba hacia el oeste. Desde allí se veían las agitadas aguas del

arroyo montañoso que pasaban en salvajes remolinos corriendo presurosos hacia el valle, y en el cielo se podía contemplar la puesta del sol que doraba con su luz las colinas.

Nora divisó ahora a una niña-que venía corriendo colina arriba hacia la casa. ¿Sería Emi? Nora observó admirada cómo la niña tomaba la cuesta a la carrera sin detenerse y a grandes saltos. No podía comprenderlo, pareciéndole que a cada momento debería caerse de cansancio. Pero a los pocos segundos llamaban en la puerta y la misma niña entró corriendo a la pieza con las mejillas encendidas por la corrida y un grueso ramo de flores rojas y azules en la mano, que ofreció en seguida a la pálida paciente. Era Emi quien había entrado de esta manera, y la señora de Stanhope la saludó amablemente, invitándola a sentarse junto a Nora, la que había recibido agradecida el ramo de flores. No podía ser más contrario el aspecto que tenían las dos niñas cuando se las veía así sentadas la una frente a la otra. Los colores vivos, los brazos macizos

y redondos y la impetuosa vitalidad de Emi hacían parecer a Nora aún más endeble, delgada y transparente de lo que era, como si el más leve soplo de viento pudiese arrebatarla como el pétalo de una rosa. La señora de Stanhope contempló a las dos durante un rato; luego sus ojos se humedecieron y ella pasó al cuarto contiguo.

-¿De dónde trajiste las flores? -preguntó Nora a su visitante.

-Del prado -contestó Emi-; ahora hay tantas margaritas, prímulas y no-me-olvides, que tendrías que verlos, ¡a manojos! Cuando te sientas mejor, iremos juntas a buscar no-me-olvides, y después a recoger frutilla y bayas.

Nora movió la cabeza con ojos grandes y tristes diciendo:

-No creo que me va a gustar.

Emi quedó muy extrañada, pues no conocía nada mejor que esto; pero ahora se le ocurrió una idea:

-Seguro que no sabes cómo es esto, Nora; tal vez donde ustedes viven no hay no-me-olvides ni frutilla; pero espera no más hasta que puedas venir con nosotros y verás cuánto te va a gustar. No te puedo explicar lo lindo que es; uno nunca tiene ganas de volver a casa.

-Sí, siempre se piensa que afuera es tan hermoso -dijo Nora pensativa-, pero apenas se llega. todo es fatiga, una terrible fatiga y toda la alegría se esfuma.

Emi miraba a Nora como si le hablara en chino. Emi no sabía lo que era el cansancio; cada noche se lamentaba mas que nada de que el día ya hubiese terminado y ella no pudiese seguir corriendo aquí y allá, después de haber estado todo el día en movimiento. Durante un largo rato tuvo los ojos fijos en Nora sin saber qué decir de tan extrañada que estaba. Luego comprendió, y finalmente dijo con cierto alivio:

-Ya sé lo que quieres decir; ahora estás enferma; pero espera a que te sanes, entonces todo cambiará, estarás como yo y ya no te vas a cansar.

Pero Nora volvió a mover la cabeza negando:

-Nunca he sido así como dices; siempre estuve tan fatigada y no puedo esperar ser algún día como tú; eso no va a suceder nunca.

Emi sintió algo muy semejante al miedo:

-Pero debe haber algo que te alegra; cada noche hay que pensar en alguna cosa para el día siguiente de que alegrarte; y también debes creer que mi papá te va a sanar, pues si no, ya no hay nada que te pueda gustar y cada día estarás más triste.

-Sí que lo hay; cuando me siento tan cansada y veo a otros niños saltando alegres, como recién lo hacías tú cuando subías la cuesta, entonces me alegro y pienso qué lindo será el cielo, mucho más lindo que aquí. Hay allá flores muy hermosas, rosas y lirios que nunca se marchitan, y todos los hombres están contentos y sanos para siempre. ¿No te alegras tú también de irte al cielo?

Emi no sabía qué contestar. No dudaba de que el cielo debía ser muy lindo, pero por el momento prefería estar en la tierra donde había para ella tantas cosas de que gozar que ni le alcanzaba el tiempo para verlas todas. Nora la miraba ansiosamente esperando su respuesta. Por fin, dijo Emi:

-Nunca lo he pensado.

Nora miró desengañada a su nueva amiga:

-Lástima -dijo muy desanimada-, entonces no puedo hablar contigo de la hermosa vida en el cielo de la que Clarisa me ha contado tanto, porque no te gusta. Con nadie puedo hablar de esto, porque Clarisa no viene acá y a mamá no debo decir una palabra de este tema; apenas lo menciono, comienza a llorar y se pone tan triste que no me atrevo a hablar más. Entonces pensé que podría hablar contigo sin miedo, como con Clarisa, pero resulta que no te gusta.

Emi no contestó en seguida; se esforzó visiblemente por hallar un medio para conciliar estos dos puntos de vista. De repente exclamó muy alegre:

-Ahora se me ocurrió algo que también te va a gustar a ti. Ya no falta mucho para la siega del heno; entonces hay parvas de heno por todas partes en las praderas, blanditos y secos, y uno se puede acostar como en una cama; allí no te puedes cansar y entonces iremos todos los días a divertirnos con el heno.

Pero Nora movió incrédula la cabeza y no dijo más nada. Después de un rato, Emi se levantó para irse. Mientras tanto, la señora de Stanhope había vuelto a entrar y al ver que la niña se aprestaba a marcharse dijo que no había tanta prisa, que la madre sabía bien dónde estaba Emi y que ésta bien podía quedarse un poco más. Pero, Nora no dijo una palabra ni apoyó la sugerencia de su madre y Emi parecía muy apurada; murmuró algo así como que ya era muy tarde y apenas encontró tiempo para despedirse. Cuando estuvo afuera se precipitó sin parar una cuesta abajo y cuesta arriba hasta llegar jadeante a su casa. Aquí se percató de que había vuelto antes de tiempo y que sus hermanos harían algunos comentarios sobre su rápido regreso, cosa que no tenía ganas de escuchar. Pensaba en la mejor manera de salir del

paso. "Voy a buscar a la tía", se le ocurrió. A ella le contaría todo lo que había pasado durante la visita que no había sido lo que ella se había imaginado, y cómo hacia el final no había sabido de qué hablar con Nora. La tía comprendería en seguida y sabría arreglar las cosas de manera que estaría a salvo de las burlas de los hermanos. Con esta intención saltó escaleras arriba, pero al punto se topó con Fred que venía bajando.

-Ah, con que te peleaste con tu nueva amiga, pues si no, no estarías ya de vuelta -le espetó Fred al pasar.

Emi no contestó y siguió camino de la habitación. En este momento estaba saliendo la madre a quien habían llamado desde la cocina y la tía se hallaba sola junto a la máquina de coser. Emi se puso apresuradamente a su lado para evitar que alguno de sus hermanos se le adelantara antes de haber expuesto sus cuitas a la tía.

Afuera, en la cocina, estaba Margarita; la doctora le arrimó una silla y fue en busca de café, del cual sirvió una taza a su visitante. Luego se sentó junto a ella y dijo:

-Margarita; hace tiempo que tengo ganas de hablarle. No le hice venir sólo por las prendas de vestir que le quiero dar, sino también por Elsita. La niña me preocupa, tiene un aspecto tan enfermizo y pálido y siempre la veo con el pesado Juancito en brazos y los otros dos hermanitos que se agarran de ella hasta casi voltearla. Esta muchacha endeble no podrá aguantarlo mucho tiempo, no tiene usted más que mirarla para ver lo delgada y débil que es. Debe procurar usted seriamente que la niña no lleve en brazos a Juancito cargando al mismo tiempo con los otros dos.

-Sí, sí, señora doctora, esto se dice fácilmente -replicó Margarita- ¿pero, qué puedo hacer yo? Trabajo duramente desde el alba hasta la noche para que tan sólo todos los niños tengan algo para vestirse y comer; ¿cómo me puedo ocupar todavía de todos estos pequeños gritones? No hay nadie más que Elsita que me pueda ayudar en esto; ¿quién otro podría hacerlo? Fani, el muchacho mayor, podría ayudarle a ella, pero se olvida; no es que sea malo, pero se olvida de todo y nunca está en casa. La chica tiene una vida un poco dura, bien lo sé, pero tiene que acostumbrarse, pues más adelante será peor.

-Pero Margarita -volvió a decir la doctora-, la niña no tiene fuerzas como cualquier otra y no puede aguantar esta vida; y si se enferma y queda incapacitada, ¿qué le quedaría a usted entonces?

-Entonces, en nombre de Dios, no sé qué será; una ya tiene bastante con las preocupaciones de cada día, ¿cómo quiere que todavía piense en el porvenir? Lo que sé es que no puedo ahorrarle trabajo a Elsita y que tiene que ayudar; cuanto más crezca, más trabajo tendrá, pues, apenas pueda ganar un poco de dinero tiene que ir a la fábrica, y allí no es cuestión de cuidar a unos chicos. Pero el primero será Fani; el primo Fecli ya lo tiene en lista para Pascua, me lo dijo dos o tres veces. Quiere hacer cuanto antes algo por el muchacho y darle trabajo en la fábrica. Claro que si el Fecli del sastrecillo no viera en esto su propio provecho, no lo tomaría, lo sé de sobra; el

primo Fecli no hace nada de lo que no haya calculado muy bien sus utilidades.

-¿Es usted realmente pariente del señor Bickel, Margarita?

-Sí que lo soy, en tercer grado, por el abuelo. A él se le ha olvidado un poquito desde que es un gran señor; pero esto a mí no me importa. Yo sigo como antes y cuando lo veo lo saludo: ¡Buenos días. primo! Y si él entonces se da media vuelta y se hace el que no entiende y luego me saluda como si apenas supiese quién soy, esto es cosa suya.

Yo me contento con que conozca bien a Fani y lo tenga en lista; así se puede esperar pronto un poco de dinero en efectivo, que Dios sabe la falta que nos hace.

Ahora trajo la doctora la bolsa que Elsita le había dejado y que estaba llena de varias prendas de vestir. Al entregarla a la mujer, le dijo:

-Pero no se olvide, Margarita, trate de aliviar lo más posible a Elsita; prométamelo, ya sabe que yo también le ayudo cuanto puedo.

-Haré lo que pueda -prometió Margarita, aprestándose a salir-, pero usted también debe comprender que debo cumplir con mi trabajo y que ella se tiene que arreglar con los muchachos como pueda. Por el momento todos tenemos buena salud, y todos deben dar una mano para siquiera comer un poco cada día. ¿En qué puedo yo aliviarla? Cuando alguno se enferma, como también ha sucedido, tendría que ver usted lo que es entonces nuestra vida. ¿Acaso puedo yo cambiar las cosas? Si yo soy la primera en sufrir los efectos de nuestra pobreza, pero quien no haya pasado por eso, no sabe lo que es y yo pienso más de una vez: será que Dios no ama a todos sus hijos por igual.

-No, Margarita -dijo la doctora con suavidad-, no piense usted así.

En verdad, la suerte de esta pobre gente le desgarraba el corazón, y buscaba una manera de animar un poco a Margarita.

-Mire -volvió a hablarle-, hay también otros sufrimientos mucho peores que la pobreza; el buen Dios tiene que saber por qué nos vienen; pero, sin embargo, yo sé bien que la pobreza es una pesada carga y bastante me aflijo por no poder remediarla siempre como quisiera.

Margarita tomó su bolsa y se fue. La madre entró a la habitación muy apesadumbrada; bien sabía que Elsita tendría que llevar su carga lo mismo que antes y que su cuerpo extenuado no resistiría mucho. Suspirando se sentó al lado de la tía para compartir con ella su dolor y referirle cuán pocas esperanzas le quedaban después de haber conversado con Margarita. La tía siempre tenía alguna feliz ocurrencia y una perspectiva consoladora en las dificultades de la vida. Pero, aún antes de que Emi hubiese terminado su relato y la madre pudiese comenzar el suyo, Catalina se asomó por la puerta y gritó:

-¡Señora doctora, tiene que salir usted que allí hay otra!

-¿Qué "otra", de quién se trata, Catalina? -dijo la doctora con un leve reproche.

-Y, si una pudiese aprenderse un nombre así -replicó Catalina-; era algo

como "estaño".

-¿Acaso es la señora de Stanhope a quien usted deja parada ahí fuera? -se alarmó la tía.

-Ella misma -confirmó Catalina-; si todavía se llamara Estaño, una podría imaginarse algo bajo este nombre, pero a í...

La madre ya había salido y llevó a la señora de Stanhope al salón. Había venido para preguntar a la doctora si no podría conseguirle un chico para mandados que le compraría las muchas cosas que diariamente se necesitaban, ya que la criada no podía estar fuera de casa tanto tiempo. Tal vez se encontraría un niño que se ocupara de esto en las horas libres de clases.

Al punto se le presentó a la doctora la imagen de Elsita y pensó cuánto bien le haría a la niña poder caminar y correr libremente durante una temporada en vez de gemir siempre bajo su pesada carga, y también pensó que si de esta manera algún dinero llegara a manos de Margarita, ésta se daría maña para hacer posible el trato con la nueva inquilina.

-Yo sé de una niña muy simpática y buena que le gustaría, señora -dijo ahora a la visitante-, sólo que no estoy del todo segura de si la madre daría su consentimiento, ya que ella misma tiene necesidad de la pequeña en los quehaceres de la casa.

-Prométale una buena recompensa -dijo la señora de Stanhope-; precisamente una niña de esta clase es lo que más me gustaría; la madre no se arrepentirá, que diga sin miedo cuánto pide por ello.

La doctora que un momento antes estaba todavía tan oprimida, se alegró mucho por las halagüeñas perspectivas que se abrían para Elsita, por lo cual se propuso ir en seguida a ver a Margarita para arreglar el asunto de cualquier manera. En efecto, las dos mujeres no tardaron en ponerse de acuerdo, porque Margarita opinaba que un poco de dinero en efectivo le hacía mucha falta y le permitiría ocuparse ella misma de los niños; además, dijo, que con esto Elsita no desaparecería del todo de la casa, y así se convino en que ya el día siguiente Elsita se presentaría a las once de la mañana en casa de la señora de Stanhope para iniciar su nueva tarea.

Cuando muy entrada la noche, la madre y la tía estaban sentadas juntas zurciendo medias, preguntó la madre qué asunto tan importante había tenido que tratar Emi aquella tarde, y se enteró de que la visita a Nora había acabado en un completo fracaso, que Emi estaba del todo convencida de que Nora no deseaba otra visita suya, pero que a ella no le importaba esto nada, sino que por el contrario estaba contenta de que las cosas habían tomado este giro ya que ni había sabido de qué hablar con la enferma, la cual, a su vez, tampoco había hablado una palabra más. Esta fue una gran novedad para la madre y le produjo no poca extrañeza, pues estaba acostumbrada a ver que Emi siempre conversaba mucho, cuando se hallaba junto con otros niños y mayores, y el asunto no le gustó nada, porque ya se había hecho a la idea de que Emi podría alegrar la soledad de la pobre enferma y ésta, por su parte, ejercer una influencia benéfica sobre el temperamento bullicioso e inquieto de

Emi. Pero por el momento no había nada que hacer, y además, así dijo la madre, las amistades entre niños, si unas veces resultan al instante, otras, en cambio, necesitan un tiempo hasta que ambas partes se acaban por acostumbrar la una a la otra. La tía no lo creía así y dijo que a juzgar por el relato de Emi, estos dos seres en todas sus disposiciones y tendencias, sus alegrías e intereses eran tan diametralmente opuestos que no veía cómo podrían jamás ponerse de acuerdo. Luego, las hermanas comentaron las esperanzas que se habían abierto para Elsita y la madre se alegraba mucho ante la perspectiva de que siquiera por algunas semanas no tendría que ver el peso abrumador de Juancito en brazos de la niña que casi se desplomaba bajo su carga.

CAPÍTULO 6
LA TIA TIENE QUE ARREGLAR LAS COSAS

A las once del día siguiente entró Elsita muy quedamente en la casa del paraje de la encina. La puerta del salón estaba entornada y Nora, sentada en un sillón, descubrió de repente a Elsita a la que no había oído entrar. Nora la miró con sorpresa a la vez que con agrado; Elsita era de aspecto gracioso, se había ordenado con esmero sus cabellos de color castaño claro que sólo alrededor de la frente formaban algunos rizos. La madre le había permitido también llevar un delantal limpio y un pañuelo anudado alrededor del cuello porque debía presentarse ante la señora extranjera. La carita era muy pálida y tenía una expresión grave, y los suaves ojos azules miraban tímidamente a Nora, la cual se dio cuenta de que la niña dudaba de si le era permitido entrar en la habitación.

Nora le hizo una señal:

-Ven acá -le dijo, y cuando Elsita hubo entrado tan silenciosamente como había pasado el umbral de la casa, le preguntó-: ¿Eres tú la niña que va a hacer los mandados?

Elsita contestó afirmativamente. Su voz sonaba suave y baja, y en toda su manera de ser había algo delicado y apacible que agradó a Nora. Ésta, siguiendo un repentino impulso, le tendió la mano diciendo:

-Siéntate acá, junto a mí, vamos a charlar un poquito.

Elsita obedeció.

-¿Es verdad que te llamas Elsita? -volvió a preguntar Nora-. Mamá te hizo venir para comprar seda y huevos y lápices para mí y otras cosas más; pero, por ahora te puedes quedar un poco conmigo, ¿o te vas a cansar si luego tienes que ir a buscar todo esto antes del mediodía?

-Oh, no -contestó Elsita-. De esto no me voy a cansar; otras cosas hay en

mi casa con qué cansarme; allí debería salir con los niños y llevar a Juancito en brazos.

-Ah, entonces tú sabes bien cómo se siente una cuando está fatigada, así, ¿bien, bien fatigada? -preguntó Nora con expectación.

-Bien que lo sé -aseguró Elsita-, yo casi siempre me siento cansada, pero algunas veces tanto que quisiera acostarme para no levantarme más. Juancito ya es tan pesado ahora que casi ya no puedo levantarlo; pero él no quiere caminar, quiere ser llevado en brazos, si no, grita terriblemente y se enoja mucho.

-¡Oh, Elsita! -exclamó Nora consolada por la comprensión que había hallado-, me alegro que sepas cómo es esto de sentirse tan camada, ahora puedo hablar contigo de todo, porque tú sabe bien lo que es esto. Sí, verdad, una no quisiera más que acostarse y nunca más volver a levantarse hasta sentí se bien, sin fatiga. ¿No es así, Elsita?

-Pues, eso no sucedería -observó Elsita-, sino que a fin de cuentas habría que levantarse otra vez.

-No, no quiero decir esto; me refiero a acostarse una y morir; ,no te gustaría también morir, Elsita?

-No, yo creo que preferiría vivir, pero nunca lo he pensado. ¿Por qué piensas así?

-Oh, es que tú no sabes lo que viene después. Clarisa me lo ha contado todo tan bien y siempre hablábamos de esto. Pero con mamá nunca puedo tocar el tema porque en seguida se pone a llorar y se entristece por muchos días. Pero a ti te lo contaré todo y verás qué hermoso es irse al cielo. Y también te voy a enseñar el lindo canto de Clarisa; ¿quieres que te lo diga ahora mismo?

Elsita estaba muy dispuesta a escucharlo, pero en ese momento entró la señora de Stanhope y saludó a la niña con cierto estupor, pues no acertaba a explicarse cómo podía ser que las niñas estuviesen sentadas juntas y conversasen con tanta confianza como si se conocieran desde hace años. Mucha mayor aún fue su extrañeza cuando Nora dijo:

-¡Oh! Mamá ¿verdad que la seda puede esperar todavía? y los lápices no los necesito hoy seguramente y tampoco me apetecen los huevos, y las otras cosas las podría comprar después la ayudante de cocina; ¡me gustaría tanto que Elsita se quede conmigo ahora!

-Como no, hija mía, que se quede aquí si a ti te gusta -dijo la madre gozosa de que Nora, comúnmente tan apática, desease lograr algo-. Además -agregó-, la niña vuelve por la tarde y entonces habrá tiempo de sobra para hacer las compras.

Los ojos de las dos niñas se iluminaron al mismo tiempo. Nora veía acortadas las interminables y angustiosas horas del día por un trato e intercambio que tanto había deseado; a Elsita, por su parte, le parecía una gran fiesta el poder estar sentada tan tranquila y sosegada al lado de Nora que la trataba con tanta amabilidad. Mas como la madre permaneciese en la

habitación, Nora no volvió a hablar del canto de Clarisa, pues, demasiado bien sabía que esto entristecía a su madre, por lo cual se cuidó mucho de no tocar ese tema. Esto, por otra parte, hacía que Nora fuese más callada de lo que deseaba su madre, porque sus pensamientos giraban siempre alrededor de todo lo que la buena Clarisa había tratado de inculcarle con los más vivos colores desde tiempo atrás. Clarisa tenía mucha experiencia en la vida y se había dado perfecta cuenta del estado desesperado de Nora; como consecuencia, trató de despertar la afición de la niña por un mundo al que inevitablemente debería irse, para que le costase lo menos posible abandonar esta vida.. Como el amor y la esperanza del otro mundo llenaban el corazón de Clarisa, no le costó gran trabajo provocar los mismos afectos en el alma bien dispuesta de Nora.

Elsita comenzó a contar de su vida con sus hermanitos, y así se ocupó de su tema predilecto que era su hermano Fani, del que nunca se cansaba de hablar. Elsita sentía por Fani tanto amor y admiración que nunca podía expresar todo lo bueno, amable y hábil que era ese hermano suyo, cómo le ayudaba en los deberes de la escuela y cómo ella no sabría vivir sin él. De no ser por Fani no tendría ya ninguna alegría en su vida; mas ahora, por cansada y triste que estuviese, bastaba que Fani volviera a casa para devolverle a ella la alegría porque él mismo siempre estaba lleno de buen humor y veía el porvenir con optimismo y sabía hablar de él con tanto regocijo y esperanza que también ella cobraba nueva confianza cuando poco antes había estado pensando que nunca, nunca más podría alegrarse de nada y que siempre viviría bajo el temor, las preocupaciones y la fatiga.

La señora de Stanhope escuchaba con agrado a Elsita que con su suave voz y la cariñosa expresión de sus ojos azules iba contando su vida.

Nora seguía cada palabra con suma atención; se veía que reflexionaba sobre todo cuanto decía Elsita, mucho más que ésta misma, y que todo lo que narraba despertaba su interés y su aprobación. Cuando por fin dijo la señora de Stanhope:

-Ahora puedes volver a tu casa, hija, a las cuatro te esperamos.

Añadió Nora en seguida:

-Vuelve pronto, Elsita, y dile a tu mamá que no regresas a casa antes de las ocho.

Elsita prometió hacerlo y así salió muy contenta; se había imaginado que la enferma extranjera apenas le dirigiría una palabra y que sólo tendría que ir a buscar diversas cosas y cumplir órdenes. En lugar de esto, la niña la había tratado con tanta amistad, y la señora, por la que también había sentido cierto temor, no había sido menos amable para con ella, de manera que se sentía muy agradecida. A las cuatro horas salió Elsita corriendo de la escuela sin despedirse siquiera de Emi, temiendo que alguien la pudiese detener e impedirle cumplir su promesa de volver en seguida al paraje de la encina. Y su temor no fue injustificado; oyó que alguien corría tras ella a toda velocidad voceando su nombre. Era Feclito, Elsita conocía su voz demasiado

Librodot

bien.

-¡Espera, espera! ¡A ver si me esperas que tengo algo que decirte! -gritóle detrás con tono de mando.

-No, no puedo, he prometido irme -contestó Elsita escapándose al galope como una gacela.

Durante un tiempo, Feclito corrió en su persecución, visiblemente enfurecido y profiriendo de continuo amenazas, lo que, empero, no tuvo otro efecto que dificultar su marcha. Jadeante y rojo de ira se detuvo al fin comprendiendo que nunca lograría dar alcance a la ágil niña. Enojado volvió sobre sus pasos; era evidente que había tenido una razón de gran peso para correr tras ella de esta manera y tanto mayor fue su enojo al ver lo vano de sus esfuerzos.

Elsita tuvo que esperar un largo rato para recobrar la respiración antes de poder entrar a la casa de Nora, pues había seguido corriendo sin detenerse por temor de que Feclito la pudiese alcanzar y obligar a hacer otra cosa.

Nora ya la estaba esperando junto a la ventana, y cuando la vio llegar corriendo y luego detenerse falta de aire, le gritó ansiosa:

-Ven, Elsita, ven, que puedes descansar aquí, ya no hay mandados para hacer.

Elsita obedeció. Nora estaba sola en la habitación y dio a Elsita una alegre bienvenida. Ella tuvo que sentarse a su lado y Nora le explicó que ya no tenía que salir para hacer compras porque ella había pedido a su mamá que las dos pudiesen quedarse juntas toda la tarde y la madre había accedido gustosa, saliendo por su parte, lo que nunca solía hacer cuando Nora estaba sola.

-Y ahora tengo tanto que contarte, Elsita -continuaba Nora-. Estoy segura que nunca te has imaginado cómo será cuando nos vayamos al cielo. ¿Verdad?

Elsita movía la cabeza negando:

-No, nunca lo hice.

-Ah, ves -prosiguió Nora muy animada y cobrando vivacidad por momentos-, tal vez ni sepas qué hermoso será eso. Mucho más lindo que todo cuanto has visto hasta ahora. No hay allí personas enfermas, ni una sola que esté fatigada; todos están felices y aquí y allá, junto al río, se encuentran entre las flores y se regocijan; pero espera: voy a recitarte el canto de Clarisa, y verás qué hermosura es aquello.

Los grandes ojos de Nora brillaban cada vez más y sus mejillas se colorearon de un rojo más y más profundo

que contrastaba con su palidez habitual, mientras recitaba la poesía:

Un río de agua cristalina y pura
Riega un vergel de eterna lozanía,
Y de los tiernos lirios la blancura
Mezcla con -la fragancia su alegría.

Refleja el sol en llameantes rosas
Dorada luz con celestial hechizo;
Aves canoras trinan jubilosas;
Salud y amor: esto es el paraíso.

Suaves vientos prodigan sus caricias
Sobre caminos bellos y floridos;
Hombres dichosos que se dan albricias
Se salen al encuentro conmovidos.

Un sueño les parece tal belleza,
Con júbilo el amigo es saludado;
Quedó allá abajo el mundo de tristeza
Y al reino de los cielos han llegado.

En las regiones bienaventuradas
Discurren sin pesares ni amarguras,
Sus lágrimas se vieron enjugadas
Y los inunda la alegría pura.

Elsita miraba a Nora con creciente admiración porque su semblante se había transfigurado por completo y sus ojos brillaban fulgurantes. Nora sentía tan profundamente lo que decía el poema que su voz temblaba de emoción. Elsita se quedó muda e inmóvil de tan honda impresión.

-¿No te gusta el canto, Elsita? -preguntó Nora tras una pausa prolongada.

-¡Oh, sí, y mucho -aseguraba la niña admirada. -¿Y no te gustaría ir conmigo allí donde es tan hermoso? -seguía preguntando Nora.

-¿Y tú, te vas a ir? -preguntó Elsita a su vez con cierta vacilación.

-Sí, yo me voy -respondió Nora llena de confianza-. Hace mucho que Clarisa me explicó cómo se fue Filo y que yo me iría no mucho después que él. Oh, tantas otras cosas me contó ella acerca de lo bello que será todo eso. Cómo los fatigados van a gozar y pasear junto al río y entre las flores y nunca, nunca se sentirán cansados. Te lo voy a contar todo poco a poco y muchas cosas más. ¿Verdad, Elsita, ahora te das cuenta cómo será?, ¿no te gustaría venir conmigo cuando me vaya?

-Sí que quisiera -dijo Elsita arrebatada por la esperanza de tanta dicha que brillaba en los ojos de Nora-, ¿pero crees tú que podemos irnos así no más cuando tenemos ganas?

-Oh, no, Elsita, no es así; el buen Dios llama a cada cual cuando es su

Librodot

hora. Sólo quería saber si tú sientes tantas ganas como yo de irte y si podemos hablar de esto como a mí me gusta. Tal vez el buen Dios nos llame juntas, ya que tú también estás tan fatigada. Clarisa me dijo que es una señal de que Dios me llamará pronto. Imagínate, Elsita, qué lindo sería si las dos nos fuésemos juntas y llegáramos ambas al cielo. Estaríamos siempre sanas y llenas de gozo, y pasearíamos junto al río entre rosas y lirios y nunca, ¡nunca más nos tendríamos que cansar!

Ahora se fueron agrandando también los ojos de Elsita porque veía el paraíso en colores cada vez más vivos y magníficos y escuchaba absorta a medida que Nora seguía contando. Un mundo completamente nuevo se abría ante sus ojos y las horas pasaban para las dos niñas sin que ellas se dieran cuenta.

Entre tanto, en la casa del médico reinaba el bullicio. Después de las clases, Oscar, Emi y Fred se habían dispersado en seguida, corriendo cada cual en otra dirección para seguir alguna tarea de mucha urgencia. Fred volvió a casa porque acariciaba, ya durante todo el día, el proyecto de leer a la tía una descripción particularmente interesante de algún animalito poco conocido y no había hallado el momento propicio. Ahora que veía escaparse a todo correr a los dos mayores, se apresuró a aprovechar tan favorable ocasión. Al ver en el camino del prado a Feclito que corría a revienta cinchas detrás de Elsita vociferando amenazas, le gritó con una sonrisa maliciosa:

-¿Eh, Feclito, menos mal que hay una Elsita ante la cual uno no tiene que avergonzarse cuando no entendió la lección, verdad?

Porque Fred había descubierto que Feclito siempre iba detrás de Elsita cuando había tenido alguna dificultad, por lo que comprendía que Feclito trataba de aclarar algo sin tener que admitir delante de los grandes de la escuela que necesitaba ayuda. Fred siguió su camino a toda prisa y llegó rápidamente a su casa. Por la puerta abierta de la cocina vio a la tía que estaba parada junto a la mesa revolviendo la masa para hacer un postre. Estaba leyendo ,con atención un papelito que estaba delante suyo en la mesa: "Batir cuatro huevos grandes, dos cucharadas de harina y cáscara de limón...", y se asustó terriblemente cuando Fred se abalanzó sobre ella con un grito de júbilo por hallar el campo libre y la tía a su exclusiva disposición:

-Oh, qué magnífico, tía escucha, escucha -exclamó sentándose cómodamente en una silla y abriendo el consabido libro-, ¿te acuerdas, tía, que papá cazó cierta vez un avetoro? Ahora vas a escuchar su historia y su vida; precisamente hoy lo encontré: "Avetoro, Stellaris; pero ¿estás atenta, tía?

-Sí, sí, continúa que te escucho.

-Su color es rojo amarillo con manchas negras; las plumas del pescuezo tienen forma de cuello alto. Habita en la parte templada de Europa, es de carácter melancólico y malhumorado. Durante la noche emite un grito peculiar. Su voz ordinaria es: Krauy, krauy; el grito nocturno, en cambio es: ¡Uprumb, uprumb! Se defiende con fiereza contra cualquier perseguidor. La

hembra pone cuatro huevos grandes..., ¿pero tía, me estás escuchando?, ¿sabes lo que acabo de leer?

-Sí, sí, cómo no: la hembra pone cuatro huevos grandes, dos cucharadas de harina y cáscara de limón -dijo la tía que sin darse cuenta había desembocado en sus propias preocupaciones del momento.

Fred la miró espantado con ojos muy abiertos, porque ella lo había dicho con la mayor seriedad.

-Ah, claro --se corrigió la tía comprendiendo su equivocación-, me confundí con la receta del postre. ¡Adelante, pues!

-Esto ya es otra cosa -dijo Fred, tranquilizándose-, porque no puedo creer que pienses que las aves suelen poner cáscaras de limón. Ahora bien: la carne del avetoro tiene gusto a...

Aquí la exposición sobre la vida y milagros del avetoro fue interrumpida. Oscar tomó la cocina por asalto y tras él venía corriendo Emi. Oscar ocupó posiciones a la derecha de la tía, mientras Emi se acercaba por la izquierda de manera que la pobre tía apenas podía seguir batiendo la masa del postre. Oscar estaba muy excitado:

-Imagínate, tía -exclamó subiendo de tono a medida que hablabla, a la vez que Emi cuchicheaba directamente al oído de la tía para hacerse oír-. Ahora Feclito ya no está conforme con el epigrama para el estandarte porque le dijeron otro que se usó en otra fiesta y que le gusta más; y ahora lo quiere poner a toda costa en nuestro estandarte. ¿Qué hacemos ahora? ¿Qué te parece, tía? No puedes creer qué cabeza dura es este Feclito cuando se propone algo, y si uno no cede, en seguida se echa atrás.

-Emi, quédate quieta un momento, luego me ocuparé de tu asunto -se defendió la tía-, y ahora, Oscar, .dime el nuevo verso, a ver si pueden utilizarlo.

-Es así, tía:

"¡Libertad, igualdad, fraternidad,
Savia de la vid y musicalidad!"

-¿Y esto es todo?

-Sí, tía.

-Pues, te doy mi palabra de que esto no irá en el estandarte -le aseguró la tía-. Díle a Feclito que ni siquiera contiene un verbo, y que en esta forma no sirve para nada; que pregunte al maestro, si no lo cree. Y sabes, Oscar, si Feclito quiere a toda costa contribuir con sus cualidades intelectuales a la fiesta, sugiérele que se haga cargo del discurso.

. Esta fue una magnífica idea y Oscar la acogió con desbordante entusiasmo. ¡Un discurso apropiado a las circunstancias! ¡Cómo no se le había ocurrido antes! Al punto salió corriendo porque esa misma tarde debía

organizarlo todo.

-¿No es cierto, tía, no es cierto? -repetía Emi con insistencia, ahora que Oscar se había marchado y se podía hacer oír.

-No sé bien lo que me decías -contestó la tía- pues, no puedo escuchar al mismo tiempo por ambos lados; ¿qué decías, Emi?

-Digo, y, tú también piensas así ¿verdad, tía?, que sería una gran lástima si Fani tuviera que ir a trabajar en la fábrica y nunca más tuviera tiempo para dibujar. Fani debería estudiar para ser pintor, ¿no es cierto, tía?, debería ser pintor lo antes posible para que no tenga que entrar en la fábrica de donde no saldría nunca más y todo estaría perdido, ¿no es así, tía?

-No es tan fácil, Emi, hacerse pintor o artista, ni se sabe todavía si Fani tendría para esto bastante talento; en un caso así se requiere ya un poquito más que saber dibujar bien en la escuela.

-Sí, tía, pero yo sólo quería que me dijeras que tú también piensas que Fani debería ser más bien pintor que trabajar en la fábrica; y esto lo piensas tú seguramente, ¿no tía? -Emi hablaba con tanta insistencia como si la tía hubiese de decidir la cuestión en ese mismo instante.

La tía trató de apaciguarla:

-Si Fani tuviera realmente la posibilidad de ser pintor, claro que yo estaría conforme y lo celebraría de corazón; pero en esto no se puede pensar por ahora, Emi.

-¿Puedo seguir ahora, tía? Emi no dice más que tonterías -intervino Fred. Pero Emi no le dejó hablar aún:

-Tía, explícame sólo una palabra -rogó con gran ahínco-, ¿qué significa: "Decoración"?

-Significa adorno, Emi. Pero ¿qué tienes que ver tú. con decoraciones?

-También significa bastidor -dijo Fred completando la respuesta de la tía.

-¡Oh, esto está muy bien! -exclamó Emi muy contenta y salió corriendo.

Fred se quedó un rato muy pensativo y luego dijo en tono escudriñador:

-¿Tía, no has notado que Emi está tramando algo? ¿No crees que querrá escaparse con una compañía de teatro?

-No, Fred, esto no lo creo -replicó la tía sin inquietarse ante tales perspectivas-, Emi no tiene semejante cosa en la cabeza.

-Tía, créeme -dijo Fred con mucha seriedad como si tuviese mucha experiencia de la vida-. Emi está tramando alguna de las suyas, porque a ella no le importa nada lo que significa una palabra si no quiere hacer algo con ella. Emi no tiene intereses científicos; ¿no te das cuenta del asunto, tía?

La tía no llegó a contestar porque desde la escalera llegaban unos chillidos muy conocidos pero no por esto menos escalofriantes:

-¡Una serpiente, una serpiente! ¡Oh, oh, una serpiente!

Fred revisó instintivamente su bolsillo y luego se precipitó afuera. La tía respiró hondo; por fin podría con las manos libres y los pensamientos concentrados terminar el postre, y ciertamente que ya era hora. ¡Pero, no! La gritería en la escalera iba tomando carácter apocalíptico y la tía dejó todas las

cosas y salió para ver si el fin del mundo había de llegar antes de la cena. Afuera, en medio de la escalera estaba parada Riel¡ sobre un escalón mirando espantada el escalón siguiente y gritando como si la desollaran viva. Una graciosa lagartija verde se agitaba con gran velocidad a sus pies. Un escalón más arriba estaba sentado Fred sumido en apacible contemplación, esperando el fin de la tragedia.

-Pero, qué tonta eres, Riel¡ -dijo la tía, suavemente- si este animalito te aterra tanto, ¿por qué no te escapas?

-¡Me va siguiendo, me va siguiendo, es una serpiente! -gritó Riel¡ saltando espantada sobre el mismo lugar.

-Fred, quita la lagartija de ahí -dijo la tía-; al fin de cuentas ha de ser tuya, y ya ves cómo se altera la pequeña.

-Sí, tía, es mía -confirmó Fred-, la había metido en mi bolsillo, y mientras leía debe haberse escapado. Pero supongo que Ricli debe ser educada para ser una persona racional; por esto me proponía esperar hasta que el terror se hubiese convertido en amistad con la lagartija.

La tía estaba de acuerdo en que a Ricli le hacía mucha falta educarse; pero que los métodos utilizados por Fred sólo suscitaban griterías interminables. Que había que pensar en una cura enérgica que pondría en razón a Ricli una vez por todas; pero que por el momento ella debía irse a su cuarto y Fred con su lagartija, abajo, para dar fin a la batahola. Con esto la tía volvió a la cocina y pudo, por fin, terminar su obra culinaria.

CAPÍTULO 7
LAS FUNDACIONES DE OSCAR Y LAS HAZAÑAS DE EMI

Con gran satisfacción, Feclito había aceptado hacerse cargo del discurso, no sin anunciar en su casa tan importante acontecimiento. La noticia impresionó hondamente al señor Bickel y a su señora, los cuales tomaron la resolución de asistir a la fiesta para escuchar a su heredero en su primera aparición en público. Inmediatamente se encargó para el orador un nuevo traje para tan memorable solemnidad y la misma tarde hicieron una visita al zapatero para tomar las medidas de un nuevo par de botines.

A Feclito se le veía desde aquel día callado y meditabundo, notándose bien que estaba sumido en pensamientos de profundo significado.

Ahora, acababa de salir de la escuela con un gran salto involuntario, porque los que venían detrás empujaron con tal fuerza a los primeros que éstos se vieron lanzados por el aire y no hubo tiempo para bajar las escaleras con la conveniente gravedad. Pero se podía advertir claramente que Feclito no estaba para saltos, pues llegó abajo con el ceño fruncido y no se echó a

Librodot

correr con los gritos de guerreros veteranos, como los otros, sino que lentamente dobló la esquina, poniéndose en acecho detrás de la escuela. Habiendo pasado todos los muchachos, llegaron las niñas, de dos en dos o en grupos, y finalmente sola y muy de prisa Elsita que se había atrasado por anotar con gran cuidado los deberes para el día siguiente. De repente, sintió que alguien la atrapaba desde atrás y la empujaba hacia un lado.

-Déjame ir. Feclito, tengo que ir pronto a casa de

Nora que me está esperando -dijo al ver que era Feclito quien la había agarrado y empujado violentamente detrás del edificio escolar.

-Primero, quiero preguntarte algo, entonces te podrás ir -replicó Feclito con aire de emperador romano, sujetándola de su chaquetita.

-Bueno, pronto, que me tengo que marchar.

-Esteeee... Dime, Elsita, ¿qué dirías tú en el caso de que tuvieras que echar un discurso en una fiesta de cantores; quiero decir, esteee..., por ejemplo, ¿cómo comenzarías?

-Pero qué tontería más grande, si esto no lo tendré que hacer en toda mi vida -exclamó Elsita tirando de su vestido; pero era inútil porque Feclito tenía un puño de hierro.

-Yo no he dicho que lo tendrás que hacer algún día -continuó Feclito-, sólo he dicho: en el caso que; y en el caso que, se puede decir de cualquier cosa, ¿no? Ahora, contéstame: ¿Cómo iniciarías un discurso de esta clase?

-No lo sé, de estas cosas no sé nada, si nunca he pensado en esto -y Elsita volvió a tirar de su vestido.

-Entonces piénsalo ahora; tienes que decirme cómo comenzarías o no te suelto hasta el anochecer -y al decir esto Feclito agarraba el vestido cada vez con más fuerza-. Te voy a facilitar el asunto -añadió con majestuosa condescendencia-, te voy a decir las primeras palabras; pero luego tienes que continuar. Espera; así comienza: "¡Muy estimados señores y compañeros!" ¡Ahora vamos, continúa!

-Déjame, que me tengo que ir -suplicaba Elsita-, si no sé decir nada.

-¡Testaruda! -prorrumpió Feclito enfurecido-. ¡Espera que ya tendrás tu merecido! Espera que entres a la fábrica que ya no falta mucho, y verás lo que te espera.

En la imaginación de Elsita iban apareciendo fantasmas horripilantes e indefinidos. No siguió tirando del vestido y se puso a pensar obediente. Después de un rato, dijo:

-Comenzaría así: ¡Muy estimados señores y compañeros! Habiendo cantado una canción tan hermosa, alegrémonos ahora y celebremos una gran fiesta...

Al llegar a este punto del discurso, Elsita observó que Feclito absorto en memorizar las palabras había abierto el puño, y como una flecha disparada del arco se lanzó a correr. Feclito le lanzó detrás una mirada fulminante, pero ella ya estaba fuera de su alcance, y así, optó finalmente por seguir pensativo su camino.

El domingo debía celebrarse la gran fiesta de los cantores porque la tía había prometido que el estandarte estaría listo para ese día. Pero antes había que hacer un ensayo general para ver cómo salía el discurso y organizar la marcha de los cantores, por esta vez el estandarte se reemplazaría con un mantel colgado en el asta. Por el mantel respondería también la tía. El sábado por la tarde se realizaría el ensayo, así lo había resuelto Oscar con los miembros de la asociación.

El sábado al mediodía apenas había comido lo más indispensable, cuando Oscar ya miraba inquieto en derredor a ver si pronto podría levantarse de la mesa. Más agitada aún estaba Emi que desde el principio del almuerzo tenía sus pensamientos en otro asunto muy distinto de la comida, tragaba absorta, miraba a cada momento el reloj en la pared y daba respuestas a cuál más incoherente. Apenas el último bocado había desaparecido del plato del padre, preguntó apresurada:

-¿Puedo irme, mamá?

-¿Y yo también, mamá? -añadió Oscar rápido como el rayo.

-¿Y qué es lo que tienen que llevar a cabo estos dos para estar tan apurados? -preguntó el padre, después de conceder el permiso.

Emi ya había desaparecido.

-Mañana lo verás, papá -anunció Oscar con una cara que prometía el comienzo de una nueva era en la historia-, hoy erigiremos la tribuna para el orador y organizaremos la marcha. Te vas a maravillar.

-¿No quieres escuchar también el discurso de Feclito, papá?

-¡Muchas gracias! Iré por la noche con mamá y la tía para inspeccionar el recinto de la fiesta. ¿Tú también intervienes, Fred? -quiso saber el padre.

-No, papá, tengo otras cosas que hacer -replicó Fred con seriedad-; es más provechoso encontrar y estudiar el último de los sapos que celebrar mil fiestas de cantores.

Riel¡ se apartó apresuradamente de Fred, no fuera que. como confirmación de su opinión mostrase alguna alimaña.

Oscar fulminó a su hermano con una especie de mirada de superioridad compasiva y se fue.

Por la tarde, la madre y la tía estaban sentadas tranquilamente en el jardín, teniendo delante suyo en la mesa el cesto con las medias para zurcir, y mientras las manos diligentes hacían su trabajo reparando los grandes y pequeños agujeros de las medias, comentaron los acontecimientos del día, y la vida y forma de ser los niños que tanto amaban.

-Es curioso cómo se repiten las cosas en la vida -dijo la madre.

-Cuando los niños cuentan cómo Feclito corre tan a menudo detrás de Elsita y nadie comprende por qué, siempre me acuerdo de los tiempos idos. ¿No recuerdas cómo la madre de Elsita, la alegre Grittli, era siempre perseguida por el gordo y rechoncho Fecli cuando corría tan ligero y tan contenta, volviéndose de cuando en cuando hacia él y gritándole entre risas y burlas:

¡Dame alcance, presuroso,
Fecli, con el trote de oso!

La tía rememoraba estas escenas muy bien y tuvo que reírse a carcajadas al recordarlas nuevamente.

-Claro que Grittli no era la autora de estos versos que nuestro hermano le había inspirado -añadió-; ¿te acuerdas cómo gozaba con estas corridas inútiles del gordo Fecli?

La madre no llegó a responder porque en este momento se hicieron oír unos chillidos tan espantosos que ambas mujeres se sobresaltaron.

-Seguro que es Riel¡ -dijo la madre que en el primer instante había saltado de la silla junto con la tía y volvió ahora a sentarse invitando a la otra a seguir su ejemplo-, es menester que nos quedemos aquí; la niña no debe creer que por cualquier insecto que se le acerca puede armar semejante ruido obligándonos a acudir en su ayuda; tiene que aprender que sus gritos ya no despiertan ningún interés.

-Sin duda que el despiadado Fred la está asustando con alguna rana de grandes ojos -observó compasiva la tía-, pero tienes razón, es necesario que venza esta tendencia de gritar por nada.

En ese momento se oía desde otra dirección un canto que trataba de elevarse por encima de la gritería:

"Ricli y Juancito
Son harina del mismo costal:
Cantan como pajaritos,
Pero horriblemente mal"

La madre vaciló visiblemente en su determinación de dejar gritar a Riel¡ sin socorrerla:

-No puede ser Fred el que está asustando a la niña, pues se le oye cantar desde el lado opuesto de la casa.

Los gritos se hicieron tan desesperados que madre y tía corrieron juntas hacia donde se escuchaba la voz. Al principio no veían nada a pesar de que los lamentos se oían cerca; pero pronto descubrieron a sus pies, en el fondo de una zanja, a Riel¡ que gritaba como si se estuviera por morir pues se encontraba realmente en una situación nada envidiable. Estaba hundida casi hasta el cuello en el barro y el agua estancada; los brazos los mantenía en alto como para defenderse de las ramitas y sapos que saltaban alegres aquí y allá. La tía fue la primera en llegar a la zanja; con prontitud bajó, asió a la

niña por los brazos y la sacó con algún esfuerzo de tan penosa situación. Al verse Riel¡ rodeada de tierna solicitud, reflexionó sobre el susto recién pasado y comenzó a llorar y lamentarse diciendo una y otra vez:

-Oh, ¿por qué no vinieron ustedes, por qué?

Pero las cosas no estaban para largas explicaciones, sino que se necesitaba una acción rápida y eficiente. Madre y tía tomaron a la niña de la mano, una de cada lado.

y la llevaron de prisa a la casa donde Riel¡, totalmente cubierta de barro, fue puesta sin demora en la bañera. La madre tuvo que irse porque la habían llamado, pero la tía se sentó junto a la niña que se bañaba y dijo:

-Ahora quiero contestar tu pregunta -y le explico el asunto diciendo que ya había proferido muchas veces tan horribles gritos cuando Fred se le acercaba con un bicho o una ranita, y que ni ella ni la madre pensaban cooperar con semejante comportamiento y nunca más iban a correr para ayudarla. Sólo el canto de Fred la había salvado por demostrar que él no estaba a su lado; de otra manera nadie hubiera ido para socorrerla y Riel¡ se hubiera podido quedar todavía largo, largo tiempo en la zanja. Luego la tía la exhortó seriamente a no echar en saco roto esta experiencia, para que no volviera a sucederle lo mismo. Riel¡ la escuchaba con gran atención y esta vez las palabras le hicieron una impresión más honda que otras veces pues ésta había sido una terrible experiencia.

Mientras esto sucedía en casa, Oscar había reunido a los honorables miembros de su flamante asociación y emprendió con ellos la marcha al recinto destinado a las solemnidades del domingo. Aquí debía hacerse primero un ensayo del discurso, luego uno del desfile de cantores y finalmente el banquete con los brindis finales, hoy sólo como prueba, pero mañana con auténtico zumo de grosella, alfajores y pan dulce, que eran las provisiones prometidas por la tía juntamente con el estandarte. La tribuna del orador se había erigido con cuatro postes clavados en el suelo y cuatro tablas que se apoyaban en aquéllos. Ahora subió Feclito y comenzó diciendo:

-Muy estimados señores y compañeros: ¡Habiendo cantado una canción tan hermosa, alegrémonos ahora, celebremos una gran fiesta y brindemos con los vasos!

Feclito bajó de la tribuna.

-¡Sigue, sigue! ¡Sigue hablando! -le gritaron los oyentes más próximos.

-El discurso ha terminado -dijo Feclito satisfecho de su obra y de que todo había pasado-, después se chocan los vasos.

Pero entonces se armó una tremenda gritería entre los congregados, porque a la mayoría le pareció el discurso demasiado breve y así empujaron a Feclito hacia el estrado para continuar sus actividades retóricas. Sólo Oscar que nunca solía dejar las riendas de la organización, se quedó tan estupefacto y atontado como si hubiese escuchado una revelación. Y no sin causa las palabras le habían impresionado tan hondamente; ¿cómo, en efecto, pudo Feclito haber tenido una idea que a él mismo no se le había ocurrido y que

era, sin embargo, de una importancia tan vital para la fiesta que se iba a celebrar?: era esencial que se cantase para ver que se trataba de una fiesta de cantores. Después de olvidar el primer impulso de ira por no habérsele ocurrido esta idea, se lanzó de repente entre la multitud gritando a voz en cuello:

-¡¡Silencio!! Ahora, antes que nada, hay que saber quién va a cantar; tenemos que ensayar una linda canción.

Pero resultó que ninguno de ellos sabía cantar, tampoco Feclito, el cual sostuvo, además, que esto no era indispensable. Por lo que se refería a Oscar, él no era capaz de entonar una sola nota correctamente y esto lo sabía demasiado bien. Pero reconoció que aquí debía cantar alguien y gritó ahora por Fani a más no poder y los otros gritaron con él porque se recordaron de repente que Fani sabía cantar.

Pero no se le pudo encontrar; era evidente que no se hallaba entre ellos y de repente Oscar salió corriendo y tras él todos los demás, por lo que, de golpe, quedó desierta toda la plaza donde sólo la tribuna del orador se erigía con solitaria dignidad. Oscar se precipitó hacia su casa; estaba completamente fuera de sí; ¿qué sería ahora de su fiesta de fundación pregonada por los cuatro vientos? Una cosa veía ahora con claridad: en una fiesta de cantores debía cantarse, y él debía conseguir que esto se hiciera. ¡Cómo se burlaría su papá de su flamante fundación! Y Fred que siempre se vanagloriaba de su previsión por lo que hacía, ¡cómo le tomaría el pelo! No, no podía ser: Fani debía aparecer; él cantaría y los otros lo acompañarían como pudieran. Llegado a casa, corrió a la habitación donde entraba Emi en este momento:

-¿Emi, dónde está Fani? -le gritó muy excitado-, ¿te lo has llevado otra vez y lo has instigado a abandonarnos?

Emi se puso un poco colorada, pero no dijo nada e hizo como si no hubiera entendido bien lo que quería Oscar. En este momento Catalina se asomó por la puerta:

-Margarita está afuera y pregunta si alguien sabe dónde está Fani; lo está buscando por todos lados y dice que es urgente:

Esta vez Emi se puso roja como una amapola y comenzó a tirar tímidamente de la falda de la tía. Ésta advirtió en seguida que algo andaba mal, tomó a Emi de la mano y salió del cuarto. La madre salió tras ella para ver qué traía tan apurada a Margarita, la cual le contó muy impresionada que el primo Fecli había venido para decirle que pensaba darle empleo a Fani ahora mismo para un trabajo que el muchacho sabría hacer bien, y que le ocuparía en las tardes libres y también a otras horas oportunas, lo cual daría una buena ganancia. Fecli quería hablar en seguida con Fani, pero éste no había aparecido por ningún lado, y ella no podía hacer esperar por más tiempo al primo, que seguramente estaría muy enfadado por la tardanza.

La doctora llamó en seguida a Oscar y le ordenó que buscara a Fani. Oscar, así decía, sería el más indicado para encontrarle. Pidió a Margarita

que volviera sin más a su casa, pues Fani llegaría no bien lo encontraran.

Mientras tanto, la tía había llevado a Emi al dormitorio y apenas hubieron entrado, Emi se aferró convulsivamente al brazo de ella suplicando, angustiada:

-Por favor, tía, ayúdame, ayúdame para que no pase nada grave y no se enoje papá conmigo; ayúdame para que la madre de Fani comprenda qué bien le va a ir ahora y que será un gran pintor. Hoy salió para Basilea.

-¿Qué dices, Emi, qué dices? ¡Por Dios, no será verdad! -exclamó la tía terriblemente asustada.

-Sí, es verdad, tía; vete a hablar con la mamá de Fani y convéncela para que esté conforme y no se queje a papá -rogaba Emi-, te lo voy a contar' todo y entonces ya verás. Se lo puedes decir a Margarita que a Fani le irá ahora muy bien. Mira, en el diario apareció un aviso hace unos días, que decía así: "Un decorador de Basilea recibiría a muchacho de once a doce años a cambio de pocos quehaceres; puede aprender el oficio." Y debajo estaba la dirección. Yo se lo mostré a Fani, porque ya hacía tiempo estábamos pensando cómo hacer para que pudiese ser pintor y no tuviese que trabajar en la fábrica, y esto venía como anillo al dedo, porque tú misma me dijiste que decoración significa adorno, y Fred dijo que también significa bastidor, y entonces sabía que Fani debería pintar árboles y flores y coronas y, cuando le dije esto, quería irse a toda costa. Primero se lo queríamos decir a su madre, pero él dijo que entonces no iría nunca, porque ella dice que ésas son pamplinas y no quiere saber nada. Y entonces convinimos en que por el momento él se iría y que yo, después, diría dónde está, cuando preguntaran por él. Y él escribiría pronto para decir que ahora puede estudiar para ser pintor.

-¡Pero por todos los santos del cielo! -prorrumpió la tía-. ¡En qué cosas te estás metiendo, Emi, en verdad que es algo horrible! ¿Dónde acabará ahora este muchacho y cómo puede llegar a Basilea sin dinero?

Emi dijo que le había dado todo el dinero que poseía y que llegaría a Basilea. Luego, pidió por favor a la tía que fuera a hablar con la madre de Fani, ya que estaba buscándolo con tanto afán. A la tía también le pareció que esto era lo primero que debía hacer. Luego escribiría a Basilea para informarse de si Fani había llegado allí y para saber en qué manos se hallaba. La tía no perdió el tiempo; se envolvió en su manta y salió presurosa en dirección al bosquecillo, detrás del cual bajaba el sendero que conducía a la casita de Heiri. El señor Bickel estaba saliendo en este momento por la puerta de la casita y decía:

-Este vagabundear al que estaba acostumbrado, se acabará; le voy a descontar del sueldo cada minuto perdido.

-Se me ocurre que primero tendrá que ganar un sueldo antes de que se le pueda descontar cosa alguna -murmuró Margarita a media voz, mientras el señor Bickel se alejaba con paso grave.

La tía entró en la casita. Desde el camino se entraba directamente a la cocina y de ahí a la habitación. La puerta de la misma estaba abierta, y se

Librodot

alcanzaban a ver dos cunas antiquísimas, una para el más chiquito y otra para Juancito. Del otro lado, en la cocina, estaba el lavadero que Margarita había trasladado allí para poder trabajar y atender al mismo tiempo a los tres chicos y el bebé. Aunque Juanito contaba ya dos años, tenía todavía su cuna que servía al mismo tiempo como cama y como medio de apaciguamiento. Cuando comenzaba su acostumbrada gritería, como ya no estaba Elsita, la madre le ponía en la cuna donde, tranquilizado por el suave vaivén, no tardaba en adormecerse. Justo en este momento estaban Hierito de un lado y Rodolfito del otro, pasándose alternativamente la cuna de manera que Juancito, que la ocupaba, hacía tiempo que se había dormido profundamente. La tía se sentó en un banquillo al lado del lavadero y rogó a Margarita que continuara con su trabajo; que debía hablar con ella, pero que esto se podía hacer sin interrumpir la tarea. Luego, comenzó con la* mayor suavidad y cuidado a informar a Margarita del paradero de Fani y no dejó de añadir en seguida que escribiría de inmediato a Basilea para saber dónde y qué se proponía hacer con él aquel pintor; y que, si el padre y la madre lo deseaban, lo traería de vuelta sin demora.

Margarita estaba todavía bajo la impresión de los descuentos del salario anunciados por el señor Bickel; con esto las ventajas para Fani y toda la casa ya no le parecían tan grandes como había pensado en un principio. Si ahora Fani, allá en la ciudad, podía ganarse su comida y sus vestidos y de paso aprender un oficio que tal vez pronto fuera provechoso, entonces habría conseguido más de lo que podía obtener jamás en su casa. Además, habría una preocupación menos. Estas ideas pasaban por la cabeza de Margarita en rápida sucesión y no pasó mucho tiempo sin que dijese a la tía que ella y el padre estarían muy conformes si la tía tomaba el asunto en sus manos, averiguaba cómo le iba a Fani y se ocupaba un poco de que el muchacho aprendiera algún oficio útil. Margarita ya se encargaría de hablar con su marido y comunicaría luego lo que él decía; aunque parecía muy segura de que Heiri opinaría lo mismo que ella. La tía se sintió aliviada de un terrible peso, pues había tenido sus dudas acerca de cómo Margarita recibiría la noticia y si no pondría acaso el grito en el cielo por la escapada del muchacho que, por otra parte, era culpa de Emi. Preguntó todavía por Elsita y se enteró de que entre las clases y hasta la hora de irse a dormir pasaba todo su tiempo en el paraje de la encina; que para Margarita ya no era ninguna ayuda y que ella se las arreglaba con los chicos como podía; pero que no se podía quejar porque la madre de la niña enferma era una mujer buena y razonable que comprendía que los pobres también necesitaban algo para vivir. Elsita traía cada noche un jornal que, por cierto, no podía haber ganado y además tantos vestidos de la enferma, que Margarita no tendría que comprarle nada a Elsita por mucho tiempo. Esta noticia alegró mucho a la tía, y con gran alivio en el corazón volvió a casa, ya que todo había tomado un giro mucho más favorable de lo que cabía pensar.

A mitad del camino, Oscar le salió al encuentro. Había observado que

desde algún tiempo, Emi estaba esperando a alguien junto a la casa y que este alguien debía ser la tía; y como él tenía negocios tan urgentes que tratar con ella, era indispensable que le hablase primero. Sin ser visto dio la vuelta a la casa por atrás y corrió hacia el bosquecillo. Apenas vio aparecer a la tía, se abalanzó sobre ella y le expuso todo el asunto de la fiesta malograda de los maestros cantores de Buchberg; cómo había olvidado que allí se debía cantar y cómo toda la gente se reiría de ellos, sobre todo su papá, cuando asistiera a la fiesta. Todo esto lo veía ahora bien claro. Pero se le había ocurrido una nueva y grandiosa idea: ¿qué sucedería si a última hora se transformara la fiesta de los cantores en otra que no tuviera ese motivo y en la cual pudiera utilizarse el estandarte, modificando solamente algunas palabras en el discurso? La tía sabría, sin duda, qué fiesta podría celebrarse en lugar de la de los cantores que no sabían cantar, y Oscar estaba muy inclinado a darle al asunto la apariencia de un cambio más favorable. Pero la tía no compartía esta opinión. Le explicó cuál era propiamente el sentido de una fiesta, que siempre era menester haber realizado alguna obra de auténtico valor para luego festejarla debidamente. Mas, como en este caso nadie había realizado nada, creía ella que Oscar debía esperar hasta que se ofreciera una ocasión que en verdad mereciera ser celebrada con una fiesta, y entonces le ayudaría todo lo posible para darle el mayor brillo y esplendor.

Oscar estaba muy abatido, pero comprendió que por esta vez no había nada nuevo que fundar y bastante desanimado siguió a la tía al interior de la casa. Esperaba muy preocupado la cena durante la cual podría ocurrir que el papá volviera a hacer preguntas acerca de la fiesta del día siguiente y precipitara con esto la revelación de que ella ya no se realizaría. Ya salía Emi para enterarse de las consecuencias de su fechoría, pero también ella tuvo que resignarse a una penosa espera, porque en este mismo instante entraba el padre e inmediatamente después había que sentarse a cenar. Oscar y Emi, entristecidos por los nubarrones de un oscuro porvenir se inclinaban profundamente sobre sus respectivos platos sin levantar la cabeza una sola vez, en la esperanza de que en esta posición sería más fácil pasar inadvertidos. Fred ya los había mirado repetidas veces con un apasionado interés de investigador científico. Luego, dijo significativamente:

-Hay también un bípedo que se llama avestruz, struthio, el cual hunde la cabeza en la arena pensando que de esta manera no le verá el cazador. Estos animales viven en África, entre nosotros son raros y se alimentan de ensalada de papas.

Oscar que, absorto en sus pensamientos comía su porción de ensalada de papas, recibió la descripción del avestruz con desacostumbrado silencio, y el padre lo miró en ese momento, se rió un poco y dijo:

-¿Parece que le tienen a mal traer los festejos?

Mas como no hubo más investigaciones y la cena pasó también sin que nadie preguntase por Fani, Oscar y Emi se levantaron de la mesa muy aliviados; pues, aunque para Oscar no había pasado todavía el peligro de un

Librodot

sensible escarnio, ni para Emi el de una severa crítica, por lo menos se había ganado tiempo, y siempre estaba ahí la tía a quien se podía acudir en busca de consejo y ayuda.

CAPÍTULO 8
LA PUESTA DE SOL

Desde el día que Elsita había visitado por primera vez a Nora y las dos congeniaron tan perfectamente, le había hecho compañía a diario. Nunca se había hablado de los mandados, porque Nora no veía el momento en que llegara Elsita y hasta el último instante no le permitía que se apartase de su lado. Como la madre no conocía mayor satisfacción que complacer a su hija en todo, y veía con agrado que en Nora se hubiese despertado un nuevo interés, accedió gustosa a que Elsita sirviera exclusivamente para acompañarla. La señora de Stanhope observaba también con gran alegría que Nora era desde entonces mucho más vivaz y alegre y animó a Elsita a venir siempre que pudiese, también los domingos, tratándola lo mejor posible. Fue así que la niña pasaba allí todas las horas que le dejaba libre la escuela, y pronto también los domingos, desde la mañana a la noche.

Esta compañía obró en Elsita un extraño cambio. Era de naturaleza tan moldeable que sin querer reflejaba en su comportamiento, en el tono de su voz y en todos los gestos, el ambiente en que vivía. Ahora que Nora se ocupaba de ella con tanto interés y tanta satisfacción por la perfecta correspondencia que hallaba en su nueva amiga, comunicándole todas sus esperanzas, sus pensamientos y sus sentimientos íntimos, y la llenaba totalmente con su propia vida, sucedió que la manera de ser de Nora se transmitió a Elsita, también en su aspecto exterior. Su voz tenía el mismo timbre, hablaba con las mismas palabras y hacía los mismos gestos con la mano; toda Elsita estaba cambiada. También en la escuela era otra. Cuando ahora venía directamente de las clases a casa de Nora, sacaban primero todos los libros y cuadernos de la cartera para hacer los deberes. Nora había aprendido mucho y bien y para ella fue una ocupación nueva e interesante ayudar en todo a su atenta discípula y explicarle todo lo que no había entendido. Para Elsita era una satisfacción desconocida poder llevar a la escuela sus deberes cumplidos lo mismo que los otros niños y poder escuchar repetidas veces las amables palabras del maestro:

-Esto lo has hecho muy bien, Elsita. Estoy contento.

Terminados los deberes y la cena, las niñas se sentaban juntas y seguían conversando sin cansarse. Nora hablaba del hermoso país a donde esperaba ir pronto, y Elsita seguía embelesada cada palabra que decía, porque Nora sabía contar como si viese delante suyo las cosas que describía, de manera que también Elsita acabó por verlas en su imaginación y nunca le saciaba esa

conversación. Al fin, Nora solía recitar su canción, que Elsita no se cansaba de escuchar. Cuando era hora de marcharse Elsita con temor, solía decir a Nora:

-Ojalá no te vayas sola dejándome acá; ¿qué haría yo entonces?

Pero Nora la consolaba siempre diciendo que el buen Dios ya la llamaría si Nora se lo pedía de corazón, una vez que estuviese allá, y con esto Elsita se volvía a tranquilizar y regresaba a su casa con una felicidad en el corazón que nunca antes había experimentado.

De esta manera habían llegado los dorados días del mes de setiembre. Las niñas estaban sentadas juntas y miraban por la ventana abierta, cerca de la cual estaba el sillón de Nora, en dirección hacia occidente donde el sol se estaba poniendo. Nora se había sentido muy cansada durante el día y apenas había hablado alguna palabra. En silencio, seguían las niñas contemplando el cielo que brillaba con magníficos colores. El sol se despedía lanzando por última vez sus rojos rayos que derramaban un torrente de dorada luz incandescente sobre los árboles, las colinas y los prados.

-¡Mira, Elsita, mira! -exclamó Nora mientras sus ojos despedían rayos fulgurantes como Elsita nunca lo había visto-, ¡mira que ahí viene ya el río de agua cristalina y pura! Oh, quiero ir allá, quiero cruzar el río. ¡Qué hermoso debe ser del otro lado, entre todas las flores y los hombres felices que se pasean alegres y nunca se cansan! Pero, ahora me siento tan fatigada, Elsita, acércate un poco, ¿quieres?

Elsita se acercó lo más que pudo y Nora apoyó su cabeza sobre el hombro de su amiga:

-Así, estoy bien -añadió en voz muy baja-, así puedo mirar bien en medio del río. Oh, ¿no ves allá?, me parece que el cielo está abierto y se puede divisar cómo allí dentro, fulgura y brilla y chispea. ¡Oh, qué hermosura, qué hermosura!...

Tampoco Elsita había visto nunca tantos fulgores en el cielo y tanta luz dorada sobre todas las colinas. Con muda admiración bebían sus ojos la belleza y las niñas siguieron abrazadas largo, largo tiempo hasta que la noche tendió su manto, la luz se fue apagando y una neblina blanca subió lentamente desde el valle cubriendo los prados. La señora de Stanhope entró en la habitación; como solía hacerlo ahora con frecuencia había estado escribiendo cartas en el cuarto contiguo.

Se acercó a Nora que seguía apoyándose silenciosa sobre el hombro de Elsita.

-¡Dios mío! -gritó la madre-, ¡Nora, hija mía! ¡No, no puede ser! ¡Despierta, Nora, contéstame!

La señora de Stanhope cayó de rodillas abrazando a Nora; durante un instante fijó los ojos en la carita pálida e inmóvil; luego se lanzó sobre el cuerpo y prorrumpió en un llanto inconsolable.

Elsita estaba de pie, blanca de terror. ¿Qué le habría sucedido a Nora para que su madre se lamentase de esa manera?

-Llama al médico, Elsita -articulaba la madre en tre sollozos-, ¡corre todo lo que puedas!

Elsita salió corriendo. El médico no estaba en casa; la doctora recibió a Elsita y se hizo informar de todo cuanto había sucedido. Luego dijo compasiva:

-Me parece que la pobre Nora ya no sufre más y entró en la gloria del cielo

Elsita se quedó petrificada:

-¿Con que ya se ha ido? -preguntó con un hilo de voz. Luego las lágrimas corrieron sin cesar por las mejillas y un temblor sacudió todo su cuerpo.

-Pobre Elsita -dijo la doctora tomando a la niña de la mano-, ¡ven acá, siéntate un momentito!

Pero Elsita estaba tan sobrecogida que no podía sentarse. Sostuvo su delantal ante los ojos y salió de prisa lamentándose una y otra vez:

-¡Oh! ¡Oh! ¡Ahora ya se fue y me dejó acá!

Cuando llegó a la casa de la señora de Stanhope, la encontró en la misma posición, echada sobre su hija y llorando y lamentándose desesperada. Elsita se sentó en la silla que poco antes había usado Nora y lloró en silencio. Habría pasado una hora cuando llegó. el doctor. Por un momento ocupó el lugar de la señora de Stanhope inclinándose sobre Nora. Luego se dirigió a la madre:

-Señora de Stanhope -dijo en forma breve pero cordial-, ya no tengo nada que hacer aquí. Trate de resignarse ante lo inevitable; la niña está muerta. Le enviaré a mi mujer.

Y con esto se fue. Al cabo de un tiempo, llegó la doctora, pero ninguna de las palabras de consuelo, que pronunció con la mayor simpatía y compasión, llegó al corazón de la madre desolada que se había lanzado sobre el cuerpo inerte de su hija y no escuchaba lo que pasaba a su alrededor. Cuando la doctora se dio cuenta de que por esta vez era imposible acercarse a la mujer, dio un paso hacia Elsita que seguía sentada en su banquillo llorando calladamente. Con suavidad tomó a la niña de la mano y le ayudó a levantarse.

-Ven conmigo Elsita -le dijo bondadosa-, ya es tiempo de volver a tu casa. No te olvidaremos, Elsita, y el buen Dios no olvida a ninguno de sus hijos. Trata de consolarte y piensa qué feliz es Nora y que nunca más estará enferma.

-Oh, si por lo menos me hubiera llevado consigo -sollozó Elsita, porque esta idea se le había grabado tan hondamente en el corazón que no acertaba desprenderse de ella; y ahora, por el contrario, esta esperanza se había perdido sin remedio y ella se había quedado sola, tan terriblemente sola. Llorando sin cesar caminó al lado de la doctora y no apartó el delantal de sus ojos cuando ella, al llegar al sendero del prado, le dijo:

-Aquí nos separamos, Elsita; duerme bien y no dejes de visitarnos alguna vez.

Con voz apenas perceptible dijo "Buenas noches", y ascendió por el

sendero, y sus sollozos se hicieron cada vez más fuertes a medida que se alejaba de la mujer del médico y se hacía más solitario el camino que la llevaba a casa.

La doctora entró en su casa con el corazón destrozado, y encontró a los niños todos alrededor de la tía, más silenciosos y meditabundos de lo acostumbrado. La tía les había contado que Nora había muerto y se había ido al cielo, lo que había impresionado profundamente a cada cual según su manera de ser. Fred tenía al punto un montón de preguntas y quería saber con precisión cómo un hombre puede morir y volver a la vida. Emi estaba muy abatida porque se acordaba de que nunca más había vuelto a ver a Nora y no le había prestado ningún servicio. En silencio se retiraron los niños a dormir, y cuando más tarde madre y tía estaban juntas como de costumbre, la primera descargó ante la compasiva hermana toda la aflicción que la abrumaba. Ahí estaba en primer lugar esa pobre madre que tenía que enterrar a su única hija y a la que no había manera de consolar. Luego estaba la endeble Elsita que tenía que volver a su trabajo agobiador que sobrepasaba mucho sus pocas fuerzas que no resistirían por mucho tiempo. Además, se hallaba huérfana en dos aspectos: habíala abandonado la íntima amiga que le había abierto una nueva vida, y su hermano a quien amaba con todo su corazón también estaba fuera, tal vez para nunca volver. Quién podía saber lo que sería de él. Este asunto oprimía a la madre de manera particular, porque la culpa era de Emi y todo el asunto era tan incierto que ni siquiera había una fundada esperanza de que Fani aprendería allí un oficio que le sería de provecho en el futuro. La tía había escrito a un amigo en Basilea pidiéndole que hablase personalmente con el hombre a cuyo servicio había entrado Fani y la informara detalladamente sobre el carácter del patrón y las condiciones en que trabajaba el muchacho. Había llegado también una respuesta la cual no alentaba esperanzas demasiado halagüeñas. El decorador había aceptado a Fani, favorablemente impresionado por la franqueza del muchacho que acudía sin más trámites a su llamado, y fue así que le contó de entrada toda su historia. Pero, el pintor sólo había buscado a un muchacho que le llevara los pinceles grandes y los tarros de pintura, le ayudara a mantener todo bien limpio y le hiciera además los mandados. El maestro lo mantenía, pero sus vestidos debía procurárselos por sus propios medios. Este empleo no era nada brillante para Fani, y la doctora se devanaba los sesos por encontrar solución al problema. Por el momento, los padres del muchacho estaban de acuerdo con que permaneciera en Basilea ya que no tenía un empleo fijo en otra parte; pero suponían que, por lo menos, ganaba tanto que no los necesitaba a ellos para nada y, por el contrario, que pronto podría aportar una ayuda para la casa. De esta manera, siempre se agregaban nuevas preocupaciones a las que ya tenía la buena madre, y a veces la carga hubiera sido demasiado pesada, si la tía no hubiera participado en todo, sabiendo ver el lado bueno en cada cosa gracias a su temperamento risueño. Así, ella tuvo también hoy más de una palabra consoladora y alegre para la madre, hasta que ésta sintió renacer la

Librodot

esperanza y confianza en el futuro y dejó todas sus cuitas en manos de la Divina Providencia.

A la mañana siguiente, una Emi bastante arrepentida pidió permiso para llevar flores a Nora y ponerlas en su lecho. La madre dio gustosa el permiso y también permitió que Fred acompañara a su hermana. Más tarde iría ella misma a visitar a la señora de Stanhope. La criada condujo a los niños al cuarto donde Nora yacía en una cama de nívea blancura, y ella misma también estaba tan blanca y silenciosa como los niños jamás la habían visto.

Junto a la cama estaba arrodillada la madre. No alzó la cabeza. permaneció inmóvil en su sitio, con el rostro pegado junto a las blancas sábanas. Emi puso calladamente sus flores sobre la cama y tomó la mano de Nora en ademán de despedida, ahora le caían las lágrimas a torrentes; ahí yacía Nora, fría y silenciosa para siempre, y Emi ya no podría nunca más prestarle un servicio por pequeño que fuese. No lo había hecho mientras vivía, prefiriendo no visitarla, a pesar de que ella había estado tan enferma y tenía tan pocas alegrías en esta vida. Esto oprimió mucho el corazón de Emi y no dejó de llorar cuando salió con Fred del cuarto. Poco después, entró la doctora en la silenciosa habitación. La señora de Stanhope se levantó: había reconocido los pasos de su visitante. Ahora, su dolor contenido estalló en una aflicción sin límites:

-¡Oh, si pudiera comprender usted qué desamparada me siento! -exclamó entre lágrimas y sollozos- ¿por qué el buen Dios tuvo que quitarme esta única hija que me había quedado? Si me hubiera privado de mis bienes y todas mis riquezas, dejándome, en cambio, a mi hija, no me hubiera quejado; a todo hubiera renunciado de mil amores, todo lo hubiera soportado, si tan sólo me hubiera dejado a mi niña. Esto fue lo peor, lo más duro que pudo sucederme; ¿por qué, por qué tengo que sufrir más que otros en este mundo?

-Querida señora de Stanhope -=dijo la doctora tomando la mano de la afligida madre entre las suyas-, comprendo muy bien su inmenso dolor, pero piense usted también en su hija. Al fin y al cabo no es el peor de los sufrimientos saber que el buen Dios ha recibido en sus manos a una hija nuestra, que la libró para siempre de sus dolores y la llevó a la eterna bienaventuranza. Usted no sabe lo que es la pobreza, usted no ha experimentado en carne propia el sufrimiento de las madres que desde la tierna infancia tienen que obligar a sus hijos al trabajo pesado, que no pueden ofrecerles ninguna alegría y sólo tienen privaciones, que no conocen para sí y sus hijos más que penurias y graves preocupaciones. Esto no lo conoce usted, señora. Acepte el dolor y no pretenda medirlo; para cada cual el mayor sufrimiento es el que oprime su corazón, pero nuestro Padre en los cielos sabe por qué conduce a cada uno por el camino que le tiene destinado.

La señora de Stanhope se había tranquilizado un poco, pero su rostro reflejaba la misma expresión dolorosa. Después de un momento de silencio dijo a la doctora que pensaba llevar a su hija para darle sepultura al lado de su hermano. Como no se animaba a hacer sola tan penoso viaje, había

llamado a la fiel niñera de Nora, la vieja Clarisa, para que tomara a su cargo todos los trámites del traslado y se quedara a su lado.

Esta noticia tranquilizó mucho a la preocupada doctora; ahora -sabía que el consuelo y ayuda que podía dar a la pobre madre, ella lo recibiría pronto y de la mejor manera gracias a esta vieja y leal amiga que había amado como una segunda madre a la niña. Un tanto aliviada volvió a su casa, pues, por lo menos, había alguna esperanza de consuelo para la soledad de esta madre. Deseaba dar la buena nueva a la tía que también sentía íntima compasión por la pobre, pero la tía no aparecía por ningún lado. Emi, sentada muy quieta en un rincón, contrariamente a su costumbre, le informó que Fred había ido en busca de la tía hacía ya varias horas y que, sin duda, se la habría llevado para admirar algún coleóptero nuevo. La madre pensando lo mismo, se sentó junto a Emi, la cual deseaba que le hablara de Nora; sentía necesidad de' escuchar de boca de su madre que Nora había estado alegre y contenta también sin ella, y que su compañía no le había hecho falta alguna, porque se dio ahora perfecta cuenta de que no había pensado más que en sí misma en aquella visita, sin fijarse en lo que pudiese hacer por la enferma y solitaria Nora.

Fred había seguido, en efecto, las huellas de la tía y logrado finalmente acaparar su atención; luego se la había llevado lejos hasta la glorieta más distante del jardín, porque deseaba hablar con ella a solas. Allí se sentó a su lado en un banco y dijo muy serio:

-Mira, tía, tengo que decirte algo, pero sólo a ti. Yo vi hoy a Nora muerta; está completamente muerta y no puedo comprender cómo es eso de resucitar y vivir otra vez en el cielo.

-¿Así que esto no lo comprendes, Fred? -dijo la tía-, pues mira, yo tampoco lo comprendo; pero el buen Dios ha hecho muchas otras cosas más que ni tú ni yo podríamos comprender, y sin embargo existen. Pero si alguno al que podemos creer sin duda, nos promete que volveremos a vivir después de la muerte de este cuerpo, entonces creámosle hasta que llegue el momento de comprenderlo; y yo, por mi parte, Fred, lo creo firmemente.

-Pero -volvió Fred a la carga con su habitual persistencia-, yo siempre he pensado que la vida del hombre es igual que la de los animales; ahora bien: si un animalito no se mueve más y está completamente muerto, entonces nunca vuelve a vivir; esto lo he observado.

En este punto la discusión fue interrumpida, porque el padre, que venía de vuelta a casa, pasó por la glorieta e invitó a la tía a acompañarle para admirar los soberbios repollos que habían crecido en los bancales. Fred se fue callado por su camino; no sentía admiración alguna por los repollos, los cuales, por el contrario, le anunciaban el triste momento en que los tendría, frente a frente, en el plato.

Librodot

CAPÍTULO 9
ALGUIEN HACE SU ULTIMO VIAJE Y OTRO EL PRIMERO

Recién había pasado por la casa del médico un coche i grande en el cual viajaba una mujer sola, vestida de negro. No podía ser otra que Clarisa que había venido para llevar a Nora a casa. Los hijos del médico estaban todos en el jardín y miraban en silencio el coche, sintiendo la tristeza que significaba este viaje. Desde el primer piso la tía estaba mirando y pensaba lo mismo. Cuando el coche desapareció, hizo una señal a Fred para subir. Fred se dio cuenta de que ella estaba en el cuarto de él, y fue hacia allí a toda prisa.

-Mira, Fred, estoy ordenando un poco tus cosas, pues hay aquí bastante desorden, y no vamos a guardar cosas sin valor. En esta caja, por ejemplo, hay un animalito muerto que debe desaparecer.

Mientras decía esto, la tía se acercó a la ventana. Fred se abalanzó con un salto de tigre sobre la caja:

-Por Dios, ¿qué vas a hacer, tía? -gritó-, ésta es la más hermosa oruga que poseo, de ahí sale luego la magnífica "Calavera", la más hermosa de las mariposas nocturnas que posee un hermoso dibujo en las alas.

-¡Qué dibujo ni qué ocho cuartos! -dijo la tía-. Este animal está completamente muerto y no se mueve para nada; está acabado, nada más.

-Pero tía, ¿es que no sabes nada de la historia de la oruga? ¡Qué terrible es esto! -exclamó Fred fuera de sí y apretando la caja con violencia contra su pecho-. ¿Ves?, aquí está ahora en estado de larva y como muerta; pero dentro, muy, muy dentro donde no puedes mirar, ha quedado algo vivo, porque de golpe, cuando ha llegado el momento, sale de allí y luego vuela con hermosísimas alas convertida en una nueva y magnífica criatura.

-Pues, esto no lo puedo comprender, Fred, ¿cómo puede ser que un gusano que siempre reptaba en la tierra, primero está como muerto y después, de repente, tiene hermosas alas y se va volando como una nueva criatura a la vez que abandona el viejo cuerpo. ¿Tú puedes comprender esto, Fred?

-No, no lo comprendo, pero es así, tía, seguro, seguro, aunque uno no comprenda cómo puede ser.

-Fred -dijo de repente la tía muy seriamente-, ¿y si lo más íntimo que había en Nora seguía viviendo, y dejó el receptáculo muerto que era su cuerpo para irse a las lejanas y hermosas alturas y vivir allí como una nueva y magnífica criatura?

Fred quedó muy pensativo:

-En esto no había pensado -dijo después de un largo rato-, ahora pienso en Nora de otra manera. ¡Cómo habrá gozado al volar, libre ya de su primera envoltura en la que se sentía tan enferma! ¿Pero, verdad, tía, que a ti también te alegra. saber ahora bien la historia de la oruga?; ¿no es algo

Librodot

notable?

-Ciertamente que lo es, Fred. En ella puede verse muy bien que hay cosas que no comprendemos ni las sabemos explicar, y que no obstante acontecen, aunque ningún sabio las ha podido explicar todavía. Por esto, cuando seas un sabio, Fred, que bien puedes llegar a serlo en tu especialidad si sigues tan aplicado, y te encuentres alguna vez con cosas que no alcanzas a comprender, entonces piensa con humildad: Aquí hay algo que no puedo explicar, aquí comienza el dominio del buen Dios; y luego admira su grandeza que sobrepuja la tuya, infinitamente.

Fred estaba callado cuando guardó su mariposa en estado de larva y la contempló otra y otra vez, pues tenia que pensar más que nunca en la transformación que se operaba en el animalito mientras parecía muerto.

Clarisa había llegado, mientras tanto, a la casa de la señora de Stanhope, pero su llegada no trajo ningún consuelo a la mujer quebrantada; sólo parecía que todos los recuerdos sobrevinieran con redoblada violencia, renovando su dolor. Clarisa deseaba saber algo sobre los últimos días de Nora y cómo había muerto; pero no le fue posible a la madre hablar de esto, y Clarisa optó por callarse ya que cada pregunta producía un nuevo estallido de dolor. Finalmente, se sentó mirando el pacífico rostro de Nora que le hablaba en un lenguaje que entendía y que le hacía bien. Cuando al día siguiente se enteró de que Elsita había estado sola con Nora cuando ésta murió, quiso verla. Al volver Elsita por primera vez a la habitación donde había pasado tantas horas felices con Nora y ver su sillón desocupado junto a la ventana, estalló en llanto. Clarisa la tomó cariñosamente de la mano sentándose a su lado. Luego comenzó a hablar de Nora y Elsita sintió abrírsele el corazón, pues desde que había partido su amiga no había podido hablar con nadie acerca de ella, siendo ello lo único que podía llenar su alma afligida. Elsita perdió completamente su timidez habitual y contó todo cuanto Nora le había relatado. El hermoso país del que le había contado, adonde querían irse juntas, y el verso que siempre habían recitado en común. Elsita lo recitó todo entero, tal como lo había aprendido con su amiga. Al fin contó cómo Nora se había ido de repente y en silencio, y que ella pronto se iría también, ya que Nora le pediría al buen Dios que la llamase. Conmovida y admirada, había Clarisa escuchado el relato. ¿No eran éstas sus propias palabras, la canción que Nora había aprendido siendo todavía una niña pequeña sentada en sus rodillas? ¿No era esto lo que ella contaba del país al que se iba después de la muerte? ¡Qué maravilla! Elsita tenía exactamente el mismo tono de voz que Nora, los mismos gestos de la mano; cada una de sus palabras recordaba a la niña muerta. Clarisa abrazó a Elsita llorando de dolor y gozo al mismo tiempo. Luego corrió a donde estaba la señora de Stanhope exclamando una y otra vez:

-¡Oh, pero si ésta es nuestra hija, querida señora! Son la voz y las palabras de nuestra Nora; es su hermana, ¡es nuestra hija!

Primero, la señora de Stanhope se levantó y escuchó con atención: pero

Librodot

cuando entendió lo que Clarisa quería decir, movió tristemente la cabeza y la dejó caer nuevamente sobre el lecho de Nora.

Pero Clarisa estaba tan impresionada que no se desanimó por esto; salió, trajo a Elsita, quien lloró nuevamente cuando vio a Nora yacer en su lecho de muerta. Clarisa la condujo muy cerca de la cama y puso la mano de Elsita sobre la de Nora; luego dijo suplicante a la madre, que seguía inclinada con su rostro sobre el cadáver:

-Mire, señora de Stanhope, nuestra hija quiere decirle algo todavía.

La madre se levantó. Su hija estaba tomada de la mano de Elsita. Durante un instante miró perpleja a las dos niñas; después tomó las dos manos entrelazadas entre las suyas y dijo sollozando:

-Sí, Nora, ya lo sé, tú has amado a esta niña y no la abandonaré.

Y la bondadosa Clarisa lloraba con ella, pero eran lágrimas de alegría las que derramaba, y acariciando una vez a Nora y otra a Elsita, repetía con ternura:

-Sí, sí, necesitamos tener a una hijita a quien cuidar y amar.

Como en sueños volvió Elsita a casa. Había comprendido y no comprendido a la vez lo que iba a sucederle. Había creído firmemente que Nora la ayudaría a ir pronto al cielo y le saldría entonces al encuentro. Ahora parecía como si ya hubiera venido Nora, pero para llevarla a otra parte.

Nora yacía ahora entre flores en su lecho, en el cual debía emprender el viaje a casa; la buena Clarisa se había encargado de todo esto. Luego, se puso en camino para hablar con la madre de Elsita, con la cual pensaba discutir a fondo el asunto. Pero la conversación no duró tanto tiempo como había temido ni ofreció mayores dificultades, porque al enterarse Margarita de que la señora de Stanhope no sólo quería adoptar a Elsita para hacerse cargo de ella para siempre, sino que también se acordaría de los padres recompensándolos por la ayuda que la niña les hubiera podido prestar, se sintió inclinada a acceder a la propuesta. Más aún: Margarita no trató de disimular su alegría por la inesperada suerte de Elsita y el provecho que eso le reportaría. Decía que Elsita, de todos modos, no tenía fuerzas ni salud rara el trabajo duro, y cine por el prolongado trato con Nora había cambiado tanto en sus ideas y su manera de ser que no veía cómo podría volver a sus anteriores ocupaciones, pues esto se notaba más que nada en los niños, especialmente el pequeño, que gritaba todo el día hasta hacerle perder a una la razón, y al que Elsita no podía hacer callar como en otros tiempos. De esta manera se despidieron Margarita y Clarisa en paz y armonía, y la última prometió que trataría de llevar a Elsita una vez por año a su antiguo hogar.

En un abrir y cerrar de ojos cundió en toda la aldea la noticia de que Elsita había sido adoptada por la rica señora de Stanhope y que viajaría al día siguiente con ella a su hermosa mansión junto al Rin. La noticia produjo un enorme revuelo. Dondequiera que dos aldeanos se encontraban en el camino, comentaban la suerte que tan inesperadamente había tocado a Elsita. Los niños en la escuela no podían estar quietos de pura excitación y

esperaban siempre algún acontecimiento a causa de este suceso. Hasta el señor Bickel se vio inclinado a dar un paso desacostumbrado; empuñó su bastón y dijo a su señora:

-Mujer, conviene que visitemos a la señora de Stanhope para demostrarle que la niña cuenta con parientes como la gente. Tal vez necesite algún consejo respecto de la pequeña; para esto soy yo la persona indicada. También puede suceder que algún día hagamos una visita a nuestra parienta, una vez que esté instalada allí, porque hay en esa región grandes fábricas textiles y, a lo mejor, la señora de Stanhope está relacionada con ellas, de manera que se podrían hacer negocios por ese lado.

Pero el señor Bickel tuvo que abandonar esa idea, pues su mujer no se hallaba todavía en condiciones de realizar una visita de tanta trascendencia.

El mayor entusiasmo y alegría por el suceso reinaba en la casa del médico. Madre y tía desbordaban de alabanzas y agradecimiento por el hecho de que la endeble niña estaría ahora en buenas manos, gozando de una vida más llevadera. Iniciaba una nueva etapa en su existencia, y un ser tan moldeable como Elsita podía llegar muy lejos por ese camino. Todos hablaban del asunto y hasta los niños no tenían otro tema de conversación.

Oscar andaba durante todo el día absorto en profunda meditación. Estaba tratando de averiguar la forma de aprovechar el nuevo acontecimiento. Para Oscar constituía una pesadilla el que el precioso estandarte bordado quedara sin usar, y no imaginaba ninguna fiesta importante en la que éste pudiera ser utilizado.

Muy parecido era el estado en que se hallaba Emi, aunque por motivos bien diferentes, y el astuto Fred dijo varias veces al pasar cerca de ella: -Algo está tramando esta niña-. Pero él mismo estuvo sentado ese día durante largas horas sumido en un trabajo. Se trataba de una extensa lista con los nombres de todas las orugas, coleópteros y moluscos que sabía que habitaban en las provincias del Rin y sus alrededores. Para mayor claridad agregaba el nombre latino del animal junto a su denominación en alemán.

La noche de ese mismo día, Elsita estaba sentada en el largo banco de la habitación principal de su casa, mas no se la podía ver, pues sobre ella trataban de encaramarse Juancito, Heirito y Rodolfito. Ella, paciente, se dejaba casi ahogar, porque era la última vez, por largo tiempo, que los tres estarían sentados junto a ella.

Elsita sabía ahora muy bien qué le deparaba el futuro, y estaba contenta por ello en poco tiempo. La buena Clarisa se había ganado tanto el corazón de la niña que ésta la trataba como a una madre y le hablaba con una confianza como jamás había tenido con nadie, con la sola excepción de Nora. Estaba muy dispuesta a irse con Clarisa y quedar con ella, y si bien la señora de Stanhope le infundía todavía un cierto temor, era después de todo la madre de Nora, lo que bastaba a Elsita para lograr su adhesión; además, siempre se había mostrado bondadosa, aunque no como Clarisa. Mas cuál sería su futura vida, esto no lograba imaginárselo Elsita, y de vez en cuando la inquietaba

Librodot

cierto temor acerca de cómo se sentiría tan lejos de su hogar y si sería capaz de cumplir todas las tareas que le encargarian. Con todo, la firme creencia de que era Nora quien la llevaba allá, le devolvía siempre la esperanza y la alegría de espíritu. Sin embargo, sentía bien dentro en su corazón el dolor de la despedida, sobre todo al pensar en Fani, del que estaría ahora tan lejos, y acaso sin poder volver a verlo durante años. Estaba Elsita absorta en estos y otros pensamientos, sin advertir siquiera que Juancito pataleaba impaciente, cuando entró Emi corriendo.

-Elsita -gritó desde el umbral de la puerta-, mañana vas a partir y yo tengo que decirte todavía algo muy importante. Deja a Juancito en el suelo y ven conmigo, ¡pronto!

-Pero va a gritar -objetó Elsita, y en efecto, Juancito ya había comenzado a hacerlo, pero eso no impresionó a Emi en manera alguna. Dio a Juancito un buen sacudón y arrastró consigo a Elsita hacia atrás de la casa, junto al gran manzano que allí había.

-Toma -dijo Emi, entregándole un grueso rollo de papel-, esto tienes que llevarlo contigo, y ahora te voy a explicar el asunto. Ustedes pasarán en el viaje por Basilea.

-¿Sí? -interrumpió Elsita con ojos brillantes.

-Sí, sí, seguro -continuó Emi-, pero no debes decirle nada a la señora de Stanhope porque está todavía tan triste que no escucha nada de lo que se le dice; pero a Clarisa que es tan buena le tienes que decir que Fani está en Basilea y que te quieres despedir de él. Entonces irá contigo a verlo, y tú le das esto de mi parte y le envías saludos míos. Aquí tienes también su dirección.

-Oh, cuánto me alegro de que me lo hayas dicho, Emi -exclamó Elsita, y un gran regocijo se reflejaba en sus ojos-. ¿Crees que se lo puedo decir a Clarisa?

-Naturalmente, debes hacerlo. Piensa cómo se va a alegrar Fani. Prométeme que lo vas a hacer, seguro, seguro...

Pero Elsita ya no pudo prometer nada porque Oscar vino corriendo y la tomó en seguida de la mano diciendo:

-Te he buscado por todos lados, Elsita, por fin te encuentro; ven conmigo que tengo que decirte algo importante -y con esto llevó a la niña dando la vuelta a la casa para detenerse detrás del seto de avellano. Emi optó por no seguirlos porque no deseaba irritar a su hermano.

Acababa de juntar todos los lápices de la casa con todo el papel blanco que le había sido entregado a ella y a sus hermanos, para hacérselo llegar a Fani, y ahora estaba entregada a funestos presentimientos de lo que la esperaba en cuanto sus hermanos se dieran cuenta del asunto.

-Ahora escúchame, Elsita -dijo Oscar con aire de gran secreto-, se trata de algo muy importante para ti. Mira, ahora te vas al extranjero y estarás primero muy sola. Pero allí hay también suizos y entonces podréis fundar una asociación patriótica; una vez por semana os reunís y habláis de la patria y

sus cosas y...

-Pero yo, por cierto, que no sabré decir nada -observó Elsita con cierto temor.

-No importa -la tranquilizó Oscar-; eso de hablar corre por cuenta de los otros. Pero ahora escúchame que viene lo principal: el verano próximo, cuando vengas a visitar a tu familia, eliges con todos los asociados que vendrán también, el lugar donde se va a celebrar la fiesta de inauguración. Entonces, vendrá gente de todos lados, yo traigo un magnífico estandarte y hacemos una gran fiesta con desfile. Escríbeme tan pronto la asociación esté fundada.

-Sí, lo haré -dijo Elsita tímidamente, porque no veía muy claro quién fundaría esa asociación. Mas no había tiempo para hacer otras preguntas aclaratorias porque ya venía Fred al galope con una larga hoja de papel en la mano, y detrás de él Riel¡, jadeante. Oscar se perdió de repente entre los árboles.

-Ven acá, Elsita, y lee esto -dijo Fred-. Mira. Todas estas hermosas orugas, los raros coleópteros y esta clase de moluscos los vas a encontrar en las regiones junto al Rin y sus alrededores. No tienes más que introducirte entre la maleza y los setos, y cavar un poquito en el suelo. Entonces, ya van a ir saliendo estos bichos, y me mandas todos los ejemplares que puedas cazar, ¿eh? Yo te enviaré también algo lindo. Puedes colocar todos los animales juntos en el bolsillo hasta que llegues de vuelta a casa, sólo debes mantener la mano arriba, así, ¿ves?, para que los bichos no se escapen, como yo siempre lo hago -y Fred extendió su mano, protegiendo su bolsillo como si por todos lados quisieran salir los insectos y moluscos.

Riel¡ temblaba de pies a cabeza.

Elsita deseaba sinceramente complacer a Fred, pero el encargo no le pareció más fácil de cumplir que el de Oscar, por lo que dijo humildemente:

-Con mucho gusto lo haría, Fred; pero, ¿cómo puedo conocer a los coleópteros y orugas que corresponden a estos nombres?

Fue una objeción que no admitía réplica. Fred reconoció la realidad de este obstáculo, pero no se dejaba vencer por una dificultad. Miró la hoja de papel: ¿y si al lado de cada nombre hiciera el dibujo del animal? ¡Claro que sí!

-¡Mañana temprano antes de que salgan, volveré! -gritó y desapareció con la velocidad de un viento huracanado.

Ricli, que había pagado tan caro su aprendizaje, ya no gritaba más cuando Fred se le acercaba con algún animalito, pero, en cambio, vigilaba cuidadosamente todos los movimientos del hermano, no fuera que en un momento de distracción se escapara de su bolsillo o de su mano una rana de terribles ojos para saltar sobre ella. Por otra parte, no podía estar sin Fred y le seguía por todas partes. Ahora que éste se había ido, se acercó furtivamente a Elsita pidiendo solícita:

-Pero que no estén vivos estos coleópteros y moluscos, Elsita; sólo disecados debes mandarlos, ¿oyes?

Librodot

En ese momento se acercaba Feclito elegantemente arreglado y pavoneándose, y al mismo tiempo se hizo oír la voz de la madre de Elsita: desde la habitación donde Juancito gritaba como si con ello ganara su sustento:

-A ver si hay forma de hacer entrar a Elsita en casa, en el día de hoy.

Riel¡ se fue, pero Feclito ya había agarrado el brazo de Elsita y no la soltaba:

-Tengo que hacer una visita en el paraje de la encina a la señora extranjera, y decir que soy tu primo y que iremos a visitarte allá en el Rin -gruñó-, pero no voy solo porque me da vergüenza, me tienes que acompañar. -Déjame, ya has oído que debo entrar en casa, no puedo ir contigo -dijo Elsita mientras trataba de liberarse.

-Debes venir -gritó Feclito, agarrándola con más fuerza todavía y arrastrándola decidido, pues semejante aventura no la afrontaba Feclito a solas.

Oscar,, Emi, Fred y Riel¡ fueron recibidos en su casa de la misma manera: sobre la escalera vigilaba Catalina como un energúmeno deteniendo a cada uno con un ademán de rechazo:

-¡Ssshhh! ¡Ssshhhh! No hagan ruido, la señora Estaño está adentro despidiéndose.

A Elsita le daba vueltas la cabeza de tantos encargos, y por las impresiones que había recibido esa tarde, y pensaba en el día siguiente, de manera que no pudo conciliar el sueño en la última noche que pasaba en su casa paterna. En la madrugada del día siguiente, sentada entre las dos mujeres viajaba como en sueños en el espacioso coche que atravesaba silencioso paraje camino de la carretera. De pronto una gran hoja de papel atada a una piedrita, cayó dentro del coche, y desde afuera se oyó una voz que decía:

-¡Adiós, Elsita, quisiera irme contigo! -Era Fred que no había podido terminar antes su obra, dibujando todavía al rayar el alba los últimos moluscos, y que de esta manera los entregó a Elsita.

Este último saludo hizo brotar las lágrimas a la niña; se entristeció comprendiendo que se iba lejos de su hogar. La buena Clarisa, que la observó, tomó la mano de la pequeña entre las suyas y la mantuvo firme de manera que ella pudiera darse cuenta de que estaba al amparo de una madre.

Durante los siguientes diez días, todos los pensamientos y palabras de los cuatro hermanos giraban alrededor de los acontecimientos de la semana anterior, desde la llegada de Nora hasta la partida de Elsita, y cuando todos los aspectos del asunto ya habían sido tratados, comenzaban de nuevo. Al décimo día llegó un grueso sobre con una carta de Elsita que provocó nueva conmoción en la familia. Madre y tía esperaban ansiosas las noticias; los cuatro niños juntaban sus cabezas sobre la carta y cada cual quería saber primero lo que decía. Emi, que figuraba en el sobre como destinataria, se retiró del grupo y abrió la carta gritando:

-Yo se la voy a leer a todos; ¡tiene ocho páginas! Y comenzó:

Los Tilos, s/el Rin, setiembre 28.

Querida amiga:

Mil gracias por el buen consejo que me diste, pues de no ser por ti, nunca me hubiera atrevido a decir nada de Fani.

Ahora te voy a contar todo desde el principio. Cuando Fred me había dicho adiós y me fui dejando a todos, tuve que llorar un poco. Pero la tía Clarisa -porque ahora debo llamarla siempre tía Clarisa- fue muy buena conmigo y me habló con mucha amabilidad y dijo que le confiara siempre todo cuanto me entristeciera. La señora de Stanhope había cerrado los ojos y estaba quieta en su rincón. Yo creí que se había dormido y me pareció oportuno contar todo lo que me habías dicho de Fani y así lo hice. La tía Clarisa no sabía nada de Fani, ni siquiera que vive. Entonces le conté todo lo que había pasado con él y cuánto tiempo hace que no lo veo. Entonces, dijo la tía Clarisa que naturalmente debía yo despedirme de mi hermano y que en Basilea íbamos a tener tiempo porque no seguíamos viaje el mismo día, que ella iría conmigo a verlo y que la señora de Stanhope nos daría el permiso gustosamente. Cuando llegamos a Basilea nos alojamos en una fonda tan grande como nunca había visto y yo casi ni comía pensando en Fani. Cuando eran las tres de la tarde la tía Clarisa dijo a la señora de Stanhope que, si estaba de acuerdo, iríamos a visitar a mi hermano. Ella dijo que no quería quedarse sola y que vendría con nosotros. Y entonces cruzamos un puente muy largo sobre el Rin y después caminamos bastante. Al fin, llegamos a unas casitas y preguntamos por el pintor Schulz; estábamos justo delante de su casa. La señora de Stanhope entró primera y abrió la puerta del taller y nosotros le seguimos, y Fani lanzó un grito de alegría y abrazó a la señora de Stanhope con lágrimas de alegría en los ojos, porque sentía una terrible nostalgia y por fin veía a alguien que venía de su pueblo. Recién entonces vio que yo estaba también y se alegró más todavía. Pero no sentía vergüenza ante la señora de Stanhope; ya sabes que Fani nunca siente vergüenza de nada y sabe decir todo lo que piensa. De nuevo abrazó a la señora de Stanhope diciendo: "Gracias a Dios que veo a alguien que viene de casa." No te puedes imaginar qué amable fue

con él la señora. Por fin, dijo ella que llamara al pintor pues quería hablar con él. Entonces, vino el pintor, y la señora salió con él. Cuando volvió, preguntó a Fani: -¿te gustaría venir con nosotras y vivir en nuestra casa con tu hermana?- No sé cómo decirte lo que yo sentía en ese momento. Primero, se me cortó la respiración de alegría y después pensé que no había oído bien. Pero Fani gritó de felicidad, tomó a la señora de Stanhope de la mano y suplicándole con los ojos prometió que trabajaría todo lo posible para que ella estuviera contenta de él, con tal de que pudiera venir con nosotros. Entonces dijo la señora: -Tú vienes con nosotros -y le explicó a qué hora debía estar a la mañana siguiente en la estación del ferrocarril. ¡Oh, qué noticia para Fani y para mí! Volvimos a la fonda que no es una fonda sino que se llama hotel, y en el camino dijo la señora a Clarisa: -¿No observaste el parecido? ¿No es verdad que le mira a uno con sus grandes ojos castaños como lo hacía mi Filo?- Y la tía Clarisa estaba muy contenta por el parecido y dijo que ahora comprendía por qué Fani le había caído tan bien desde el primer momento, porque, ¿sabes?, Filo fue el hermano de Nora.

Por la noche, la señora de Stanhope habló todavía dos o tres veces de lo parecido que Fani era a Filo y ésta fue la primera vez que cambió algunas palabras con nosotras. Cuando me desperté a la mañana siguiente, no podía creer ya que Fani vendría en verdad con nosotras porque me parecía que tanta suerte no podía ser realidad y que todo lo había soñado. Pero durante el desayuno, la señora volvió a hablar del parecido, que le había llamado la atención al ver a Fani por primera vez, y que se alegraba mucho de llevar al muchacho consigo. ¿No te parece también muy extraño que la señora dijera esto de Fani? Cuando llegamos al ferrocarril, Fani nos salió al encuentro corriendo; había esperado tres horas. Dijo que estaba desde las seis, aunque la señora le había dicho a las nueve, porque no había podido aguantar más en casa. Entonces, allí fue la primera vez que la señora de Stanhope rió un poco. Todo el día viajamos en el ferrocarril y Fani no acababa nunca de regocijarse. Y cuando el tren se detenía en las estaciones y había algo que comprar y la tía Clarisa quería ir a buscarlo, la señora de Stanhope la detenía diciendo:

-No, ahora tenemos a un acompañante que se encargará de

todo. -Entonces le explicaba a Fani lo que debía hacer, y ojalá hubieras visto cómo volaba por todas partes y hacía las cosas. Después miraba siempre a la señora para ver si hacía las cosas bien y se veía que ella estaba contenta con él. Cuando bajamos del tren ya era de noche y la señora de Stanhope dijo que estábamos en Maguncia, sobre el Rin, y que al día siguiente veríamos el río mucho mejor. ¡Oh, si hubieras visto a la mañana siguiente! Subimos a un vapor tan hermoso que es imposible imaginar si no se lo ha visto nunca. Fani estaba todo el día coma enloquecido de gozo de poder ver algo tan lindo, y la señora le permitió correr por todo el barco para mirar todas las cosas. A veces no lo veía yo por una hora entera. Por fin vino a buscar tu regalo, sacó papel y lápiz y dijo que quería dibujarlo todo para siempre recordar las instalaciones del vapor. Te manda decir que agradece tu hermoso regalo. De esto me olvidé al principio de la carta. Por la noche, cuando bajamos del vapor, nos esperaba un coche grande y otro vehículo más, porque, como sabes, Nora venía siempre con nosotros. Habríamos viajado durante media hora cuando llegamos a una casa que está en medio de un jardín grande con muchos árboles. Era el hogar de la señora de Stanhope. Mientras bajábamos del coche me dijo Fani al oído: -¿Crees que debo trabajar en este jardín o acaso en el establo?- Pero yo no lo sabía, porque ni siquiera sabía en qué debería trabajar yo misma. Y después salió todo tan distinto de lo que habíamos creído y de lo que tú también te habrás imaginado.

Primero, la señora de Stanhope estaba tan triste que no la llegamos a ver por tres días. Pero la tía Clarisa estaba siempre acompañándonos y fue tan buena como nunca nadie ha sido con nosotros. Nos llevó por todo el jardín y nos mostró todas las cosas. También donde está sepultado Filo; allí había una pequeña cruz con su nombre. Los tres comíamos en una mesa y no había nadie más. Después, Nora fue sepultada junto a su hermano bajo los tilos.

La tía Clarisa nos explicó que la señora de Stanhope no se ocupaba todavía de nosotros porque extrañaba a Nora. Pero al cuarto día, vino también la señora y fue amable con nosotros y dijo que íbamos a comenzar a trabajar. ¡Oh, cómo abrimos los ojos Fani y yo por lo que ella llamaba trabajo! Cada noche nos alegramos

por el día siguiente y así sigue siempre todos los días. ¿Cuál crees es nuestro pesado trabajo? Pues, ¡ninguno! No lo podrás creer, pero es así.

Toda la mañana podemos estar sentados en las horas de clase y aprender muchas cosas nuevas. A las nueve llega el maestro que se queda hasta la una, y Fani y yo somos los únicos alumnos. Naturalmente, Fani es mucho más inteligente que yo, pero el maestro es muy bueno para conmigo y cuando no sé nada, dice sólo: -Ahora, mucho ánimo, y a ver si alcanzas a tu hermano-. Ya no debo temer el no poder hacer mis deberes y tener vergüenza delante de los otros niños de la escuela. Pero siempre es tan pronto la una que no podemos comprender cómo pasó el tiempo y nos alegramos porque al día siguiente podemos seguir. Después del almuerzo salimos todos al jardín; la señora de Stanhope va siempre con Fani y él le tiene que, contar lo que ha hecho en las horas de clase y lo que se propone realizar. Ya se ve que la señora le quiere mucho, naturalmente mucho más que a mí, porque tú ya sabes cómo es él. Tiene facilidad de palabra para decir todo lo que piensa y sabe demostrar su alegría y su agradecimiento por poder estar aquí. De repente toma la mano de la señora y le agradece mil y mil veces todo lo que hace por nosotros; y cuando la mira entonces lleno de felicidad, ella le pasa la mano por el cabello y es tan amable con él, como nunca la he visto excepto con Nora. Pero yo no soy como Fani, y aunque sienta exactamente lo mismo en mi corazón, no puedo decirlo, y la señora de Stanhope piensa seguramente que yo no soy tan agradecida como él, comprendo muy bien que no me trate como a Fani. Pero, la tía Clarisa es muy buena conmigo y cuando volvemos del jardín, voy con ella a un cuarto donde me enseña a hacer labores muy lindas, también bordar como sabes hacerlo tú.

Dile también a Oscar que si no encontramos socios para la asociación le voy a bordar otro estandarte para la gran fiesta, pues la tía Clarisa ya me dio permiso para ello; y que me escriba lo que quiere que borde encima.

Mientras yo hago labores, Fani tiene clases de dibujo en otra habitación; para esto viene otro profesor que se queda dos horas. La señora de Stanhope asiste casi siempre a estas clases porque le gusta ver cómo adelanta Fani y lo bien que dibuja.

Después, con Fani paseamos por el jardín y corremos por todos los rincones, -porque allí hay en todas partes lindos bancos y estatuas de piedra y todo es muy bello. El parque es tan grande que llega hasta el Rin donde hay hermosos tilos. Creo que en todo el mundo no puede haber nada más lindo. Dile también a Fred que siempre estoy buscando coleópteros pero no consigo cazar ninguno; que no se enoje conmigo, pues tal vez logre agarrar alguno.

Después de la cena la tía Clarisa toca el piano y entonces cantamos la canción que tanto le gustaba a Nora y dos o tres más que la tía Clarisa me ha enseñado. Fani está entonces sentado en el cuarto contiguo dibujando,' pero cuando canta con nosotros la canción suena mucho mejor y entonces viene también la señora para escucharnos. Al fin, hacemos nuestros deberes, pero el día pasa tan pronto que no te lo puedes imaginar y cada noche nos lamentamos con Fani de que nos tengamos que acostar y no podamos seguir levantados. Yo no me siento casi nunca cansada, y me encuentro muy bien aquí donde siempre puedo estar junto con Fani.

Cuando nos sentamos a la mesa a comer, la tía Clarisa siempre dice: -¡Gracias a Dios que podemos otra vez comer con niños!- Ayer, mientras lo decía, la señora de Stanhope le contestó: -Creo que tú te sentirías del todo feliz recién cuando la casa estuviera llena de niños hasta el techo-, y la tía Clarisa respondió: -Para mí, nunca serían demasiados. -Y entonces la señora agregó: -¿Sabes una cosa? El año próximo vamos a invitar a nuestros amigos suizos, los cuatro hijos del doctor, a que vengan acá, y entonces podrás ocuparte especialmente de la pequeña Riel¡. -Fani lanzó un grito de júbilo y yo no podía hablar ni tragar de pura alegría. También la tía Clarisa se alegró tanto que batió palmas diciendo: -¡Que Elsita les escriba en seguida, tenemos que aprovechar la oportunidad! Y luego repetía una y otra vez: -Una magnífica idea, señora, una magnífica idea.

Fani y yo hemos recorrido anoche todo el jardín y visitado todos los lugares que mostraremos a ustedes; las hermosas estatuas, y todos los banquitos entre los arbustos y setos, y los altos, y grandes tilos bajo cuyas ramas uno se puede esconder y cobijar y contemplar el río. Y también me alegro tanto por los coleópteros porque Fred los podrá cazar él mismo. Fani te escribirá pronto una

larga carta y otra a Oscar; sólo quiere primero terminar de dibujar los tilos y los lugares de descanso para enviártelo de regalo.

A todos ustedes les mandamos muchos saludos. También a nuestro padre, a la madre y los pequeños. Fani te manda saludos especiales.

Tu amiga que no te olvida

Elsita.

Cuando Emi había acabado de leer la carta estalló un júbilo que parecía no querer terminar nunca. Y en verdad: ¡qué de noticias no contenía para los cuatro hermanos! Qué perspectivas sobre cosas y acontecimientos que daban materia para los más halagüeños planes del porvenir. También la madre y la tía quedaron maravilladas de lo que acababan de oír y llenas de gratitud y alegría porque se veían libres para siempre de las graves preocupaciones que habían tenido por Fani y porque el buen Dios había abierto un camino en la vida, superior a todo cuanto se hubiera podido soñar, para estos dos niños que tanto habían ganado sus corazones.

Cuál de los cuatro hijos de la casa era ahora, el más feliz, no es cosa fácil de decir, pues los cuatro están tan alborozados por su futuro viaje al Rin que ya no saben hablar de otra cosa. Cada cual anda absorto en sus propios planes y pensamientos a causa de este gran acontecimiento. Oscar ve con los ojos de la imaginación multitud de suizos en el extranjero que, apoyado por Fani, hará entrar en su nueva asociación, y no es menor su entusiasmo por el segundo estandarte que dará a las solemnidades de la inauguración una categoría sin precedente en la historia. Ahora, está revisando sin descanso todas las obras de la literatura antigua y moderna para encontrar un epigrama que exprese dignamente el fin y la grandeza de la festividad. Por eso si los niños que leen este libro quisieran enviarle algún epigrama, para seleccionar el mejor, él les quedaría muy agradecido.

Emi está afiebrada de alegría. Ahora, por fin, Fani está en camino de ser lo que ella ha ambicionado para él hace tanto tiempo: un célebre pintor; pues ya que la señora de Stanhope le ha tomado tanto cariño no cabe duda de que podrá pedirle su apoyo para seguir esta carrera. Pero, Emi no sabe cómo aguantar hasta volver a econtrarse con Fani, porque cada día se le ocurre algo nuevo para proponérselo.

Fred está sumamente ocupado. Se está preparando para una ampliación tan descomunal de su colección de insectos y anfibios que su única preocupación consiste en saber cómo y dónde conservar tantas riquezas. A la tía ya le arrancó la promesa formal de que toda caja, grande o pequeña, que no necesite ya en la casa, irá a parar a su cuarto, donde ya hay grandes pilas de cajas de todos los tamaños. Él también, como Oscar, hubiera deseado mandar a todos los sectores un pedido para que le enviaran cuantas cajas y

Librodot

cajitas puedan pero su madre no está de acuerdo temiendo que las contribuciones puedan exceder la capacidad del espacio disponible. Por primera vez, Ricli puede alegrarse sin ningún secreto temor. Como hasta ahora todas sus alegrías las había compartido con su hermano Fred, estaba siempre en acecho temiendo que algún tremendo animal apareciera reptando o se abalanzara sobre ella dando un terrible salto mortal. Ahora, sabe Ricli que está bajo la especial protección de la tía Clarisa, y que desde

este alcázar podrá participar sin miedo en todo lo que se piensa llevar a cabo en la magnífica casa sobre el Rin.

Fani y Elsita, empero, son cada día más felices en su nueva vida, sintiéndose más a gusto y como en su casa y sin otro deseo que el de ver llegar pronto a sus buenos amigos y compartir con ellos toda la belleza que los rodea.

La buena Clarisa, por su parte, cuida de que Fani y Elsita no olviden al buen Dios que les ha destinado una vida tan dichosa. De vez en cuando, le gusta llevar a los niños al lugar donde descansan Filo y Nora, y les recuerda allí que pronto e inesperadamente la vida del hombre puede pasar del sufrimiento a la dicha; pero que con la misma rapidez el gozo puede trocarse en sufrimiento y en medio de la luz brillante del sol caer la sombra de la muerte, y que sólo pueden estar alegres y seguros quienes siempre depositan su confianza en el buen Dios que nos protege y hace que todas las cosas tengan un venturoso fin.

PARTE SEGUNDA

CAPÍTULO 1
LOS HIJOS DE GRITTLI PROGRESAN EN EL NUEVO HOGAR

El invierno había pasado. Nuevamente, las rosas primaverales estaban en flor en la hermosa casa de campo junto al Rin. Todos los arriates del jardín brillaban bajo los rayos del sol inundando los caminos con su aroma. Sobre el blanco sendero adoquinado que conducía desde la fuente hasta los tilos junto al río, paseaban Fani y Elsita aspirando la fragancia que llenaba los aires.

-¿Sabes, Elsita, de dónde proviene el nombre de la casa de la señora de Stanhope? -preguntó Fani, mientras se detenía junto a uno de los arriates contemplando complacido cómo las mariposas iban de flor en flor para luego elevarse por el aire y dejarse llevar alegres por la brisa primaveral.

-Sí que lo sé, Fani -respondió Elsita-, la casa se llama La Rosalera porque aquí florecen muchas rosas.

-Así es. Pero esto no tiene nada triste, Elsita -dijo Fani con cierto tono de reproche- ¿por qué entonces te pones tan seria? Últimamente te veo casi siempre así, y esto no está bien porque no hay motivo. La señora de Stanhope también se dará cuenta de eso y no le va a gustar; tendrá que pensar qué eres muy ingrata y que no valoras bien que estamos aquí, y eso que no debe costarte mucho verlo, si tan sólo piensas cómo estábamos en casa.
-Oh, lo sé muy bien y no olvido ni un instante y me gustaría tanto demostrarle a la señora cuán agradecida le estoy -apresuróse Elsita a contestar con cierto temor-; pero sabes, Fani, la tía Clarisa también ha dicho que cuando a uno le va bien y el buen Dios le da todo lo que necesita y mucho más, entonces hay que pensar también en los que viven en la pobreza y en la miseria, y hay que ayudarles como podamos. Es esto lo que siempre estoy pensando porque sé demasiado bien lo que significa la pobreza y quisiera compartir con alguien que no tiene nada los bienes que aquí recibimos.

-¡Pero, Elsita, las cosas que se te ocurren! -replicó Fani-; si aquí no hay nadie que tenga necesidad de ello. Aquí los criados y las sirvientas son grandes señores. ¿No has visto nunca cuando Lina, la mucama, sale de paseo con un sombrero y una mantilla amarilla y roja, lo mismo que la señora de Bickel en nuestra aldea? Y la cocinera tiene unos colores rosados en la cara que se ve bien que no le falta de comer cuanto quiere, y el cochero lleva guantes en el trabajo.

-Sí, Fani, pero cuando estamos aquí como hoy dos horas en pleno día paseando en el jardín y haciendo lo que nos da la gana, me parece siempre que debería trabajar en algo para ayudar a quien lo necesite, por ejemplo, zurcir las medias para los niños en nuestra casa, si tan sólo tuviera hilo y aguja; pero seguro que no puedo pedir que me lo den, después de todo lo que ya nos están regalando.

-Claro que no debes decir ni una palabra de todo esto, Elsita. Yo no comprendo cómo se te ocurren ideas tan raras -dijo Fani con cierto disgusto-; no debes olvidar tampoco cuántos vestidos y cosas está enviando la señora de Stanhope a nuestra madre. La semana pasada mandó un paquete grande, pero parece que no lo tienes presente.

-Sí, sí, lo sé muy bien, y más de un paquete que se mandó anteriormente, -confirmó Elsita-; sólo digo que Yo debería también hacer algún bien a otros - y no estar tranquila habiendo tantos necesitados en el mundo.

-Sí, debes descansar aunque más no sea porque lo mandó el médico. Ya sabes que dijo a la señora de Stanhope que tú no debías estar tanto con los libros y estudiar muy seguido, sino que te hacía falta estar mucho en el jardín y al aire libre. Ven conmigo, vamos a dar otra vuelta entre los rosales, allí puedes llenarte los pulmones de fragancia. ¿No sientes qué fuerte es aún a esta distancia? ¡Vamos, Elsita! -Y Fani, tomándola de la mano, comenzó a correr por el camino. Pero ella lo detuvo suavemente.

Librodot

-No puedo correr como tú, Fani -dijo jadeando violentamente-, me gustaría ir hasta el banco debajo de los tilos y sentarme allí un poco.

-¿Has visto? -dijo Fani, volviendo para descender lentamente con su hermana hacia los tilos-. ¡Qué pronto te cansas! Ya lo creo que nos hace falta estar en el jardín, ven acá, que hay otro aroma distinto y tan agradable, ¿no lo sientes?

Fani ya estaba sentado en el banco y se recostó gozoso en el tronco de un viejo tilo que estaba en flor y que llenaba con su perfume el lugar. Abajo pasaban las olas espumosas bañando las ramas inclinadas de los árboles centenarios.

-Oh, ¡qué hermosura! Aquí, pienso, debes sentirte feliz y contenta como para cantar -dijo Fani.

-Ah, sí -asintió Elsita, pero su pálido rostro no se iluminaba con ningún rayo de alegría como el que brillaba en los ojos de su hermano-. Cuando estoy sentada aquí, siempre pienso en Nora. Desde aquí se puede contemplar tan bien la puesta del sol. Entonces me acuerdo de lo bella que fue aquella noche cuando ella se fue. Todo estaba dorado como si el cielo se hubiera abierto y uno pudiera admirar los centelleos del sol y del río de agua cristalina y pura. Y siempre que hay una tarde así iluminada, y allá en el horizonte aparecen las nubecillas rojas, me parece ver que Nora me está mirando y me hace señas. Y entonces me gustaría tanto ir a encontrarme con ella.

Ahora saltó Fani del banco y exclamó con gran excitación:

-¡Pero cómo puedes hablar así, Elsita! Gozamos de una vida maravillosa, y tú hablas de ella como si fuera cosa de nada y como si uno sólo aguardara el momento para irse y morir. Yo, ciertamente, no lo quisiera. v tú tampoco deberías quererlo, y no se te ocurra nunca decir esto delante de la señora de Stanhope; ya verás lo que pasaría entonces. Estoy seguro que nos mandaría de vuelta y entonces ya sabes lo que nos espera. Ella no piensa en echarnos, esto ya lo noté algunas veces, por ejemplo cuando dije qué lindo sería ser pintor. Entonces, ella comienza a hablar del porvenir y sé muy bien que cuenta con que estaremos siempre con ella y seguiremos viviendo aquí. ¡Imagínate esto: poder estar toda la vida aquí! Entonces yo seré un señor, y tú serás una señora como es ella, y entonces...

-Oh, Fani, no me atemorices aún más de lo que ya estoy -lamentóse Elsita-. Cada día siento más no ser, de lejos, como ella quisiera que fuera, y seguramente que nunca seré así. Entonces se enojará conmigo cada vez más y nunca me querrá, nunca, lo siento ya muy bien, y al fin tú también te avergonzarás de mí porque no puedo ser como ustedes quieren que sea.

Fani había vuelto a sentarse, pero ahora saltó otra vez:

-Pero, Elsita, parece mentira que tengas ideas tan descabelladas -reprochóle con ira-. ¿Por qué eres tan terca? Esto no me gusta nada. ¿Por qué no piensas más bien en las muchas cosas buenas que tenemos todos los días y que nos dan tanto motivo para estar contentos?

-No lo hago a propósito y quisiera no hacerlo nunca más -respondió Elsita,

Librodot

como pidiendo perdón-, pero siempre que quiero alegrarme de alguna cosa, se me ocurre al mismo tiempo algo triste y entonces me pongo a pensar si no pudiera hacer algo para remediar el sufrimiento de otros. A veces, también veo cosas que tú no adviertes y que me persiguen entonces por todo el día, como hoy, por ejemplo;

-¿Y dónde ves algo que yo no veo? -extrañóse Fani.

-Dos veces ya, cuando volvimos de pasear por la tarde, nos hemos encontrado con un hombre que llevaba un hacha pesada al hombro, tú no prestaste atención porque estabas hablando con la señora de Stanhope. El hombre tenía la vista fija en el suelo y se parecía en todo a nuestro padre cuando volvía de noche tan cansado del trabajo y decía: "No nos alcanza por ningún lado, haga lo que haga. ¡Ojalá no tenga que pedir prestado!" Y yo tenía siempre tanto miedo que tuviera que hacerlo. Seguramente aquel hombre tiene las mismas preocupaciones que nuestro padre, y yo he pensado que si una sola vez le pudiera seguir para saber dónde vive, entonces podría hacerle algún bien y ayudarle un poco.

-¡No lo debes hacer, no lo debes hacer! -gritó Fani fuera de sí-; ¿ya te olvidaste que la señora de Stanhope nos prohibió desde el principio visitar otras casas que no conocemos? Y tampoco podemos hablar con la gente como hacíamos en casa, porque también nos lo ha prohibido. No debes nunca seguir a ese hombre ni hablar con él. ¿Lo entendiste bien ahora? ¿No lo vas a olvidar? Si no, podría ocurrir algo terrible, si la señora de Stanhope se enojara por tu culpa.

Elsita pensó un rato y luego dijo:

-No creo que la. señora se refiriese a lo mismo que yo, cuando hablo de este hombre. A ella no le gusta que la gente nos pregunte de dónde venimos y cuál es nuestro hogar; pero un pobre hombre que anda afligido es una cosa distinta y seguro que no pensaba en esto la señora.

-¡Tonterías! -interrumpió Fani impaciente-, no me vengas ahora con explicaciones; tienes que obedecer y no ir a casas extrañas, y nada más; y ahora hablemos de otra cosa, que esto ya se está volviendo muy aburrido. ¡Vamos a ver algo lindo!

Los niños juntaron sus cabezas porque Fani había sacado del bolsillo algo que los dos miraron con atención. Era un paisaje pintado a la acuarela con mucho esmero y con vivos colores. Elsita estaba absorta contemplándolo.

-¿Lo reconoces? --preguntó Fani.

-Oh, sí, a primera vista -aseguróle Elsita-, es La Rosalera, bien se ven los rosales y aquí los tilos. ¡Qué bien, está hecho, Fani; ya sabes pintar tan bien! Emi no creerá a sus ojos cuando venga, seguro que no esperaba tanto.

-¡Yo también me alegro de que venga! -exclamó Fani con ojos relampagueantes-; porque, sabes, Elsita, con nadie puedo hablar como con ella, de que me gustaría ser pintor. Ella lo comprende y lo desea también, casi tanto como yo mismo.

-¿Todavía te gustaría más que nada ser pintor? -preguntó Elsita

extrañada.

-Cada- día lo deseo más. especialmente después de

cada lección de dibujo -afirmó Fani-. Sólo que no hablé más del asunto porque entiendo que a la señora de Stanhope no le gusta. Sabes, Elsita, creo que ella se propone tenernos aquí toda la vida, casi como si fuéramos sus propios hijos; más de una vez me lo dio a entender, claro que con la condición de que no hagamos algo que la disgustaría hasta el punto de echarnos. Pero no hacemos nada malo, ¿verdad? Alguna que otra vez se me escapó que antes que nada quisiera ser pintor. Entonces ella dijo que ésta es una profesión para hombres que quieren o deben vivir en países extraños; que yo podría dibujar y pintar en La Rosalera cuanto quisiera, pero que no debería tomarlo como profesión, porque entonces debería recorrer el mundo. Ahí puedes ver que la señora no piensa en echarnos de aquí.

Elsita movía la cabeza en ademán de duda:

-No sé, Fani, pero para mí esta hermosa casa nunca será nuestro verdadero hogar. ¿No lo crees tú también? Me parece siempre que todavía estamos de viaje como el día que llegamos y que, por último, tendremos que irnos.

-Ahora me vienes otra vez con la misma historia -gruñó Fani disgustado, porque estas dudas le desagradaban mucho.

Mientras tanto ya había pasado el tiempo asignado para el paseo en el jardín; los niños se tomaron de la mano y volvieron a la casa pasando otra vez al lado de los arriates llenos de rosales en flor.

CAPÍTULO 2
¡MAÑANA PARTIMOS!

En la casa del médico de Buchberg reinaba un bullicio y trajín que superaba en mucho al de todos los días. El mes de julio había llegado y ya era inminente la partida, largamente esperada, hacia el Rin. Sólo faltaba un día. Un enorme baúl estaba abajo, cerrado ya y listo para ser transportado. Ahora se trataba sólo de llenar algunas valijas con las cosas indispensables. Este trabajo no era tan sencillo como se podría pensar; por el contrario, fue la tarea más ardua y difícil que este viaje imponía a la madre y la tía. Para los niños, el trabajo parecía ser más agobiador todavía, pues los tres mayores corrían jadeantes subiendo y bajando por las escaleras sin cesar, cargados de cosas, a veces los objetos más estrafalarios qué, rechazados las más de las veces, llevaban luego de vuelta. Hasta ahora la madre y la tía habían decidido qué era lo que debían llevar en el viaje y colocar en el baúl. A partir de ese momento, empero, los niños podían elegir las pequeñas cosas que deseaban colocar en sus valijitas personales; pero se les había advertido de entrada que todo lo inútil sería rechazado. Cada uno de los tres tenía sus propias ideas acerca de lo más necesario para llevarlo en el viaje. Fred llegó sudando con

cuatro sólidas cajas bajo cada brazo, cada una atada con tal cantidad de hilos que se podía confiar en que estaban a prueba para un viaje a las Indias Orientales. Se iba acercando a la tía con su carga, mientras Emi se empeñaba en pasarlo a fin de llegar hasta la madre con un pesa- ! do rollo en una mano y en la otra un bulto tan descomunalmente grande que apenas podía sostenerlo.

-No, Fred -dijo la tía-. ¿Cómo podrían entrar tus cajas en esta valijita? ¿Para qué las quieres llevar? Lo que hay ahí dentro no te hace falta.

-Pero, tía, seis de estas cajas están llenas de animales vivos, ya ves que es indispensable que las lleve conmigo -afanóse Fred por convencerla-. ¿Cómo quieres que sigan viviendo si nadie los alimenta y los va cuidando? ;Imagínate, tía! Y en las dos cajas restantes están las diversas familias de coleópteros, moluscos y orugas que voy a encontrar en la Renania aunque en otras variedades. Entonces necesito tener a éstas conmigo para compararlas. Tal vez si las empujamos y apretamos todos juntos, las podemos hacer entrar; o por lo menos las cajas con los animales vivos.

-¡Imposible, Fred, y además innecesario! -dijo la tía con bondad y firmeza-; no tengas cuidado que yo daré de comer a tus animalitos y cuidaré de ellos hasta que vuelvas. Las otras dos cajas también las dejas aquí, y si quieres saber qué familias te faltan, me escribes y yo te informaré lo mejor posible.

Entretanto, la madre había mirado y remirado los dos bultos informes que Emi había puesto en la mesa en calidad de equipaje.

-¿Por todos los santos, qué hay en este grueso rollo que ni siquiera hubiera cabido en el baúl grande? ¿Qué se te ocurre, hija?

-Oh, mamá, tal vez lo pueda atar encima de la valija, lo necesito llevar de cualquier forma -aseguró Emi con mucho énfasis-; este rollo contiene todos los modelos de dibujo que tanto le gustaban a Fani, y me escribió que todavía se acuerda de los lindos modelos que teníamos en la escuela y los que nos regalaron en el árbol de Navidad. Ahora he juntado todos los nuestros y también he conseguido algunos del maestro. Le dije que no se van a deteriorar y que se los traeré de vuelta. Fani se va a alegrar mucho.

-¡Pero, Emi, esto es completamente inútil! -exclamó la madre-. Piensa que hace un año que Fani tiene su propio profesor de dibujo. Él da a su alumno los modelos que le parecen mejor, y los tiene en abundancia y de toda las clases. Esto no sirve para nada. el rollo lo llevas de vuelta. ¿Y qué hay en este bulto informe? ¡También es dos veces más grande que toda la valija!

-Sí, ya me parecía -dijo Emi algo abatida-, pero pensaba que lo podría llevar sobre la falda, porque lo necesito, mamá. Es el libro que pedí para Navidad, ¿te acuerdas?: "Biografías de artistas célebres"; lo tengo que llevar a Fani para que lo lea, y para no echar a perder la linda tapa lo envolví entre dos enaguas que debo llevar, el impermeable, la carpeta que estaba sobre mi mesita y un pedazo de hule.

-Tienes ideas a cuál más descabellada -quejóse la madre-. Ven acá, vamos a sacar el libro de todas sus envolturas, entonces tal vez quepa en la valija.

Librodot

Ojalá haya tiempo para todo; todavía no nos trajeron un solo objeto de verdadera utilidad, y eso que tuvieron tanto tiempo para pensar. Ahora estamos aquí parados esperando, y no podemos cerrar una sola valija.

-¡Por Dios, Oscar! ¿Qué traes aquí? -sobresaltóse la tía.

El nombrado se aproximaba armando un estruendo que se asemejaba al de una caravana abriéndose paso por el interior de la jungla. Arrastraba tras suyo un tambor que no podía ya transportar porque con un brazo retenía una enorme campanilla y con el otro apretaba un acordeón y una flauta, yendo en dirección hacia la tía.

-Pero, querido Oscar, tu propio sentido común debería decirte que en esta valija no cabe un tambor; además ¿qué te propones con todos estos instrumentos? La señora de Stanhope te daría las gracias por semejantes delicias musicales.

-No es para la casa, tía, es para tocar afuera, para hacer música en la fiesta de inauguración -explicó Oscar-; he tomado solamente el tambor de Fred, el más chico, no el mío. Mira tía, tal vez podría entrar.

Oscar midió el tambor con la valija pero se convenció de la imposibilidad de hacerlo caber. También la campanilla grande tuvo que sacrificarse, no obstante sus lamentos de que era necesaria para reunir a los asistentes de la fiesta.

-¿Y de quién es la flauta? -admiróse la tía-; es bastante buena.

-Pertenece a Feclito -aclaró Oscar-; estaba encantado de prestármela porque le dan lecciones de flauta, y si no la tiene, no lo pueden obligar a ensayar, y eso es lo que quiere.

Se negaron la madre y la tía entonces, a empaquetar la flauta sin el consentimiento de los padres de Feclito. Mientras tanto llegó Fred con una nueva remesa de los más variados objetos y tras suyo vino Catalina anunciando:

-¡La señora de Bickel quiere hablar con la doctora!

-Mal momento escogió -suspiró ésta-, tendré que ir a atenderla y dejarte sola con todo esto -añadió dirigiéndose a la tía-, y vosotros, niños, ¡limitaos a lo indispensable y no vengáis acá con mil cosas inútiles!

Luego, salió a recibir a su visitante en la otra habitación.

Bien se podía notar que la señora de Bickel se había preparado para cumplir un asunto de gran importancia. Estaba vestida con su mantilla roja y amarilla y en el sombrero llevaba una pluma blanca tan grande y tupida como la doctora no había visto en su vida.

Cuando las dos mujeres estuvieron sentadas frente a frente y la doctora esperaba poder satisfacer el deseo que traía a la señora de Bickel para luego volver a sus quehaceres, su visitante inició la conversación hablando del tiempo que estaba empeorando. La doctora opinaba lo mismo. Luego, la señora de Bickel habló de las cerezas que en ese verano no habían dado una cosecha muy abundante y de ahí llegó finalmente a los manzanos, ya que no media entre ambos temas una distancia demasiado grande. La doctora estaba

Librodot

como sobre ascuas; sin cesar tenía que pensar en si la tía se bastaría para cerrar todas las valijas y si con tantas cosas innecesarias no acabaría por olvidar las que verdaderamente hacían falta a los niños. Ahora se acordó de la flauta y al punto preguntó si Feclito la había prestado con el debido permiso, ya que de lo contrario, Oscar no la podía aceptar. Con esto la mujer del fabricante fue llevada, sin darse cuenta, al asunto que la había traído. Dijo que lo de la flauta venía a propósito, pues su marido y ella habían resuelto que Feclito hiciera también el viaje al Rin, y que entonces no habría más remedio de que diera algún concierto de flauta para la señora de Stanhope, tanto más cuanto que ninguno de los hijos del doctor sabía tocar un instrumento. Agregó que su marido y ella habían pensado también que sería muy hermoso para todos pasar las vacaciones juntos y que la* gente entonces se daría cuenta de que los hijos del doctor tenían todavía otros amigos más importantes que sólo esos dos que la señora de Stanhope se había llevado. Aquí, la doctora interrumpió a la señora diciendo que nadie debía tomarse esta molestia y que la señora de Stanhope había visto y oído cuando estaba todavía en Buchberg que Fani y Elsita eran los amigos más queridos de sus hijos. Luego, preguntó si la señora de Bickel dijo que no, que jamás haría semejante cosa, pues entonces la señora de Stanhope querría naturalmente invitar a Feclito como a un pariente de Fani y Elsita, .lo que el señor y la señora de Bickel no podrían aceptar nunca porque parecería que no pudieran pagar la estadía. Solamente dijo que le gustaría que Oscar escribiera después de su llegada todos los detalles acerca del viaje que Feclito debería emprender y que nombrara el mejor hotel que hubiera cerca, donde su hijo podría alojarse para estar con los otros niños, fuera de las comidas. Por lo que al regreso se refería, el mismo señor Bickel iría a buscarlo pues pensaba hacer un viaje al Rin y visitar a los parientes que vivían en casa de la señora de Stanhope, ya que esto lo indicaba la buena educación.

La doctora había aguantado pacientemente la locuacidad de su visitante, pero sus pensamientos estaban más bien en el cuarto éontiguo. ¡Cómo se las arreglaría la tía para acabar sola con tanto trabajo!

Prometió a la señora de Bickel que todo se haría como ella lo deseaba, y pensaba que con esto quedaría en libertad para volver a ayudar a la tía. Pero la señora de Bickel tuvo que consultarla primero acerca de las cosas que sería menester llevar en el viaje proyectado; si le parecía que seis nuevos trajes serían suficientes y si no pensaba también que en un país tan extraño se le arruinarían a uno todas las cosas y que sería mejor llenar una valija especial con camisas nuevas para no tener que hacer lavar la ropa. La doctora dijo que ella, por su parte, no tenía tantas cosas que mandar, y que la señora de Bickel procediera en esto como mejor le pareciera.

Ya estaba oscureciendo cuando la visitante se despidió y la madre pudo retornar a su tarea. La tía había terminado con todo y . desaparecido en compañía de Oscar. Los otros niños estaban muy inquietos por esta razón, porque cada uno de ellos tenía todavía asuntos importantes que tratar con la

Librodot

tía. A esto se agregaba que Riel¡, al ver todos los preparativos del viaje, se había olvidado de las maravillas que le habían sido prometidas en compensación de que se iba a quedar en casa; pues madre y tía habían llegado a la conclusión de que la niña era demasiado pequeña todavía para aventurarse a semejante viaje; en cambio gozaría de tan extraordinarios privilegios durante la ausencia de los hermanos que ella misma había preferido quedarse, en vez de arriesgarse a una aventura tan incierta, sin mamá y sin tía. Pero el presenciar los preparativos, el trajín, las valijas y bultos, la había sacado de su equilibrio, y ahora estaba sentada en el suelo entre bolsas y valijas gritando de rabia, mientras Emi la regañaba y Fred empezaba a cantar su estribillo:

"Ricli y Juancito
Son harina del mismo costal..."

La madre se acercó para apaciguarla, levantó a Riel¡ del suelo y mandó a los niños sentarse junto a ella. La última noche antes de la partida deseaba pasar con ellos un rato tranquilo, y como Emi y Fred tenían ahora ocasión de tratar con su madre las cuestiones que más los preocupaban, se tranquilizaron pese a la ausencia de la tía.

Cuando Riel¡ escuchó en el transcurso de la conversación qué asuntos preocupaban a sus hermanos y cómo preguntabn qué debían hacer en este caso y en tal otro y qué debían decir a la señora de Stanhope y qué no, pensaba dentro de sí, que al fin de cuentas era más seguro quedarse con su mamá y con su tía, y la perspectiva de tantos paseos con las dos y el monopolio de las tortas de manzana y de cerezas le pareció muy superior a las situaciones dudosas por que atravesarían sus hermanos; a tal punto que estaba muy contenta con su suerte.

Oscar había llevado a la tía al cuarto más apartado de los altos, donde se guardaban los trastos viejos y donde nadie solía estar. Por las dudas corrió el cerrojo, pues el asunto que debía tratar era de tan singular importancia que no admitía ninguna interrupción. A su pedido que había hecho público le habían llegado treinta y cinco epigramas que podían utilizarse para el estandarte. Leyéndolos todos, encontraba uno siempre más lindo que el otro y estaba en un estado de penosa vacilación e incertidumbre sobre cuál de ellos debían elegir definitivamente.

Pero era menester decidirse, porque el estandarte no podía llevar más de un epigrama y era demasiado remota la esperanza de llegar a tener treinta y cinco estandartes para aprovecharlos todos. La tía era la única que podía sacarlo de apuros y debía zanjar la cuestión una vez por todas. Claro que no era la primera vez que Oscar la consultaba, sino que serían ya como diez las confidencias a puertas cerradas que había celebrado con la tía. Pero, siempre

Librodot

habían quedado indecisos entre tres epigramas, de los cuales uno debía ser el definitivo. Los dos concejales nunca habían logrado ponerse de acuerdo acerca de estos tres modelos, porque Oscar no quería elegir el que no gustaba a la tía y por el cual, no obstante, sentía una particular predilección. Por lo tanto deseaba persuadir a que la tía también diera su voto favorable a la elección hecha por él.

-Mira, tía -dijo cuando se hallaban encerrados y a salvo de interrupciones inoportunas-, voy a recitar otra vez los tres versos, y entonces tú dirás cuál de ellos es sin lugar a dudas el más lindo. Primero el que a ti te gusta:

¡Rataplán, rataplán!
La bandera enarbolad.
¡Nuestra fiesta celebrad!
¡Vivan todos, compañeros,
Y los socios los primeros!

-Claro que es una leyenda muy hermosa, pero como no pude empaquetar el tambor, no me sirve, porque, ¿cómo hago el rataplán?

-También hay tambores en la Renania y tal vez Fani ya haya recibido uno -opinaba la tía-, y para tus fines el epigrama es bastante bueno. Pero me he olvidado del segundo; ¿a ver, cómo era?

-El segundo es así -dijo Oscar y siguió declamando:

Una fiesta celebramos,
¡Suizos: todos concurramos!
Descended del tren ahora,
Paren la locomotora;
Sea cual fuere su partido,
Todo suizo es bienvenido.

-Este me gusta más todavía, ¿qué te parece, tía?

-Sí, se adapta bien a la fiesta -asintió la tía-, pero es un poco largo; no creo que Elsita podría bordarlo en un estandarte.

-Ves, ¡precisamente por esto no sirve! -exclamó Oscar muy satisfecho por la razón de eliminarlo que la misma tía había dado-, pero, ahora escucha éste, tan breve y magnífico:

Librodot

Compañeros, de todos juremos
Defender siempre la libertad;
Los tiranos del trono arrojemos,
Las cadenas rompamos:
¡Luchad!

-¿Qué dices ahora, tía?

-Digo que esto suena estupendamente en los oídos, pero no sirve para nada -afirmó decididamente la tíapues yo no se cuáles son los tiranos a los que vosotros tenéis que arrojar del trono. Esta leyenda déjala de lado por completo; ¡elige la primera o cualquiera de las muchas otras que te quedan!

Oscar se sintió muy preocupado. Ya era tarde, no había tiempo para hacer cambiar de parecer a la tía e inducirla a tomar su partido; pero esto debía conseguirse a toda costa, porque no quería renunciar a ese epigrama y

sin embargo era indispensable el consentimiento de la tía.

-Tía -comenzó su alegato con gran énfasis-, una cosa es cierta: que ha habido tiranos en otros tiempos, y seguramente conoces el poema:

"Acercóse a Dionisio el tirano", etc.,

por lo tanto, puede ocurrir también que algún día vuelva a haber tiranos, ¿no es cierto?, y para entonces esta leyenda sería insuperable, esto tienes que admitirlo, tía, ¿no es verdad?

Pero la tía no pudo aclarar si debía admitirlo o no, porque unos tremendos golpes y gritos dieron por tierra con la conferencia secreta. Emi y Fred habían revisado todos los cuartos en busca de la tía y de Oscar, y como cada cual conocía a la perfección las tretas de los otros, se les había ocurrido al mismo tiempo subir la escalera, donde la puerta cerrada les indicó que habían encontrado lo que buscaban.

Ahora gritó Emi a través del cerrojo:

-¡Tía, tía, ven en seguida, rápido, por favor, que ya llegó papá y hay que cenar pronto, mamá nos ha mandado buscarte!

Y Fred vociferaba detrás de ella a todo pulmón:

-¡Sal de ahí, Oscar, pronto, pronto, papá preguntó por ti!

Ahora estaba todo perdido. La tía ya había abierto la puerta y Oscar no tuvo más remedio que seguirle.

En la madrugada del día siguiente esperaba el coche delante de la casa y un criado preparaba los caballos para engancharlos. Mientras madre y tía daban los últimos toques a los trajes y vestidos que los niños llevarían durante el viaje, entró el padre:

Librodot

-Quiero despedirme de vosotros porque mis enfermos me esperan y más tarde no os veré -dijo-. Contigo, Oscar, quiero hablar, ante todo, una palabrita. Escúchame: ten mucho cuidado con tus planes y fundaciones allá donde vas ahora; estarás en tierra extraña, y allí no es como en casa si se da un paso en falso. Ya sabes, si aquí entre nosotros haces algo mal, se dice simplemente: "es el hijo del doctor que lo arreglará todo", y yo puedo tratar de arreglar los entuertos. Pero, allá deberás responder por ti. mismo; por lo tanto, no emprendas nada de lo que no te conste que no puede tener consecuencias desagradables, ni para ti ni para la gente que te hospeda. ¡Espero que no querrás dejarnos mal delante de la señora de Stanhope; bastante grande eres para saber a qué me refiero y para tener presente lo que te digo. Ahora, buen viaje, muchacho, y vosotros, Emi y Fred, divertíos mucho y a portarse bien!

Con esto el padre dio un apretón de manos a cada uno y salió de casa.

La madre se había ido con Emi al otro lado de la habitación, porque tenía que hablarle todavía seriamente. Emi había querido llevar ese inmenso rollo de modelos de dibujo y había pedido tan febrilmente aquel libro de artistas célebres que en su mamá nacieron algunas sospechas. Ahora exhortó gravemente a Emi a que no instigara a Fani a ninguna iniciativa que pudiera desagradar a la señora de Stanhope. Le rogó que pensara en el hermoso porvenir que esperaba ahora a Fani, su amigo, siempre y cuando la señora de Stanhope se hiciera cargo de él de manera tan completa; pero que él, en cambio, tenía que proceder conforme a las órdenes de ella y no podía permitirse ninguna clase de fechorías o chiquilladas siguiendo sus propios gustos, y que Emi tendría que reprocharse durante toda su vida por haber perturbado las buenas relaciones entre Fani y su protectora. Emi empeñó su palabra y prometió por todos los santos del cielo que no instigaría a Fani a cosa alguna ni haría por su parte nada que pudiese enojar a la señora de Stanhope y que sólo pensaría en las cosas con que Fani pudiese agradar a su bienhechora.

-Más vale que no pienses en nada, Emi -concluyó la madre-; goza agradecida con Fani de todo lo que a él y también a vosotros se les brinda y no trates de inventar cosas extravagantes como las que suelen ocurrirte. Y luego otra cosa, Emi: no te olvides de encomendarte todos los días a Dios y rogarle que te acompañe siempre y en todo para llevar a cabo tus buenos propósitos. Ya sabes, si el Señor no está siempre con nosotros, estamos siempre en peligro, y donde Él no nos protege no obramos el bien ni hacemos lo que nos conviene. Ahora que os vais tan lejos, lo único que me tranquiliza es que estáis allí en las manos de Dios lo mismo que aquí. No dejes nunca de rezar para que Él te tenga firmemente de su mano, tal como lo hacemos aquí todas las noches. ¿Me lo prometes, hija mía?

Emi dijo que nunca lo olvidaría y que rezaría todas las noches y también a la mañana, exactamente como se hacía en su casa, y que la madre no tuviese cuidado.

Mientras tanto, la tía se hallaba con el tercero de los viajeros.

-Fred -dijo con mucha bondad-, una cosa me debes prometer y no te la olvidarás nunca: en casa de la señora de Stanhope no debes llevar a tus animalitos en los bolsillos o a la mesa, aunque fueran los más hermosos, pues alguno puede escaparse, como suele ocurrir aquí. ¿Verdad, Fred, que te vas a acordar de esto? ¡La señora de Stanhope no podría comprender ni tolerarlo bajo ningún concepto y tú podrías malograr con esto toda tu estadía que promete ser tan hermosa!

-No te preocupes, tía, a los bichos que logre cazar, los cuidaré bien y sin que den señales de vida -aseguró Fred-; verás qué cosecha traeré a casa. ¡Tía, estarás encantada!

Riel¡ se había limitado hasta entonces a escuchar aquí y allá un poco de todo, orgullosa de ser el único miembro de la familia que no necesitaba ninguna observación. Pero el coche esperaba fuera y los relinchos de los caballos habían desatado otra tormenta en su interior que iba creciendo por momentos; necesitando una válvula de escape aprovechó que la tía dejara a Fred para iniciar la ofensiva:

-Sí, sí, Fred, ya verás lo que te dirá la señora de Stanhope cuando de repente salte sobre el blanco mantel de la mesa un sapo horrible o una culebra ciega y un molusco colorado.

-No, Riel¡, eso no lo veré, sino que lo óiré, aparte de que los moluscos colorados y la culebra ciega no pueden saltar.

-Bueno, entonces vas a oír también cómo la señora de Stanhope te echa de la mesa y te quita la comida.

-No, Riel¡ -corrigió Fred- eso lo veré.

-Sí, sí, entonces puedes ver y oír juntamente cuando la señora te mande de vuelta a casa y tendrás que avergonzarte delante de toda la gente en el ferrocarril y aquí en casa y en la escuela.

-No, Riel¡ -Fred estaba decidido a producir una crisis nerviosa en su hermanita- eso lo sentiré.

Pero, antes de que Riel¡ pudiese seguir la controversia, se escucharon los chasquidos de la fusta del cochero, la señal de la partida. Pocos momentos más tarde los tres estaban sentados en el coche y los caballos arrancaron impacientes. Madre y tía los siguieron con la vista agitando sendos pañuelos hasta que los viajeros habían desaparecido.

Luego suspiró la madre:

-¡Ojalá no les suceda ningún accidente y todos vuelvan sanos y salvos a casa!

-Así será, si Dios quiere -contestó la tía con confianza- a Él se los vamos a encomendar y rogarle que sus ángeles los acompañen; entonces estarán mejor protegidos que si ambas nos hubiéramos ido con ellos.

CAPÍTULO 3
A LAS ORILLAS DEL RIN

En el jardín de La Rosalera se advertía un ir y venir desacostumbrado. Era el primer día después de la llegada de los tres huéspedes, los cuales no acababan de maravillarse del alojamiento que se les había asignado. La noche anterior, a su llegada, habían sido conducidos al primer piso de la casa, hallando tres espaciosas piezas, para cada cual la suya, y uno al lado del otro. La casa tenía solamente cuartos individuales con una cama; las ventanas daban al jardín de rosas y más lejos se divisaba el Rin cuyo ruido llegaba hasta la casa.

Nunca los niños habían sido alojados tan lujosamente, como tres reyes, y cada cual gozaba a su manera de su nueva felicidad.

Emi imaginaba ya las hermosas noches de luna de que disfrutaría desde la ventana contemplando el Rin sin que nadie la mandara a la cama.

Oscar encontró que su espacioso cuarto permitía erigir el estandarte sin que molestara a nadie que lo quitara por falta de lugar.

Fred revisó todos los armarios, mesas y cajones de su pieza; tenía sus propias ideas.

El reencuentro de los niños habíase celebrado con general alborozo; desde el primer instante volvieron a la misma intimidad de siempre como si nunca hubiesen estado separados.

Fani y Elsita no habían cambiado su manera de ser ni adquirido modales extraños o estirados, tal como los hijos del doctor lo habían temido a veces; por el contrario parecía como si Fani y Elsita por la separación hubiesen intimado aún más con sus viejos amigos. Fani denotaba más vivacidad y buen humor que nunca y Elsita, aunque siempre un poco tímida, demostraba mayor confianza y seguía siendo tan buena y servicial como siempre, y ambos lucían con tanta gracia sus finos vestidos que Emi no se cansaba de contemplarlos con aprobación.

La primera mañana había sido aprovechada para desempaquetar el baúl grande y distribuir su contenido en las tres piezas de los niños según lo que cada uno tenía, para lo cual la tía Clarisa prestó su preciosa ayuda. Por la tarde, los pequeños huéspedes tenían permiso de explorar a su gusto la casa, el jardín y también los prados para conocer La Rosalera en todos sus aspectos. ¡Qué maravillas se ofrecieron a sus ojos! Emi trató ante todo de llegar al estrepitoso río para ver los viejos tilos cuyas ramas se mecían en las olas, tal como Fani lo había dibujado para ella; y como éste fue también el sitio predilecto de Fani, se tomaron de las manos para admirar juntos tanta belleza.

Fred no sabía en qué dirección correr primero en medio de ese mundo que por todos lados brillaba, zumbaba, volaba y trepaba. Aquí se deslizaba un

coleóptero de dorados élitros, allí se daban alcance bandadas de -mariposas multicolores; sobre la fuente jugaba al sol una lagartija verde con puntitos de oro, y más allá en los setos todas las ramas estaban llenas de las más variadas especies: ¡qué cosecha superabundante!

Fred corría de un lado para otro; estaba fuera de sí de alegría. A cada momento le salía al paso un nuevo ser, y eso que no había salido del jardín; ¡qué no lo esperaría allí junto al río, debajo de los árboles centenarios, en los espesos setos de ambos lados, en el húmedo suelo entre las peñas de la orilla! La colección que aquí podría obtenerse abría perspectivas gigantescas. Fred no se ocupó ni por un instante de los amigos ni de sus hermanos; nadaba en un mar de tesoros como en toda su vida no los había visto juntos, y todo esto podría ser de su propiedad: ¡qué maravilla! De las especies más inesperadas podría cazar tres o cuatro ejemplares, y muchos más.

Mientras tanto, Oscar caminaba pensativo por el jardín hasta llegar al río; luego atravesó los prados, volviendo al amplio patio de la casa donde dos grandes y viejas encinas daban su sombra refrescante; cada una de ellas estaba rodeada de un banco de madera que invitaba a sentarse y descansar al amparo de sus frondosas ramas. Aquí, se sentó Oscar e invitó a hacer lo mismo a su acompañante, Elsita, que le' había mostrado todo lo que le interesaba. Oscar dirigió otra mirada meditabunda sobre los prados cercados por un. elevado seto. Donde terminaba el patio, comenzaba un ancho camino cubierto de grava que conducía a un alto portón con una puerta enrejada de hierro forjado que comunicaba los grandes setos y encerraba toda la propiedad.

-Así que, Elsita -comenzó Oscar- según dices, ¿fuera del seto no hay tierras que pertenezcan a la señora de Stanhope?

-Sí que las hay -replicó Elsita- una viña tan grande, pero tan grande que no te puedes imaginar cuántas uvas cosechan ahí. Pero está del otro lado de la casa, hacia el río.

-Ya sé -dijo Oscar- no me refiero a esto que ya me lo mostró Fani hoy a la mañana; me refiero a los prados del otro lado de la carretera que se extienden allá lejos, lejos, ¿lo ves?

Elsita podía afirmar con certeza que nada de esto pertenecía a la señora de Stanhope.

-Hay allí una colina, ¿la ves, Elsita? -prosiguió Oscar extendiendo el brazo-, con un molino de viento de grandes aspas que surcan los aires como enormes banderas que convocan a todos los alrededores a una gran fiesta de inauguración. ¿Lo ves, lo ves ahí? ¡Qué sitio magnífico para organizar allí la fiesta! La concurrencia se acomodadaría alrededor de la colina y arriba podría estar el orador como sobre una tribuna elevada y detrás de él las banderas estarían girando para anunciar a todo el mundo la celebración de la fiesta.

Oscar habló con tanto entusiasmo que Elsita- se contagió:

-Sí, sería lindo, pero creo que deberíamos pedir permiso al molinero, porque el terreno es suyo.

Librodot

Oscar pensó un rato y luego decidió que esto no hacía falta, que el molino no se tocaría y lo que había alrededor no era más que pasto al que no se haría daño. Pero que, en todo caso, iría a inspeccionarlo todo de cerca. De repente, le vino otra idea:

-¿Y nuestro estandarte, Elsita?

-¡Ah, pero si casi lo olvidaba! -exclamó Elsita-. Está terminado y me había propuesto ponerlo en tu cuarto, como recibimiento. Lo pude acabar, sabes, porque la tía Clarisa dijo que más lindo que un epigrama sería un ramo de rosas alpinas para un estandarte suizo, y eso es lo que he bordado.

Pero Oscar no estaba conforme con esta solución; quería su hermoso epigrama, cada vez se había afirmado más en este propósito porque sonaba mejor que ningún otro y las últimas palabras de la tía ya no habían sido tan terminantes como antes, y entonces uno podía suponer que ella también estaría de acuerdo. Y ahora que Oscar lo había conseguido con tanto trabajo, ¿debería renunciar a su magnífico epigrama así no más? Oscar puso una cara como si le hubiese sobrevenido una verdadera desgracia. Elsita lo comprendió de inmediato y previendo la reacción de su amigo, había pensado ya en una solución. Explicó a Oscar que sería fácil hacer figurar el epigrama en el estandarte; Oscar debía solamente escribir con letras muy grandes su epigrama en la hoja de papel más grande que pudiera encontrar; la hoja se fijaría luego en el dorso del estandarte, el cual tendría entonces dos lados en lugar de uno sólo como los estandartes comunes. Esta idea extraordinaria devolvió el ánimo a Oscar quien se mostró aún más animado que antes porque este estandarte doble superaba todo cuanto él hubiera podido soñar.

-Sin duda, que eres una de las niñas más inteligentes que conozco, Elsita -exclamó Oscar alborozado, y este elogio inesperado hizo poner colorada como una amapola a la niña que no estaba acostumbrada a ser notada siquiera y mucho menos escuchar semejantes alabanzas.

-Pero, ahora a otra cosa, Elsita -prosiguió Oscar¿cuántos suizos encontraste aquí para invitarlos a ingresar en la asociación de que te hablé cuando nos despedimos?

Elsita recordaba muy bien la asociación de los suizos

en el extranjero que debía ayudar a fundar. Pero tuvo que informar a Oscar que sólo había podido encontrar a un suizo y a éste no lo había podido invitar a hacerse socio í

porque era el mandadero del panadero que traía todas las mañanas el pan fresco a la cocina. Pero, en La Rosalera

no se podía ir, así no más, a la cocina y hablar con la gente como uno quería.

-Lo siento tanto, pero no pude hacer lo que tú querías -concluyó Elsita su relato con muestras de pesar. Pero Oscar estaba satisfecho.

-Está bien, está bien -la tranquilizó-; desde ahora ya me arreglo solo.

Sólo una cosa quería saber Oscar exactamente, a qué hora y desde qué dirección venía el muchacho del panadero cada mañana, y Elsita le pudo

informar con precisión sobre este detalle importante.

Mientras los dos estaban absortos en su conversación debajo de las encinas, y Fred iba penetrando en todos los setos y arbustos del jardín con unas ansias de explorador que crecían por momentos, Fani y Emi paseaban juntos a orillas del Rin bajo los tilos, y sus palabras y gestos iban cobrando cada vez mayor vivacidad. Emi estaba tan excitada y festiva como nunca. ¡Qué de sorpresas había encontrado a su llegada! Desde que Fani había salido de su pueblo su pensamiento principal y el punto céntrico de todas sus cavilaciones y aspiraciones había sido siempre averiguar cómo su amigo podría llegar a ser un célebre artista. Pero, las cartas de Fani no decían nada de esto, por el contrario, Emi vio con claridad creciente que la señora de Stanhope se proponía educar a los dos niños exactamente tal como se educaba a todos los niños, instruyéndolos en los más diversos conocimientos, y de ahí no podía salir nada extraordinario. De todos modos, deseaba Emi informarse cómo habían hecho los grandes pintores para llegar a ser tan famosos. Tal vez se podría dar a Fani algún consejo sobre lo que debía hacer para ser algún día un célebre artista antes de perder todos sus bríos. Y, por desgracia. parecía como si ya no aspirase a tan encumbrado fin. Emi lo había advertido muy bien, pues, ninguna de sus cartas hablaba ya de los planes del porvenir que los dos habían tramado juntos. Emi había encontrado el título de un libro que decía: "Biografías de artistas célebres". Esto le venía como anillo al dedo, y desde entonces no daba tregua a la tía hasta que ésta le prometió cumplir su deseo para Navidad, gracias a lo cual Emi había recibido su libro para esta fecha. Al ver que esta tarde tendría a Fani a su disposición, sacó su libro de la valija y lo llevó al jardín. Una vez que estuvo sola con Fani bajo los tilos, sacó a relucir su libro y le dijo que lo había traído sólo por él, para que pudiese leer cómo debía hacer para llegar a ser un pintor grande y célebre y para pintar lo que se ve tan hermosamente, que todos los hombres quedan encantados y uno mismo se siente muy feliz hasta no desear otra cosa en el mundo. Emi ardía de entusiasmo y creía que Fani se contagiaría leyendo las biografías contenidas en su libro. Cuál no fue su sorpresa cuando Fani rechazó el libro y prorrumpió apasionadamente:

-¡No, no quiero leerlo! Más vale que ni piense ya en todo esto. Mira, Emi, todos los días tengo lecciones de dibujo, excepto ahora mientras están ustedes, y cuanto más dibujo, más me gusta hacerlo, y si fuera por mí, no haría otra cosa en todo el día. Ahora tengo ya más facilidad, después verás mis últimos trabajos. Y el profesor me dijo que podría estudiar y aprenderlo como un verdadero artista, y hace poco me dijo que yo debía ser pintor.

Emi, en la cúspide del entusiasmo, exclamó:

-Entonces, todo va a pedir de boca, Fani: ahora serás un gran artista y como te gusta tanto serlo, te convertirás en el mejor pintor de tu país. ¡Eso es siempre así! ¿Pero, por qué no lo dices en seguida a la señora de Stanhope para poder comenzar hoy mismo y no tener que hacer ya otra cosa?

Fani movió la cabeza tristemente y pareció muy abatido:

Librodot

-Es inútil, Emi, la señora no lo quiere, lo sé demasiado bien. Una vez que le dije en un paseo que la mayor felicidad para un hombre sería la de ser pintor, me contestó que estas ideas no eran más que tonterías infantiles, que yo no conocía todavía la vida y que cuando uno se ha hecho grande piensa de otra manera que cuando es tan joven y sin experiencia. Luego me llevó por toda su propiedad que comprende una gran extensión de tierras, porque le pertenecen también grandes viñas. ¿Las ves allí, a lo largo del Rin? Entonces, me dijo que para un hombre no había mayor satisfacción que cultivar todas estas hermosas tierras y vivir todo el año con tanta paz y sosiego como las que proporciona el lento crecimiento y la cosecha de las vides. Y, sabes, me parece que pensaba que tal podría ser mi vida si ella me mantuviera siempre aquí, y yo sé que esto sería para mí una gran suerte. Imagínate, vivir siempre aquí y disfrutar de todo lo que ahora tenemos: debería ser muy, pero muy ingrato si no me alegrara de ello. Pero claro, habría que sacarse de la cabeza una vez por todas que podría ser pintor -concluyó Fani bajando la cabeza.

-¡Oh, qué lástima, qué triste, entonces todo está perdido! -quejóse Emi-; y justamente ahora cuando creía que comenzaría para ti lo más lindo de la vida, tal como lo habíamos planeado. ¡Oh, qué tristeza más grande! Sabes, Fani, todo era tan hermoso, cuando yo leía en mi libro sustituía siempre el nombre del pintor de que se trataba por el tuyo, y entonces decía una vez: "En la delicadeza del dibujo, Fani de Buchberg representa una perfección inigualable". Porque si fueras un artista célebre te llamarías así, pues a todos los grandes pintores los individualizan por su lugar de nacimiento, los apellidos no interesan entonces, y esto vendría muy bien en tu caso porque Fani Hopli no suena tan bien, pero Fani de Buchberg sería un nombre magnífico, ¿no te parece? Y una vez decía el libro, cuando yo le cambiaba los nombres: "Hasta el día de hoy no se ha podido averiguar de qué medios se sirvió Fani de Buchberg para obtener la incomparable suavidad de sus colores; este mago del pincel sigue todavía siendo el único que supo crear tales tonalidades".

-Oh, Fani, imagínate si algún día hubieran escrito esto de ti. ¡Ahora, todo, todo está perdido!

Emi se dejó caer en el banco con una expresión como si ya no valiera la pena pasearse bajo los tilos.

Fani se sentó a su lado. Con creciente inquietud había seguido sus entusiastas predicciones y algo debían haber encendido en su alma, porque sus ojos brillaban.

-Una cosa habría, que posiblemente podría salvarnos -dijo dirigiéndose a su amiga que había quedado inmóvil en su desesperación, como si esta vida ya no valiera la pena de vivirse. Emi pegó un salto:

-¿Qué es, Fani, qué es?, dímelo, por favor -rogó con la respiración entrecortada por la enorme expectación que la embargaba. También Fani se había levantado:

-¡Ven conmigo -dijo- que te voy a mostrar algo! -Y diciendo esto llevó a

Emi, río abajo, hasta donde era posible caminar:

-Bueno, ahora vuélvete atrás y mira bien arriba por encima de La Rosalera hacia el bosque, ¡pero, cuidado con caerte al agua! ¿Ves allá las ruinas de un castillo cubierto de enredaderas?

-No veo nada ¡ah, sí!, ahora, una vieja torre... - pero al decir esto su excitada acompañante resbaló y se hubiera caído al agua de no agarrarla Fani del brazo para ayudarla a recuperar el equilibrio.

-Vamos, Emi, es mejor que volvamos a sentarnos en el banco, allí estamos más seguros y desde aquí no puedes ver bien las ruinas -dijo volviendo al lugar de donde habían salido-; basta que sepas que son las ruinas más hermosas que se pueden imaginar, cubiertas por completo por las más lindas enredaderas y por el musgo, excepto en algunas partes donde aparecen los viejos muros que brillan rojos como fuego cuando los inunda el sol antes de ponerse. ¡Oh, qué hermosura! Yo lo vi cierta vez desde un barco a vapor y nunca vi nada más lindo. Pero ahora escucha por qué te cuento esto - prosiguió Fani cuando estaban otra vez a salvo en el banco-; en la última lección de dibujo, antes de que llegaran ustedes, me preguntó el profesor seriamente si no sentía deseos de ser pintor y yo le respondí que éste era el mayor anhelo de mi vida, pero que ya sabía que nunca se podría realizar; y entonces le conté todo lo que ya te dije de la señora de Stanhope. Él lo comprendió muy bien y dijo también que yo no debía hacer nada en contra de los deseos de la señora, pero que tal vez sería posible hacerla cambiar de parecer y sentir la misma aspiración como nosotros, pues él, por su parte, también lo anhelaba. Entonces me aconsejó buscar algún objeto muy hermoso, hacer un dibujo de naturaleza muerta y entregárselo. Él lo enviaría a Duseldorf que es una gran ciudad, cerca de aquí, donde se cultivan las artes y donde hacen con los dibujos no sé que cosa. Allí premian al que les parece el mejor. Ahora, si el mío fuera premiado, la señora de Stanhope tal vez cambiaría de idea y permitiría que yo estudie para ser pintor; si, en cambio, no obtengo el premio, nada se habrá perdido, de manera que siempre valdría la pena intentarlo. Entonces se me ocurrieron en seguida las ruinas del castillo, pues las podría hacer tan hermosas. Pero se las puede ver sólo desde el río, y allí es imposible llegar.

Emi que veía ahora un camino abierto para llegar al fin deseado, ardía de entusiasmo ante la idea.

-Oh, Fani, ¡no importa, puedes estar seguro de que llegaremos! -exclamó rebosante de alegría-; sólo tenemos que viajar alguna vez en un vapor, entonces veremos las ruinas y tú puedes dibujar todo lo que quieras.

-El tiempo que tarda un vapor en pasar por ahí sólo alcanza para hacer los primeros trazos - objetó Fani.

Pero Emi no se dejó desanimar, ahora que sólo se trataba de hallar el medio más indicado para ejecutar el dibujo en medio del río. Era asunto decidido que a partir de ese momento pondría todo su empeño y concentraría toda su inventiva en encontrar la solución. Pero antes de que pudiese meditar

Librodot

bien sobre el problema, la interrumpió Fani:

-¡La campana! -y en efecto, la campana de la casa llamaba a cenar, acudiendo de todos lados los huéspedes y moradores de La Rosalera para congregarse en el espacioso comedor.

En la cabecera de la mesa hermosamente adornada y cubierta por los más apetitosos manjares estaba ya sentada la señora de Stanhope invitando con amables ademanes a los niños a ocupar sus asientos. La tía Clarisa asignó a cada uno su sitio, ocupó luego el otro extremo de la mesa opuesto a la señora de Stanhope y comenzó a servir a los comensales sus platos respectivos, que hallaron entusiasta aceptación. La conversación tenía un carácter de desacostumbrado sosiego, porque en presencia de la señora de Stanhope la vivacidad de los niños solía apaciguarse considerablemente. La que menos participó de ella como también en las jugosas tajadas de carne asada fue Elsita, la cual no abandonó su parquedad con la aparición de un riquísimo postre, suscitando no poca extrañeza en Fred que estaba sentado a su lado. La niña trataba de pasar completamente inadvertida, y cuando Fred una vez le preguntó en voz alta:

-¿Qué te pasa, por qué no comes? -ella le dio un disimulado codazo para que se callara.

Terminada la cena, la señora de Stanhope llevó a todos a la terraza donde se sentaron en semicírculo en los sillones de hierro forjado, y comunicó a los niños que tenía la intención de hacer con ellos, en los próximos días, una excursión en un gran vapor por el Rin hasta la ciudad de Colonia donde había un hermoso y gran jardín zoológico que iban a visitar. Los ojos de Emi centellearon como si dentro de ella hubiese caído un rayo; no dijo una palabra, pero bien se veía que sus pensamientos iban mucho más allá del jardín zoológico de la ciudad de Colonia. También Fred acogió el anuncio con entusiasmo, pero por el momento su atención era absorbida por un enorme lepidóptero nocturno que había elegido por rara coincidencia su cabeza como base de operaciones, y sintió un impulso casi irreprimible de lanzarse en persecución de tan valiosa presa; pero, por desgracia, la tía le había dicho que en presencia de la señora de Stanhope debía demostrar buena educación quedándose sentado y muy quieto en su asiento, por lo cual la ciencia entomológica perdió un valioso ejemplar. Oscar se regocijaba por doble motivo: en primer lugar por el viaje que prometía tantas bellezas, y luego por la perspectiva de las relaciones sociales que esta excursión le permitiria trabar, muy superiores, a no dudarlo, al muchacho del panadero que le había indicado Elsita.

A la mañana siguiente, los niños se sentaron, después del desayuno, a cumplir su promesa de escribir a su casa sobre todo lo que hasta entonces les había ocurrido en el viaje. Cada cual escribió a su manera, por lo cual las cartas eran muy diferentes, mas todos coincidieron en su enorme entusiasmo y contento por las bellezas incomparables de La Rosalera junto al Rin y todas las maravillas de que allí gozaban. Su único deseo era que el papá concediese

otras seis semanas además de las seis que había señalado para su estadía, ya que nunca, nunca podía uno saciarse de tan magníficas vacaciones. Acabadas las cartas a los padres, cada uno de los niños escribió otra más, la selló con gomalaca y la incluyó en la carta primera sin decir nada de esto a sus hermanos. Curiosa coincidencia: las tres cartas estaban dirigidas a la misma persona, la tía, y eran todas del mismo tenor, pues le instaban con el mayor fervor que prestara su apoyo para que el papá al fin permitiese prolongar la estadía lo más posible. Fred llegó a proponer que si el papá le concedía un año entero y agregaba un cero al número de días correspondiente, de manera que resultaran tres mil seiscientos cincuenta días, no tendría dificultad en pasarlos en La Rosalera. Los tres coincidían en que separarse de tantas maravillas y alegrías y volver a casa sería el mayor sacrificio de sus vidas.

CAPÍTULO 4
EN LA CASITA DEL PESCADOR

De acuerdo con su plan, Oscar aguardaba en la madrugada del día siguiente al muchacho de la panadería, junto al portón. Cuando vio al mozo acercarse a paso lento con un enorme cesto que le colgaba del brazo, salió a su encuentro y sin hacer rodeos le preguntó:

-¿De qué cantón eres?

-Eso no te importa nada -contestó el enérgico compatriota.

Pero para Oscar semejante lenguaje no era extraño ni le quitaba el aplomo.

-No hace falta que contestes tan rudamente -replicó-; tengo mis razones para preguntártelo y verás que es cosa que te conviene.

Oscar explicó ahora al muchacho lo que se proponía y qué hermoso sería juntar los suizos lejos de la patria y celebrar una fiesta patriótica. Entonces, vio que el otro no era tan cascarrabias como parecía y que su manera de contestar al principio sólo había sido una manifestación de independencia. Ahora se hizo más tratable y demostró gran entusiasmo por los planes de Oscar. De otros suizos, cuyos nombres interesaban a Oscar, pocos podía nombrar, pues no hacía más de medio año que estaba en ese lugar a donde le había hecho venir de Lucerna una tía suya para que le ayudase en el negocio; era la mujer del panadero y él tenía que llevar el pan a los clientes. Un aprendiz de zapatero del cantón de Uri vivía cerca de él, y también conocía a otro mandadero del hotel "La Viña" que era nativo de Schwyz. Claro que también existía la gran fábrica, al lado del canal, que pertenecía a un suizo; allí, informó el mozo, llevaba pan todas las mañanas y había visto, también a menudo, a dos muchachos fuertes que solían jugar a la pelota en el jardín, pero que no le dirigían la palabra. Oscar estaba muy satisfecho de estas noticias. Dio a su nuevo compañero el encargo de invitar a la fiesta a los

Librodot

muchachos de Uri y Schwyz. pues de los otros dos se encargaría él mismo. El día fijado y los demás detalles se los comunicaría Oscar oportunamente, lo que no ofrecería dificultad ya que venía todos los días con el pan.

Cuando después los niños volvieron a encontrarse en el jardín, Oscar les contó, orgulloso, que los preparativos para su fiesta marchaban viento en popa, pero que era indispensable llegar hasta la familia suiza que poseía la gran fábrica, y que Fani debía ir con él a visitarlos, lo que, sin duda, podría hacer muy bien como vecino. Pero Fani declaró que no daría un solo paso en este asunto porque la señora de Stanhope no permitía que él y Elsita visitaran a nadie que no conocían y por eso no podían entrar en las casas del vecindario. Elsita estaba presente en esta conversación y advirtiendo la tristeza de Oscar por la negativa se apresuró a decir:

-Sabes, Oscar, yo creo que tú puedes ir muy bien solo. Si no se te ocurre otra cosa mejor, sabría yo lo que podrías hacer. Cuando salí de nuestro pueblo, me encargó el señor Bickel que me fijara en las fábricas que hubiera aquí cerca y se lo comunicara luego para que él pudiese ver si era posible establecer relaciones comerciales con esta región. Pero, yo no pude hacerlo hasta ahora y nunca le he podido escribir sobre este asunto. Tal vez, no vendría mal que tú fueras ahora diciendo que tienes que saber de qué fábrica se trata para informar al señor Bickel.

-¡Tú siempre tienes las ocurrencias más felices, Elsita! -exclamó Oscar lleno de alegría al ver que tenía vía libre; no podía pensarse en un pretexto mejor para explorar el terreno. Aprovechó, en efecto, el tiempo asignado para jugar en el patio y el jardín para escaparse corriendo. Allá abajo, junto al canal, al lado de los grandes edificios de la fábrica, estaba una hermosa casa rodeada de un jardín espaciosa y cubierto de flores. Bajo los árboles corrían

dos niños, jugando con desbordante entusiasmo a la pelota. Jugaban con tan extraordinaria agilidad que Oscar se detuvo admirado en el alambrado para observarlos, olvidándose de todo lo demás. Él también era un jugador de primera, pero semejantes tiros los había visto pocas veces.

-¡¡Mucho!! -tuvo que exclamar ahora, aplaudiendo un tiro maestro. Los dos miraron.

-¡Ven a jugar con nosotros! -gritó uno de ellos.

Oscar no se hizo rogar; con un salto estaba dentro e inmediatamente inicióse un juego como no había jugado otro en su vida, pues nunca se había encontrado con contrincantes que estuviesen tan a la par de sus propias habilidades. También los dos muchachos quedaron encantados del nuevo jugador tan hábil y de esta manera siguieron jugando hasta que la campana de la casa indicó la hora del almuerzo, recordando a Oscar que también él debía emprender el regreso. Pero ahora los muchachos deseaban, por lo menos, conocerse; en realidad, la amistad ya estaba sellada, pero todos querían saber sus nombres y nacionalilidad, antes de separarse.

Los dos hijos de la casa grande se llamaban Fink y eran nativos del cantón de San Galo, dos muchachitos despiertos y afectuosos como es el

Librodot

carácter de la gente de ese cantón. En seguida cerraron un pacto de amistad y fraternidad con el nuevo compatriota, pacto al que Oscar se adhirió con toda el alma. ¡Qué planes magníficos se podrían llevar a cabo con tales amigos! Pero no hubo tiempo para hablar de eso; Oscar sólo insinuó a sus amigos que planeaba la fundación de una gran asociación suiza de la que ellos deberían formar parte. Ambos lo prometieron con gran entusiasmo. Se fijó la hora para la próxima reunión y Oscar regresó a La Rosalera, felicísimo por el éxito de su empresa. Eso sí: de qué clase de fábrica se trataba, lo sabía tan poco como antes; de esta cuestión se había olvidado por completo.

Desde aquel día, Oscar desapareció completamente durante todo el tiempo que los niños tenían libre para su esparcimiento. Pero su ausencia no llamó la atención a nadie. Fred andaba tan afanoso y ocupado en sus colecciones que no tenía un segundo libre para pensar en otra cosa. Emi y Fani perseguían un fin particular conocido sólo por ellos y se alegraban de que nadie les molestase en ello. Elsita comprendió muy bien que ninguno de los otros necesitaba su compañía, de manera que estaba sentada durante horas enteras a solas en el banco bajo los tilos y se entregaba a sus meditaciones. A veces sentía una gran tristeza, como si estuviese cometiendo una mala acción gozando de tanto bienestar mientras sus padres padecían necesidad en su casa. Otras veces pensaba en Nora y se preguntaba si ésta habría olvidado del todo lo prometido, es decir, pedir al buen Dios que llamara a Elsita también al cielo. En verdad, ella pensaba que bien podía irse pues nadie la necesitaba aquí ni la echaría de menos. En el fondo temía Elsita siempre tener que seguir viviendo; no sabía con precisión qué le causaba temor, pero sentía que nunca se acostumbraría del todo a su nuevo hogar ni lograría adaptarse a ese ambiente. Por otra parte, tampoco podría ya sentirse en su casa donde había nacido, si allá volviera, y la idea de regresar la aterraba ahora por lo menos tanto como la de quedarse donde estaba. De esta manera, en medio de una vida tan agradable en La Rosalera, Elsita sentía casi siempre como si ya no perteneciera a nadie en este mundo y estuviera de más en él.

Desde los tilos partía un estrecho sendero que seguía junto a la orilla .en dirección a un espeso matorral donde se iba perdiendo. Elsita había caminado ya algunas veces por e] solitario sendero, internándose un poco más en la espesura. Allí reinaba un silencio muy agradable y nunca pasaba nadie por el paraje, porque el sendero conducía sólo de la quinta hacia el otro lado y no más allá, pareciendo que lo habían hecho solamente para caminar desde La Rosalera hasta los sauces que crecían allí. También hoy caminó Elsita por ahí después de haber estado un tiempo en su banco predilecto, y contemplando las olas que corrían sin cesar. Absorta en sus pensamientos, se había acercado más que nunca a los sauces. Aquí los matorrales se hacían cada vez más espesos y ofrecían desde lejos el aspecto de un sotuelo que entraba en el agua. La soledad era perfecta, no se veía ningún ser vivo y sólo el ruido de las aguas llenaba el silencio con su monótona canción. De repente, un grito

Librodot

angustioso llegó a los oídos de Elsita. Pronto le siguió otro grito más fuerte, luego otros y otros, cada vez más angustiosos. Elsita corrió en la dirección desde donde venían las voces. Detrás de un matorral donde el suelo era pantanoso por las filtraciones del agua, se agitaban en medio del pantano dos niños de corta edad, una niña que gritaba socorro a todo lo que le daban los pulmones y un muchachito que tiraba del brazo de su hermanita cuanto podía. Mas como no lograra sacarla del lugar donde se había hundido hasta la cintura, unió sus gritos cada vez más desesperados a los de la pequeña. Elsita se acercó y sacó a la niña del pantano. El chico le siguió como podía, con gran trabajo porque sus zuecos de madera se negaban a salir del barro. Cuando los dos se hallaron finalmente sobre terreno firme, embarrados de arriba hasta abajo y muy tristes, Elsita les preguntó compasiva a dónde pensaban ir y si les restaba mucho camino para llegar a su casa.

El muchachito de apenas seis años, que confió en Elsita, la tomó de la mano rogando:

-¡Ven con nosotros y dilo a mamá! - y al decir esto miraba espantado sus pantaloncitos y la pollera de su hermanita que comenzaba a secarse al sol volviéndose dura y acartonada.

También la pequeña debía sentir al instante la misma simpatía por su salvadora, porque la tomó pronto de la otra mano y dijo confiada:

-¡Ven con nosotros!

Elsita comprendió que el muchacho deseaba un intercesor ante su madre por el mal estado en qué los dos excursionistas llegarían a su casa, y la delgadez de la pequeña de apenas cuatro años le revelaba que no podía haber caminado muy lejos de manera que su hogar debía estar cerca de ahí; tomó, pues, de la mano a los niños y se fue con ellos.

A medida que iban caminando, el niño le tomaba más confianza y comenzó a contar cuanto sabía. Su madre estaba enferma y si ella no llevaba al abuelo, éste no podía salir a tomar el sol. Su hermanita se llamaba Lena y él Lucas, y los otros dos hermanos se llamaban Tolf y Enrique y no eran mucho más grandes que él. Mientras tanto los tres caminantes habían llegado a unos sauces más altos que llegaban hasta el mismo borde de la orilla; entre dos de ellos estaba una choza baja y de color gris que parecía como encajada entre los árboles, de los cuales apenas se distinguía a la distancia.

-¡Aquí! -dijo el chico y condujo a Elsita por la baja y estrecha puerta y dentro de la habitación de aspecto alegre y limpio. Un rayo de sol entraba por la diminuta ventana. Atrás, junto a la pared, estaba una cama donde yacía la madre enferma y miraba con ojos grandes y extrañados a los recién llegados. En el rincón donde llegaba el sol estaba sentado un hombre viejo con cabello blanco como la nieve que se extrañaba no menos de la llegada de Elsita y los niños. Dos muchachos no mucho más grandes que Lucas, les salieron corriendo al encuentro:

-¡Os hemos buscado, os hemos buscado, pero no estabais en ninguna

parte! -gritaron los dos a una voz.

Elsita se acercó con los niños a la cama y le relató a la madre en qué estado los había encontrado.

La enferma de aspecto muy pálido y débil dio las gracias a Elsita con mucha cortesía y dijo que era tan difícil vigilar a los niños ahora que estaba enferma; que los dos mayores ya podían hacer alguno que otro trabajo y que por esto permitía a los dos más pequeños jugar delante de la casa para que saliesen también un poco al aire libre, pero que eran todavía muy pequeños y se iban por donde no debían. Y diciendo esto miraba con ojos ansiosos a la pequeña Lena que estaba con su vestido endurecido de barro seco, como en un estuche.

-¿Puedo ayudarle en algo? -preguntó Elsita con cierta timidez, porque la trataba con tan visible consideración. Ella la miró sorprendida y dijo:

-Hasta ahora nunca hemos tenido que mendigar - dijo, subiéndole la sangre a la cara- nos arreglamos come podemos; sólo desde que estoy enferma la carga se nos hace casi demasiado pesada. En otras cosas no puede ayudarnos la señorita.

-No soy ninguna señorita y sé muy bien cómo lavar y colgar la pollera de Lena -dijo Elsita con pericia. La sorpresa de la enferma crecía por momentos

-Pero este precioso vestido demuestra bien a las claras que pertenece a una joven señorita de una casa solariega - dijo mirando a Elsita de pies a cabeza con sorpresa.

La mujer tenía razón, pues el vestido que veía había pertenecido a Nora y era de tela finísima adornado con cintas de seda.

-No es mío, sólo me lo han dado para que lo lleve -explicó Elsita.

Ahora se despertaba en la mujer un sentimiento muy distinto para con esta amable niña; pensó que procedería de algún país extranjero, porque su dialecto y toda su manera de ser le parecía extraña. Tal vez alguien había recibido a la niña en su casa por ser tan buena, prestándole el vestido. Con mucha confianza dijo ahora que le quedaría muy agradecida si quisiera ser tan buena de quitarle a Lena su vestido.

Elsita puso manos a la obra de manera tal que la mujer no salía de su estupor. Con una habilidad que demostraba una mano experta, libró a Lena de su envoltura endurecida y le puso una chaquetita que colgaba de la pared. Luego, se apoderó del vestido, tomó a los dos niños de la mano y salió a la cocina, pues Lucas estaba todavía con sus zuecos llenos de barro. En la cocina, Elsita vertió agua en una tina y después de sacar a los niños las medias y los zapatos, los metió en el agua para lavarlos. Luego los enjugó, y los mandó de vuelta a la habitación para sentarse allí, porque ahora tenía que lavar las prendas de vestir.

Los niños estaban tan agradecidos que obedecieron al punto, pero Lucas dijo que antes de irse Elsita debía volver, apenas terminase de lavar.

Luego vinieron los dos hermanos mayores a la cocina para trabar amistad con la visitante.

Al ver Tolf cómo la nueva amiga se las arreglaba como si nunca hubiese hecho otra cosa y supiese muy bien todo cuanto hacía falta, se acercó confiado a ella diciendo:

-Prepáranos también la cena pues si no, hay que esperar a que vuelva nuestro padre para hacerlo, y él no sabe hacerlo tan bien como tu.

-Sí -confirmó Enrique-. una vez se quedó dormido mientras cocinaba, porque estaba tan cansado, y entonces las papas se echaron a perder.

-Sí -prosiguió Tolf-, y después todavía tuvo que salir a pescar, porque todos los días después de cenar papá tiene que salir con la lancha cuando ya tiene tanto sueño, y entonces pesca y vende los pescados.

-Y nosotros también debemos aprenderlo ahora - secundó Enrique-, pero el remo es todavía demasiado pesado para nosotros; pero papá dice que pronto seremos bastante fuertes para trabajar todo lo que podamos, si no, no va a haber pan y nos van a quitar la casa.

Al escuchar esto surgieron en la memoria de Elsita todos los recuerdos de su infancia: ¡qué bien sabía ella cómo era esto! Le parecía estar viendo a su propio padre cuando se caía de cansancio y decía: "Ojalá nos podamos arreglar, no sea que nos echen de la casa".

Terminada su tarea de lavar, Elsita volvió a la cama de la madre para preguntar si le permitía preparar la cena, preguntándole lo que hacía falta para ello. Los ojos de la enferma se iluminaban:

-¡Qué buena eres! -dijo-; ¿quieres hacer también esto? -y al mismo tiempo apretaba alborozada la mano de Elsita. Luego le explicó lo que había que hacer; bastante sencillo era, y Elsita había hecho lo mismo en su casa centenares de veces.

Los muchachos corrieron tras ella a la cocina.

-Ahora tengo algo nuevo para vosotros dos -dijo Elsita cuando estaban afuera-, ¿cuántos años tenéis vosotros?

-Tengo siete.

-Tengo ocho -contestaron los dos en coro.

-Entonces ya sois bastante grandecitos. Cuando yo tenía ocho años ya tenía que cocinar solita las papas. Ahora os voy a enseñar cómo se hace, ¿queréis? Cuando vuelva entonces el padre a casa cansado, le podéis decir: "Siéntate papá, y a comer que ya está todo preparado".

Los niños quedaron encantados de hacer lo que Elsita les proponía, y ella les enseñó cómo se hace fuego, cómo se lavan las papas y se las pone luego en la olla agregando un poco de agua. Pronto bullía el agua y entre tanto Elsita

fue a buscar la cuajada, como se lo había ordenado la madre.

Los muchachos seguían mirando la olla como se observa un animal de rara especie, pero cuando las papas comenzaron a saltar una aquí y otra allá, gritaron de susto y llamaron a Elsita en su ayuda.

Ella estaba muy contenta y dijo:

-Cuando saltan así, las papas son buenas; así debe ser, y ahora ya basta - y diciendo esto tiró el agua y dejó caer las papas en una fuente redonda.

Luego preparó la mesa para que todo estuviese listo para recibir al padre.

El viejo que lo había observado todo desde su rincón, hizo una señal a Elsita para que se acercara.

-Tú eres buena y servicial -dijo-, ¿vas a volver mañana? -Elsita dijo que sí.

-Mira -continuó- yo soy paralítico y desde que mi hija está enferma no puedo nunca salir a tomar el sol porque me tengo que apoyar en alguien pero los niños son todavía demasiado chicos. ¿Quisieras llevarme mañana un poquito al sol?

Elsita quería y prometió ir al día siguiente más temprano para que pudiese salir con ella. Pero ahora ya era tiempo de volver; sabía que pronto tocaría la campana para cenar en La Rosalera, y entonces no debía faltar por nada en el mundo.

La enferma volvió a apretarle la mano, y no sabía como agradecerle por todo cuanto había hecho y por la promesa de volver mañana. Los niños no querían dejarla ir bajo ninguna condición, y Lena y Lucas gritaron incesantemente: -¡No te vayas, no te vayas! -pero sin embargo era menester irse de inmediato.

Los dos muchachos mayores la acompañaron hasta la puerta; allí acababa de llegar un hombre que bajó del hombro una enorme pala y la apoyó contra la casa.

Elsita lo reconoció al instante; era el mismo al que había visto ya algunas veces y que le había llamado la atención porque sus ojos tristes tenían la misma expresión que los de su propio padre. Viéndolo ahora más cerca, era verdaderamente muy parecido a su padre, especialmente al detenerse su triste mirada en Elsita que salía de la choza.

Viendo que los dos muchachos se aferraban cariñosos a la niña, la miró con simpatía. La viveza del recuerdo hizo brotar las lágrimas a Elsita. Tan presente estaba su padre con todas las penurias y la amarga pobreza que había conocido tan bien, que no pudo reprimir los sollozos. Con presteza le tendió la mano que el hombre tomó amablemente; luego se fue corriendo.

Una vez dentro de la casa, el padre no pudo al principio comprender lo que había pasado, porque todos juntos se empeñaban en explicárselo; por lo tanto se acercó a la cama de su mujer ordenando a los niños que se retiraran, porque quería oír primero de labios de ella lo que había sucedido.

Habiéndole contado todo lo maravilloso que era que una niña con un vestido tan precioso supiese hacer todos los trabajos a la perfección, y no se avergonzara, y que uno ni se podía imaginar de dónde venía, dijo el padre:

-El buen Dios se ha acordado de nosotros, y como sabe que no podemos ya seguir así, nos ha mandado a un ángel para que nos ayude; y los ángeles tienen buen corazón.

Esto lo decía porque pensaba que la niña desconocida había llorado de compasión cuando salió de la choza.

Elsita corrió cuanto le daban las piernas hacia los-tilos y por el jardín. En este momento tocaba la campaña y los niños dispersos acudieron cada cual

desde las más diversas direcciones y ocupados por sus propios asuntos. Nadie preguntó a Elsita dónde había pasado la tarde; se había propuesto contarlo todo a la tía Clarisa apenas se ofreciese una oportunidad, y seguramente le daría permiso para continuar sus visitas porque la pobre gente estaba tan necesitada.

Al despedirse, Elsita había preguntado a la mujer si no quería que se llamase a un médico, pero ella le había contestado que esto no hacía falta y que la mejor medicina sería que Elsita volviera pronto; que ella había tenido una recaída tras otra por levantarse continuamente y hacer las cosas que era indispensable hacer, y que si pudiera cuidarse siquiera una semana seguida. pronto estaría restablecida.

Así, pues, Elsita no podía dejar de ayudar a estos pobres, y estaba decidida a no abandonarlos. En su corazón se había despertado una inmensa alegría: por fin podía hacer bien pues alguien la necesitaba. ¿No le habían pedido todos que volviera, la madre, los niños y también el viejo?

Al día siguente, Elsita no se detuvo ni un instante en el banco bajo los viejos tilos. Apenas hubo llegado la tarde cuando los niños salieron corriendo de la casa, cada cual a lo suyo, ella bajó hacia los tilos, pero en seguida siguió por su camino.

Al lado de la puerta de la choza del pescador estaban ya los cuatro niños esperándola ansiosos, y salieron a su encuentro con gritos de alegría cuando la vieron aparecer. Lena estrechó a su nueva amiga hasta casi ahogarla cuando Elsita la tomó en sus brazos. También los niños se arrimaron de todos lados y se apretaron contra ella con un cariño y una ternura como Elsita nunca la había experimentado en su vida.

Adentro, la madre le tendió ambas manos cuando logró finalmente abrirse paso para entrar, y el viejo abuelo en su rincón dijo:

-Gracias a Dios, yo creía ya que no vendría más.

El viejo quiso que Elsita saliese en seguida con él a tomar sol porque todavía hacía un poco de calor y se había pasado el día entero tiritando. Elsita estaba muy conforme y puso manos a la obra, pero la cosa no era tan fácil como ella se la había imaginado, pues, el viejo debía apoyarse con todo su peso y ella no tenía fuerzas y casi se caía bajo la carga. Pero al fin lograron salir afuera donde el sol doraba las aguas e inundaba con su luz los troncos junto a la orilla donde el abuelo quería sentarse. Elsita debía sentarse a su lado y quedarse con él. Cuando los dos estaban contemplando tranquilamente las olas refulgentes, dijo el viejo:

-Sí, sí, este es el viejo y hermoso Rin; ¡cuántas veces habré gozado de esta belleza! Pero ahora me estoy acabando ya y no podré contemplarlo muchas veces más. Tengo que irme y no sé a dónde será. Mas, esto no lo entiendes porque eres demasiado joven. Tú recién comienzas. ¿No te alegras de tener todavía tanto tiempo por delante para gozar de la vida?

-He pensado en otra cosa al ver el agua dorada -respondió Elsita-, me acordé del hermoso torrente que atraviesa el paraíso y de cómo se regocijan

los que viven j unto a él.

-¿Qué dices? -sobresaltóse el viejo-. ¿Qué sabes tú de estas cosas?

-Sé lo que dice una canción que conozco hace mucho tiempo; me la enseñó una amiga que ahora ya está allá. ¿Quiere usted oírla?

El viejo movió la cabeza afirmativamente, y Elsita estaba contenta de encontrar a alguno que gustaría de su canción, ya que tendría que irse tan pronto.

Comenzó, pues, a recitarla, y como se percatase de que el abuelo la seguía con atención, la dijo hasta el final:

Un río de agua cristalina y pura
Riega un vergel de eterna lozanía,
Y de los tiernos
Tiros la blancura
Mezcla con la fragancia su alegría.
Refleja el sol en llameantes rosas
Dorada luz con celestial hechizo;
Aves canoras trinan jubilosas:
¡Salud y amor, esto es el paraíso!
Suaves vientos prodigan sus caricias
Sobre caminos bellos y floridos;
Hombres dichosos que se dan albricias
Se salen al encuentro conmovidos.
Un sueño les parece tal belleza
Con júbilo el amigo es saludado;
Queda allá abajo el mundo de tristeza
Y al reino de los cielos han llegado.
En las regiones bienaventuradas
Discuren sin pesares ni amargura,
Sus lágrimas se vieron enjugadas,
Y los inunda la alegría pura.

El viejo había movido algunas veces la cabeza mientras estaba escuchando atentamente.

-Esto no es para mí -dijo ahora, cuando Elsita había terminado.

La niña sufrió un gran desengaño.

-¿Pero por qué? -preguntó entristecida-, si esto es para todos los hombres, porque todos deben morir algún día y entonces es una gran alegría poder llegar allá.

El viejo volvió a sacudir la cabeza:

-No es para todos, sólo para los buenos.

Se quedó callado por un rato y luego comenzó de nuevo:

-Te voy a decir una cosa, mas no la podrás comprender. Cuando a un hombre le va mal y él se acuerda de que hay Dios en el cielo que podría ayudarle si lo quisiera, y Dios no le ayuda, entonces el hombre piensa que es inútil rezar y que cada cual debe arreglarse como pueda. Entonces así lo hace, y no siempre por el camino recto. Cuando luego llega el momento de morir y él hace mucho que no se acuerda de Dios, no hay que pensar que la puerta del cielo está abierta para él y que no tiene más que pasar por ella. Pero esto no lo puedes entender todavía.

Sin embargo, Elsita lo entendía muy bien. Se acordó de que su madre le había dicho a menudo que nada cuesta rezar a los que nadan en la abundancia, pues les resulta fácil percatarse de la ayuda de Dios, pero que esto en nada le aprovechaba a ella. Y también recordó que su padre solía entonces contestar con su manera melancólica: "De esta manera iremos de mal en peor, no hay que pensar así".

Los recuerdos volvieron a la niña triste y taciturna. Después de un rato se levantó y dijo que debía vigilar a la enferma, y que luego volvería para llevar de vuelta al abuelo.

Pero éste no quiso dejarla y la obligó a sentarse otra vez a su lado:

-No, no, quédate un poco más conmigo; charlemos. un ratito más, que para tu edad te sobra entendimiento. Tal vez sepas otra poesía que me gustaría escuchar; a ver si sabes recitar alguna.

Elsita dijo que conocía algunas más, pero que no sabía cuál le gustaría a él. Eran muchas las que le había ense-

ñado la tía Clarisa. Después de pensar algunos minutos, sus ojos se iluminaron:

-Ahora me acuerdo de una que tal vez venga al caso; ¿le gusta escucharme?

El viejo dijo que sí y Elsita comenzó:

Al acabarse de mi vida ya los días,
La noche cae oscura, el sol se esconde;
En las tinieblas, oh Señor, es donde
Con manos paternales Tú me gulas.
En este mi peregrinar postrero,
Tú sólo, Dios, eres luz de mis ojos:
No mires mis pecados, mis antojos.
Sino a la gracia de tu amor supremo.
Como al ladrón que oró arrepentido
Inclina tus oídos a mi ruego.

Librodot

Y se abrirán del paraiso, luego,
Las puertas al que Tú has redimido.

El viejo permaneció silencioso con los ojos fijos en las olas.

Después de un rato, Elsita dijo que era necesario volver adonde estaba la enferma. El viejo se levantó y quiso ir con ella. Mientras se acercaban lentamente a la puerta. mascullaba pensativo para su capote:

-Sí, sí. tal cual lo cantaban hace mucho, mucho tiempo, cuando todavía iba yo a la iglesia. ¿Así que lo cantan todavía como entonces? ¡Ah, si uno pudiera hallar el camino! ¿Volverás mañana, hija, y me lo recitarás otra vez?

Elsita lo prometió gustosa. Se alegraba de que él quisiera escuchar otra vez aquellas palabras, pues le demostraba que había acertado en su elección y podía hacer algún bien al viejo. Después de entrar nuevamente en la casa, no se dio tregua hasta que la enferma, los niños y la casa tuviesen cada cual lo que les hacía falta y estuviese hecho todo lo que pudiese inquietar a la madre. La niña tenía mucha pericia para hacer todos los trabajos cual la enferma no había visto nunca en una joven de esta edad. Siempre sabía tan bien como la misma madre lo que era más urgente hacer v lo despachaba con tanta prontitud, esmero y silencio que la enferma no salía de su asombro, y nunca se cansaba de darle las gracias. Elsita había pasado por una buena escuela y sabía dónde arrimar el hombro sin que se le dijese una sola palabra.

Tolf y Enrique no veían la hora en que Elsita iría con ellos a la cocina, para hacer alarde de sus habilidades de cocineros recién aprendidas. Cuando llegó la hora de despedirse, armóse poco menos que una pelea porque Lucas y Lena querían retener a Elsita con todas sus fuerzas y Tolf y Enrique no terminaban de contarle todo lo que querían. Cuando los tres niños estaban así prendidos de Elsita, y Lena que estaba en sus brazos se colgaba del cuello, entró el padre. Después de largos meses una sonrisa iluminó por primera vez su rostro y al acercarse ahora y tenderle la mano a Elsita, sus ojos la miraban con tanto amor como sólo su propio padre la había mirado.

Elsita sintió una honda felicidad en su corazón por haber podido enviar un rayo de luz al alma afligida de este hombre. Pero, el tiempo corría. Elsita salió corriendo y escuchó todavía durante largo tiempo los gritos de los niños:

-¡Vuelve, mañana, Elsita, vuelve mañana!

De esta manera, pasó un día tras otro. Elsita vivía en un mundo muy distinto del que rodeaba a los otros niños de La Rosalera. Un nuevo impulso vital parecía animarla y tal era su aspecto de felicidad en estos últimos tiempos que Fred exclamó cierta vez:

-¿Pero de qué te alegras tanto, Elsita? Pareces tan contenta como si todos los días encontraras una nueva familia de coleópteros.

La niña ya no sufría nunca más de la sensación de ser superflua en la vida. Sabía que desde la mañana temprano los cuatro niños de aquella choza comenzaban a contar las horas hasta su llegada. La madre enferma miraba

ansiosa la puerta por donde debía entrar, pues todavía tenía que seguir guardando cama y no podía trabajar. El viejo, en un rincón, esperaba que lo llevara al sol y se sentara un rato a su lado; sus versos quería escucharlos todos los días, y después Elsita debía quedarse con él para hablarle, pues no le gustaba la soledad. Y también podía notar ella cada día mejor cómo gozaba el padre por no encontrar a su regreso desorden y miseria, sino el trabajo hecho y una velada apacible por delante.

Sólo una preocupación inquietaba a Elsita: no había logrado todavía hablar con la tía Clarisa, de manera que nadie sabía nada de sus visitas cotidianas. ¿Permitiría la señora de Stanhope que las continuara? A veces, al pensarlo, la oprimía un repentino temor. Ciertamente, no estaba haciendo nada malo, pero no era tan seguro que le permitirían seguir adelante con su obra. Por otra parte, le era imposible abandonar ahora a la familia del pescador. Repetidas veces había tratado de hablar con la tía Clarisa para ponerla al tanto de todo, pero siempre hubo que postergar la conversación a causa del trajín que había en la casa en esos días. Hoy se había propuesto Elsita aprovechar algún ratito durante las horas más tranquilas de la noche. Después de la cena siguió a la tía Clarisa y le preguntó si podía decirle algo antes de que saliesen a la terraza.

Clarisa quería saber si era un asunto breve porque no tenía mucho tiempo y la señora de Stanhope deseaba que a esta hora todos estuviesen juntos, tal como ya sabía Elsita.

La niña dijo que no podía despachar el asunto en un instante, pero que tenía que comunicarle algo que era necesario que supiese.

A la tía Clarisa le pareció que el asunto no corría tanta prisa y que llamaría a Elsita a su cuarto en cuanto hallara un momento libre. De esta manera sus visitas a la choza del pescador siguieron siendo ignoradas por todos.

CAPÍTULO 5
LAS COSAS SE VAN PREPARANDO

La excursión a la ciudad de Colonia ya se había realizado. Había sido un día espléndido con el cielo de azul profundo y un sol radiante. Los niños habían hecho un viaje magnífico por el Rin y el jardín zoológico de Colonia había sido explorado en todas direcciones. Caso curioso: cuando por la noche los niños estaban en sus camas acostados, cada uno pensó lo mismo: "Estuvo muy lindo, pero: ¡qué lástima!" Las razones para pensar así eran distintas en cada caso.

Apenas habían subido al vapor, ya dijo la señora de Stanhope.

-Ahora nos sentamos todos juntos y nos quedamos aquí. Hay mucha gente en este barco y no se puede correr de un lado a otro.

Librodot

Con esto, Oscar se vio imposibilitado desde el primer momento de ir en busca de algún compatriota, entre lamultitud, para invitarlo a la fiesta de inauguración.

Emi tenía la vaga esperanza de que si por alguna casualidad que Fani acaso ignoraba, el barco detenía tal vez algún tiempo su marcha ante las ruinas, podía aprovechar la oportunidad, y para tal caso había llevado papel y lápices, a fin de estar armada si se presentaba una ocasión favorable. Cuando el vapor pasó junto a las ruinas con tal velocidad que la misma Emi ni tuvo tiempo de verlas bien, su desengaño fue grande.

Fani la miraba desanimado cómo si quisiera decir: ¿Ves, no te lo dije?

Al entrar en el hermoso jardín zoológico la señora de Stanhope dijo que en ese momento más que nunca, era menester quedarse todos juntos y no apartarse nadie del grupo ya que era fácil perderse. Todos debían mirar juntos el mismo animal y nada podía tocarse en el jardín.

Con esto comenzó un horrible martirio para Fred, el cual no cesó hasta que hubieron salido del parque. Aquí y allá se oían zumbidos en los arbustos donde, sin duda, se escondían ejércitos enteros de animalitos. Más allá se lanzaban al aire bandadas de mariposas. Aquí corría un coleóptero que lucía los más variados colores, directamente ante los ojos de Fred, y allá otro más. Ahí, ¡Dios mío!; ¡qué lagartija más grande estaba tomando el sol sobre una piedra! Y todo esto lo tenía que dejar volar, correr, zumbar y trepar, y debía pasar de largo con las manos quietas sin poder detenerse en ninguna parte, sin tocar ni agarrar bicho alguno, esto era casi más de lo que podía aguantar.

Elsita caminaba silenciosa pensando todo el tiempo:

-Ahora me están esperando todos, y no puedo ir.

A pesar de todo lo hermoso que este día había sido, se acostaron los cinco con una sensación de pesar.

Pero, a la mañana siguiente, ya todo había pasado. y los cinco salieron al jardín repletos de alegres planes para ese día.

Para Oscar, especialmente, era ésta una jornada de intensa actividad. Antes que nada tenía que conferenciar con sus amigos Fink para dar los últimos toques a los preparativos de la gran fiesta que había sido fijada para el día siguiente. Además, debía ir a buscar a Feclito a la estación, pues hoy iba a llegar. Por este motivo, se había postergado también la fiesta, pues él era otro compatriota más que podía participar en la misma. Oscar le había informado de que había a su disposición tres buenos hoteles cerca de la estación: "La Viña", "El Águila" y "La Estrella Matutina". A bastante distancia río abajo había además un edificio enorme, tan grande como la Iglesia, la escuela y seis casas más de Buchberg; este hotel se llamaba "El Príncipe Heredero" y allí se podían tomar baños en el Rin; por esto se alojaban en el hotel muchos turistas y los precios eran un tanto elevados.

Bastaban estos datos para que los padres de Feclito se decidieran al punto por el "Príncipe Heredero", aunque más no fuera, por el nombre del hotel que tan bien cuadraba a su hijo, y también por las relaciones que Feclito

Librodot

podría trabar allí, pues en un hotel de esta clase se alojaría solamente quien tuviese bastante dinero para pagarlo.

Finalmente, se sabría en seguida quién era Fortunato Bickel que podía permitirse pedir alojamiento en el hotel más caro de la región. En consecuencia, Oscar recibió el en cargo de reservar un cuarto para Feclito en el "Príncipe Heredero".

Apenas había llegado la hora en que los niños podían disponer de su tiempo libremente, Oscar salió a la carrera.

Se había hecho tan amigo de los hermanos Fink que los tres no podían pasar un día sin estar juntos y habían sellado un pacto de fraternidad que sería indisoluble y duraría por toda la vida y más allá, según el acta de fundación. Tales amigos nunca los había tenido; estando en su compañía las horas volaban como segundos porque sus intereses comunes eran miles. En sus juegos, sus planes, sus aspiraciones y proyectos para el futuro, en todo concordaban a la perfección. También hoy, antes de darse cuenta, había llegado ya la hora en que debían ir a buscar a Feclito a la estación, y los tres salieron para darle la bienvenida.

A pesar de la desbordante cordialidad con que los hermanos Fink saludaron al nuevo compatriota, no pudieron establecer contacto con él porque Feclito no tenía costumbre de tratar con personas desconocidas. Su numeroso equipaje fue llevado en ómnibus; luego los tres amigos lo acompañaron al hotel, donde se le asignó una habitación muy grande. Estaba amueblada con altos sillones de terciopelo rojo y las ventanas eran más altas que las puertas de las casas de Buchberg.

Oscar explicó, a Feclito lo que hoy quedaba todavía por hacer, para que mañana pudiese tener lugar la gran fiesta de inauguración. Era preciso preparar el hoyo para clavar el asta del estandarte y cercarlo de piedras a fin de que mañana sólo hiciera falta colocarlo sin más trabajo, lo cual no significaba sin solemnidad. Luego le comunicó quienes eran los socios que había podido localizar y que participarían en la fiesta.

Feclito lo miró por encima del hombro y dijo desdeñoso:

-¡Vaya una noble compañía la que has reunido, y todos de cantones menores!

-¿Cómo? -replicó Oscar escandalizado-; y esto lo dices tú. ¿Y quién fue el que quiso poner como epigrama: "Libertad, igualdad, fraternidad"?

-Esto lo puedo decir siempre -contestó Feclito, porfiando-, pero yo confraternizo con quien quiero y no con cualquiera, como tú.

-¡Ah, con que es así cómo lo explicas! -gritó Oscar, que estaba perdiendo los estribos-, ¿y qué entiendes tú por igualdad?

-Lo mismo que tú -devolvió Feclito-, que a mí me es igual lo que hacen los demás y que a ellos les puede ser igual lo que hago yo, porque hago lo que me da la gana.

-¡Ah, sí, ya veo!, tú eres un lindo confederado suizo -gritó Oscar fuera de sí de ira-, y de la historia de Suiza sabes menos que nada. ¿Sabes lo qué

tendrías que hacer ahora si no hubiera sido por los valientes de los cantones menores? ¡Podrías arrastrarte a los pies del sombrero que los lugartenientes del emperador hacían erigir como símbolo de supremacía y limpiar el polvo de los zapatos a los esbirros de un soberano extranjero!

En este punto intervinieron los hermanos Fink en la conversación apoyando la tesis de Oscar con tanto empeño que el tono iba subiendo cada vez más. Feclito, por su parte, vociferó a grito pelado que él conocía la historia de Suiza tan bien como ellos, y que siempre había sido el primero de la clase en la escuela. Entonces gritó Oscar más fuerte que todos ellos juntos:

-A ti vamos a enseñarte lo que es bueno cuando seamos grandes; entonces vas a ver lo qué es fraternidad e igualdad y patriotismo, porque entonces vamos a fundar una asociación para toda Suiza, los dos Fink y yo, y cada año se celebrará la fiesta de fundación donde han de participar todos los suizos de todos los cantones, y en la mesa estarán sentados por orden de cantones, según cada cual ingresó en la federación suiza; los que en aquel entonces

fueron los primeros estarán en la cabecera, y entonces verás tú quiénes son éstos.

-¡Sí, entonces vas a ver quiénes son éstos! -gritaron los hermanos Fink, por lo cual Feclito sacó de sus cuerdas vocales las últimas reservas gritando con toda su fuerza contra los de San Galo:

-¡Vosotros, por cierto que no seríais los primeros!, ¡¡vosotros no!!

En este momento un mozo del hotel vestido con gran elegancia abrió la puerta de la habitación y lanzó una mirada inquisitiva a las ventanas para ver si estaban todavía enteras; luego se plantó cortésmente delante de la puerta abierta como diciendo que juzgaba preferible presenciar el ulterior desarrollo de la función.

Oscar tuvo la feliz ocurrencia de que tal vez sería mejor bajar el tono un poquito e invitar a sus amigos a acompañarlo al lugar elegido para la fiesta. El cortés espectador que esperaba en la puerta ejercía sobre sus compañeros el mismo hechizo calmante; se quedaron repentinamente callados y siguieron a Oscar de buen grado. Oscar sacó su estandarte de La Rosalera, después de lo cual el grupo siguió la marcha.

Llegados al molino, pudieron admirar el estandarte por primera vez, como se lo merecía. ¡Qué magnífico trabajo era este ramo de rosas de los Alpes que brillaban en medio de verdes hojas! Del otro lado Elsita había cosido con mucha prolijidad una escogida hoja de fino papel en la que Oscar había escrito con letras gigantes su epigrama predilecto.

Los rayos del sol de la tarde iluminaban apacibles las verdes colinas en torno al molino; no cabía imaginar un lugar más indicado para la celebración de la fiesta. Los hermanos Fink comenzaron a cavar el hoyo; Oscar dirigió las obras, teniendo entretanto el estandarte, y Feclito se quedó mirando.

Poco antes el molinero había dado un paseo hacia su molino„ Estaba vigilando su funcionamiento por dentro, cuando escuchó unos ruidos desacostumbrados que venían desde afuera y decidió mirar lo que pasaba.

Librodot

Ante sus ojos ondeaba al viento el estandarte con la inscripción:

"¡Compañeros: de todos juremos
Defender siempre la libertad!
A los tiranos del trono arrojemos,
Las cadenas rompamos.
¡Luchad!"

Y al mismo tiempo observó cómo unos muchachos desconocidos trabajaban afanosamente para fijar el asta en el suelo.

-¡Con que éstas tenemos, y dentro de mi propiedad! -masculló entre dientes el molinero que amaba la paz y tranquilidad sobre todas las cosas-. ¡Pues a éstos ya los voy a arreglar! -y se quedó mirando desde su ventanilla a la espera de lo que sucedería.

Habiéndose comprobado que el estandarte resistía bien los embates del viento, profundamente hundida el asta en el suelo y cercada de grandes piedras, se lo sacó nuevamente; luego pusieron las piedras en el hoyo y las cubrieron con trozos de césped que anteriormente habían levantado. Todo estaba preparado: mañana sólo había que colocar la insignia y la fiesta podía comenzar.

Hacía tiempo que Oscar tenía el discurso preparado y aprendido. Ahora miró por última vez la magnífica tribuna natural que le esperaba delante del molino:

-Bueno, entonces mañana a las seis de la tarde, los otros no pueden venir antes por sus ocupaciones -dijo a los compañeros-. Lugar de reunión detrás de La Rosalera junto a los tres fresnos. De ahí se inicia la marcha con música.

Los cuatro descendieron de la colina. Abajo, en la carretera, se separaron prometiendo ser puntuales al otro día. Luego, cada cual se fue por su lado.

Desde las primeras horas de la mañana la cabeza de Emi trabajaba con máxima intensidad. Ayer, durante el regreso, había visto algo que estimuló su inventiva en alto grado. Durante el almuerzo se podía notar que la idea había madurado y estaba a punto de pasar al estado de ejecución, pues ella tragaba todos los manjares sin fijarse en lo que comía ni si le auemaba la boca. No bien se había levantado la señora de Stanhope de la mesa, deseando a los niños una tarde agradable, se deslizó Emi por la puerta, ágil y silenciosa como un hurón, y apareció en la cocina. La gorda cocinera la miró sorprendida por sobre el borde de su taza de café que estaba tomando, ya que éste era un requisito sin el cual no la hacía trabajar nadie después de comer.

-¿Pues, qué, le ocurre algo a la señorita? -preguntó con calma.

-No, no -dijo Emi-; sólo que le iba a pedir un pequeño favor: pero termine usted, primero, de tomar su café.

-Ya lo tomé. ¿Qué le sucede? -quiso saber la mujer, levantándose con la

Librodot

debida lentitud.

-Yo tengo los zapatos tan llenos de polvo, ¿sería usted tan amable de limpiármelos un poquito? -dijo Emi con tanta cortesía que uno tenía que pensar que no sabía hablar de otra manera.

-No es para tanto -dijo la cocinera mirando los zapatos, pero no obstante subió el pie de Emi en un banquillo y comenzó a pasar un trapo por el zapato.

-Después quería preguntarle algo -volvió Emi a comenzar-, ¿de dónde viene este magnífico pescado que nos dan aquí tan a menudo?

-Pues, nosotros aquí los solemos sacar del agua - gruñó la cocinera.

-Sí, sí, claro -admitió Emi-, pero me refiero a si los trae acá un pescador o si va usted misma a buscarlos.

-¡Cómo no, esto faltaba que yo tuviese que trotar primero un par de horas hasta tener el pescado en la sartén! Bien, ya tienen brillo -añadió señalando los zapatos, y dejó caer el trapo en su lugar.

-¿Son varias horas de camino hasta la casa del pescador? -preguntó Emi.

-Bueno, no hay que tomar las cosas que se dicen al pie de la letra; si la joven señorita quiere saber cuánto se tarda por el camino no tiene más que ir allá - espetóle la cocinera.

-Esto es precisamente lo que quisiera hacer. ¿Sería usted tan buena de enseñarme el camino? -preguntó Emi, agradeciendo al mismo tiempo con mucha amabilidad la limpieza de los zapatos.

-Siempre derecho por la carretera detrás de La Rosalera, y luego por la izquierda, siguiendo el sendero hasta los prados junto a los sauces; esto es todo - fue la respuesta.

Emi dióle las gracias y desapareció de la vista de la cocinera como por encanto.

-Ya me doy cuenta -murmuró la cocinera-, le gusta pescar.

Emi salió al jardín como una flecha, corriendo hacia Fani:

-¡Rápido, ven conmigo, ya lo sé todo! Ahora vamos a llevarlo a cabo -y ardiendo de entusiasmo arrastró a Fani al patio y a la carretera. Mientras caminaban juntos le contó que la noche anterior había visto allá abajo en la orilla una barca de pescador, y que luego había encontrado una manera de llegar hasta la cocinera porque ya sabía que Fani y Elsita no podían entrar así no más en la cocina. Había averiguado a la cocinera dónde se hallaba el pescador que era el propietario de la barca. Con ésta podrían bajar por el Rin y detenerse frente a las ruinas del castillo todo el tiempo que quisieran hasta que Fani hubiese terminado su dibujo. Y si no podía acabarlo de una sola vez, irían dos veces, pues el alquiler de una barquilla de éstas no podía ser muy elevado.

Fani quedó encantado de semejantes perspectivas. Pero de repente se percató de una dificultad seria:

-¿Quién se encarga de remar hasta allá? Yo no sé remar -dijo desanimado-, y el pescador no nos acompañará por tanto tiempo; esto costaría un dineral.

-Ya sé, pero yo puedo remar muy bien, verás cómo -aseguró Emi-, yo he

Librodot

remado ya con cuatro personas en el lago, y cada vez que estaba de visita en el lago hemos salido solos y sin ningún marinero, Oscar, yo y nuestros amigos de allá, y yo remaba más que nadie, a veces sola; ya verás qué bien sé hacerlo.

Fani se tranquilizó porque tenía confianza en las habilidades de su amiga.

Después de haber caminado más de la cuenta y vuelto finalmente sobre sus pasos, descubrieron el sendero que salía a la izquierda de la carretera. Por fin, divisaron allá lejos junto a las aguas el matorral y los sauces y se encaminaron hacia allí.

Ya caía la tarde, el camino les había llevado más tiempo de lo pensado y era el doble de largo que el poco conocido sendero que sólo Elsita había descubierto. Bajo los sauces todo estaba en silencio y sólo se oía desde abajo el ruido del río. Los niños se aproximaron hasta que finalmente pudieron ver el agua a través de los sauces. Allí se mecía la barca y no lejos de ahí ascendía una escasa columna de humo; debía salir de la casa del pescador.

En este momento salía un hombre de entre los matorrales, bajó a la barca y comenzó a martillarla en algunas partes. Emi se fue derecho hacia él, seguida por Fani.

-¿Es usted el pescador? -preguntóle Emi cuando habían llegado.

El hombre interrumpió su trabajo:

-Para servirle, señorita. ¿Desean pescado ustedes?

Emi le explicó que sólo deseaban alquilar su barca por unas horas para irse no lejos del lugar, un corto trecho desde la orilla.

El hombre los miró con ciertas dudas; Fani tenía aspecto de saber manejar una barca; sin embargo preguntó con suavidad:

-¿Los señores estarán acostumbrados a manejar los remos?

-Sí, sí, cómo no, ésta no es la primera vez que salimos y nos vamos a arreglar muy bien -aseguró Emi, y Fani no parecía menos seguro de sus habilidades marineras.

El pescador dijo que por ese día ya sería muy tarde, porque dentro de unas horas él mismo necesitaría la barca y antes tendría que reparar algunas cosas, pero que si los señores querían volver al día siguiente, la barca estaría bien dispuesta, no tendrían más que desatarla aunque él no estuviera entonces. Pero, les aconsejó que se quedaran cerca de la orilla y que el joven señorito podría usar la bayona donde los remos no dieran abasto, que, sin duda, ya lo sabría manejar.

Emi prometió hacer todas las cosas debidamente y pagar al pescador por la noche a su regreso. Después Emi y Fani volvieron en animadísima conversación a La Rosalera y mientras ponderaban las magníficas perspectivas que se abrían ahora a sus proyectos, llegó por el otro lado Elsita siguiendo el sendero junto a la orilla. Los tres venían del mismo lugar, pero sin saberlo. Elsita había salido de la choza cuando los otros dos ya hacía tiempo estaban caminando de vuelta.

En el jardín se encontraron y se preguntaron si la campana ya había

Librodot

tocado a cenar. En este momento sonó y juntos subieron por la escalera sin molestarse mutuamente con preguntas indiscretas, pues cada cual estaba contento con que no se le preguntara más de lo que deseaba contar.

CAPÍTULO 6
DISTURBIOS EN EL RIN

Las horas más tranquilas que solían pasar los habitantes de La Rosalera eran las de la mañana, dedicadas a escribir cartas y hacer una parte de los deberes.

Pero hoy parecía que en todos los ánimos hervía cierta inquietud. Fani y Emi no lograban mantenerse quietos en sus asientos. El primero revisaba por centésima vez todos sus papeles como si no pudiese arribar a una decisión sobre lo que en definitiva necesitaría; la segunda le hacía toda clase de señas a través de la mesa y por lo que se veía, precisaba para el estudio de los verbos irregulares franceses una enorme cantidad de lápices, pues, estaba sacando la punta a seis, uno tras otro. Oscar estaba escribiendo, así decía, su composición sobre las vacaciones; pero más bien aparentaba estar escribiendo un drama, estudiando al mismo tiempo los gestos que correspondían a cada papel, pues, a cada momento echaba la cabeza hacia atrás y miraba con tal entusiasmo su tintero y todos los otros que había en la mesa, como si los tuviese que exhortar a nobles e inauditas hazañas. La tía Clarisa solía hacer sus labores a estas horas en la misma habitación, a fin de mantener el orden, pero ahora vino Lina, la mucama siempre impecablemente vestida, y la llamó con muestras de gran excitación y desacostumbrado apasionamiento. Apenas había salido Clarisa, cuando Oscar dijo enfáticamente:

-Fani, no sea que esta tarde nadie sepa dónde te fuiste a esconder: prométeme con tu palabra de honor que estarás allí a la hora señalada; a las seis menos cuarto junto a los tres fresnos. A las seis en punto se inicia la marcha al lugar de la asamblea. ¡Promételo!

Fani miró a Emi.

-Claro, Fani -dijo ésta-, puedes prometerlo tranquilamente, para entonces estaremos de regreso. Sabes, Oscar, tenemos que ir antes a alguna parte, pero estaremos de vuelta para esa hora si salimos corriendo a las dos.

-¡Idos a donde queráis, pero promételo, Fani!

Fani prometió solemnemente estar cerca de las seis en los tres fresnos.

--¡Y tú también, Fred, promete que vendrás, no sobran asistentes!

Pero con Fred las cosas no eran tan fáciles de arreglar. Dijo que posiblemente vendría, pero que si ocupaciones más importantes lo detuviesen, no podría cumplir con la promesa, por lo cual no deseaba comprometerse.

Oscar se enojó y quiso salir con la suya; pero Fred era testarudo y resistió

impertérrito. Emi y Fani, por su parte, celebraban la ocasión de abandonar sus ocupaciones aparentes para participar en la discusión tan importante.

Afuera estaba Lina enrojecida de despecho y escandalizada a más no poder, declarando que bajo tales condiciones no permanecería ya en esa casa, pues, las cosas que pasaban no las podría creer nadie que no las hubiese visto con sus propios ojos, y que semejante barbaridad no le había sucedido en toda su vida.

-Bueno, a ver si se explica de una vez con claridad -interrumpió Clarisa el torrente de palabras que hablaban de horrores nunca vistos pero completamente indeterminados, de suerte que Clarisa no llegaba a hacerse ni la más remota idea de qué se trataba al fin de cuentas. Pero la indignación de Lina seguía aumentando.

-Ya lo he notado algunas veces -continuó-, pero creía que venía de las ventanas abiertas; pero hoy, recién ahora... ¡oh, si lo hubiera visto usted! Abro para limpiar el cajón del lavabo del señorito más joven y, ¡ah, pero qué cosa! ¿Qué cree usted que me salta encima? Pues, aunque no lo crea, una rana, señorita Clarisa, una rana, pero viva, sabe, así: ¡¡¡Hhhuuuuhhh!!! -Lina reproducía su impresión ante la rana que había hallado-, pues, yo abro el otro cajón y me sale al encuentro toda una serie de arañas vivas. ¡¡¡Hhhuuuuhhh!!! Pues, yo descargo un golpe

con el plumero y las arañas se escapan a todos los rincones del cuarto. Entonces veo que está puesta la llave en el cajón del escritorio y pienso que acaso también allí podría haber penetrado alguna sabandija de ésas, ¡qué diría la señora de Stanhope, imagínese usted!, y voy abriendo un cajón tras otro, ¡Ooh! iiAaahhh!! Qué quiere que le diga: no encuentro palabras, qué horrible, ¡qué cosa! Moluscos, bichos, orugas, todo vivo todo andando, reptando y moviéndose, ¡qué porquería, que suciedad, qué horror! Naturalmente yo he vaciado, tirado y limpiado y pasado el trapo por donde podía, pero ¿qué voy a hacer con las manchas, y la suciedad pegajosa que está por todas partes? Y pensar que muchos de esos bichos se han refugiado en todos los rincones y pueden meterse en los vestidos y en el cabello y por todos lados, ¡¡¡Hhhuuuuhhhh!!! ¡Qué espanto! Y pensar que lo hizo a propósito el joven señorito inútil, seguramente para espantar a quienes vengan a abrir los cajones, ¡pero habráse visto! Lo que es yo, señorita Clarisa...

-¡No, no, Lina, no es así! -logró decir finalmente Clarisa-, venga usted conmigo, vamos a subir juntas a ver lo que se puede hacer. Estoy segura de que el muchacho no quiso asustar a nadie; sólo me temo que quiso guardar ciertas cosas en un lugar inapropiado, vamos a verlo.

Clarisa se encontró ante un cuadro realmente terrible en el cuarto de Fred. Los cajones de todos los muebles se hallaban salidos y se los veía cubiertos en todas partes de manchas de todos los tamaños y colores que los habitantes desalojados habían dejado como cariñoso recuerdo de su estadía. El piso estaba sembrado de coleópteros aplastados y los restos horripilantes de arañas y orugas. En las ventanas colgaba aquí y allá un ala desprendida

de alguna mariposa o una pata aislada de algún bicho que durante la guerra de exterminio se había refugiado allí. Clarisa contemplaba las ruinas moviendo la cabeza con desaprobación:

-Llame al muchacho acá, pero echemos tierra sobre el asunto. ¿Me comprende, Lina? Podemos limpiar y arreglar todo esto sin que la señora de Stanhope tenga que inquietarse por ello.

Lina murmuraba algo entre dientes y bajó para avisar a Fred.

Cuando éste entró en su pieza y abarcó con una mirada los cajones vacíos, los animalitos aplastados en el piso y los restos en las ventanas, se puso blanco como una sábana quedándose inmóvil en la puerta.

-Mira, amigo -dijo Clarisa con bondad-, no es cuestión de asustarse; sólo quería avisarte de que no puedes alojar animales vivos en estos cajones; primero porque lo ensucian todo, y luego, porque aquí dentro tendrían que perecer a la larga. Será mejor que los mires afuera donde viven en libertad.

-¡Oh, mi colección, toda mi colección! -bulbuceaba Fred.

-No es así como se puede hacer una colección. Pero no te aflijas, más tarde vamos a hablar sobre el asunto -consolóle Clarisa-, que no te han de faltar otros ejemplares. Por el momento es menester hacer aquí una limpieza a fondo, como puedes ver, y estoy segura de que no querrás causarnos otra vez tal molestia.

Fred lanzó una última mirada en aquel cajoncito que había contenido su mayor tesoro: la rarísima mariposa Oleandra, y luego en otro donde se habían alojado dos coleópteros gigantes: todo estaba vacío, muerto, aniquilado. Fred salió de su habitación sin decir una palabra. No se sintió con fuerzas de volver con sus compañeros y tener que responder a sus preguntas. Corrió al jardín, hasta los tilos. Allí todo estaba lleno de recuerdos de tantos ejempiares magníficos que ahora estaban allá arriba en el suelo. Recostóse sobre el césped y confió su desesperación a la madre tierra. A la tarde. cuando los demás salieron saltando al sol, se sentó en un rincón de la habitación y escribió la siguiente carta:

"¡Querida tía:

"Cuando leas lo que ahora te voy a escribir, tienes que llorar. ¡Todo está acabado, la colección se terminó, ha sido asesinada vilmente con un plumero, aplastada, despedazada, echada por la ventana, tirada a la basura, y toda esto por una mucama! Como no disponía de cajas tuve que

guardar los ejemplares, naturalmente, en alguna parte, y en mi escritorio había una cantidad de cajoncitos como hechos para tal propósito. Entonces vino la sirvienta que no entiende evidentemente de tan raros ejemplares, y barrió con la escoba toda la valiosa colección. ¡Qué terrible! He seguido al pie de la letra tus

instrucciones y no llevé nunca ni la más pequeña ranita en el bolsillo, y éste es ahora el resultado. No quiero ahora describirte con detalle qué ejemplares había coleccionado, porque sufriría recordándolo. ¡Oh, los dos coleópteros gigantes con élitros rojos, el vientre violáceo-azul y brillantes como piedras preciosas! ¡Y mi mariposa Oleandra! Un ejemplar tan raro. Y la más hermosa de las orugas; sabes, tía, marrón con fajas amarillas y manchas azules, completamente aplastada en el piso. ¡Oh, no puedo ya hablar más de esto, cuanto más uno lo piensa, más triste es el asunto! Pero, una cosa tengo que decirte: se puede llamar tía a una persona, pero no por esto es tía de verdad. Desde el primer día le aconsejé siempre a Fani: "vete a pedírselo a la tía Clarisa", pero me contestó cien veces: "No se puede". Yo lo comprendí y no quise instigarle y me callé la boca. Pero, ahí ves la diferencia entre una tía fabricada y una que lo es por naturaleza. No hay nada en el mundo que no se te pueda pedir a ti pues si no lo puedes hacer, dices que no, y uno sabe a qué atenerse. Pero, no por esto hay que dejar de pedirlo, y además siempre vienen cosas nuevas, y tú lo comprendes todo tan bien y sabes que uno volverá a pedirlo. Y por esto me sobrevino toda esta desgracia, porque yo le dije a Fani que pidiera a la tía Clarisa que me diera diez o, mejor, veinte cajas viejas para guardar mi colección y él dijo que no se podía pedir tantas cosas a la vez, y que no se debía pedir cosas constantemente. Que guardara mis bichos envolviéndolos en papel. ¡Imagínate esto: envolver en papel animales vivos! Pero Fani no entiende nada de estas cosas. Ahora deseo sólo, querida tía, que escribas en la próxima carta que ya es tiempo de volver a casa. Ya han pasado cuatro semanas y esto basta para estar fuera de casa, porque allí uno está mejor que en ningún otro lugar y todo es más lindo y más seguro, y uno tiene sus cajas y lo que se necesita para vivir en

esta tierra, y todo está en su lugar y no tan expuesto a peligros. Y cuando pasa algo, uno sabe que puede acudir a ti, y todo queda arreglado. ¡Oh, si escribieras pronto que el sábado nos tenemos que ir para estar el domingo ya

en casa! ¡Qué lindo sería!

"Adiós, querida tía. Te saluda tu fidelísimo sobrino

Fred."

Caía la tarde soleada y hermosa. Tal como lo habían convenido, se encontraron bajo los tres fresnos detrás de La Rosalera los hermanos Fink, el aprendiz de panadero de Lucerna, el aprendiz de zapatero de Uri, el mandadero de Schwyz que trabajaba en un hotel, y por último, Feclito. Oscar estaba en medio de ellos con su estandarte y miraba preocupado en todas direcciones, porque ya eran casi las seis y todavía faltaban Fani y Fred. Tocaron las seis, se esperó cinco o diez minutos más, pero los dos no aparecieron.

Oscar comprendió que era inútil esperar más. Fred no quería venir, de esto ya se había dado cuenta por la mañana; ¿pero Fani? Al pensar en él, Oscar crispó el puño y dijo lleno de ira:

-¡Oh,. esta Emi, qué Xantipa!

Originalmente había planeado iniciar la marcha con tambores, pitos, flautas y el acordeón, tocando una sonora y marcial música festiva. Pero después reflexionó y renunció a este proyecto, primero, porque pensaba que debía seguir en esto los consejos de su papá de tener cuidado en tierra extraña y hacer todas las cosas calladamente y sin ruido, y luego porque no había podido hallar ningún tambor y Feclito no quería tocar la flauta. Pero ahora ya era la hora, el grupo se alineó y abrió la marcha. A la cabeza iba el de Lucerna que sabía tocar el acordeón y había elegido melodías suaves. Después los otros, de dos en dos, y en medio Oscar que llevaba en alto el estandarte. Llegados al molino, se clavó el asta en el suelo, pues todo estaba preparado, y ahora ondeaba al viento por sobre la colina y todo el paisaje. Oscar se paró a su lado, mientras los compañeros se acomodaron en semicírculo.

Con voz alta y solemne comenzó diciendo el orador de la fiesta:

-¡Amigos y hermanos!

-¿Qué significa esto, qué reuniones subversivas son éstas? -tronó de repente una voz estentórea a sus espaldas.

Los asistentes a la fiesta pegaron un salto. Oscar miró hacia atrás. Dos hombres altos y forzudos, uniformados, estaban directamente detrás de él y le miraban con ojos amenazantes. Con la velocidad del rayo Oscar se dio vuelta, pegó un salto larguísimo colina abajo y corrió a campo traviesa como una liebre acosada por los perros; tras él venían los hermanos Fink que parecían no tocar el suelo. Por el otro lado corrían el de Lucerna seguido por el de Schwyz, el cual tropezó sobre el primero, desapareciendo ambos en una zanja. Sólo Feclito afrontó los acontecimientos. Sabía quién era, Feclito, el hijo del señor Bickel, y la gente se cuidaría muy bien de ponerle las manos encima. Sabía, además, que no tenía vocación de corredor y la repentina aparición de estos hombres marciales le había paralizado las piernas. Pero no deseaba quedarse solo, por lo cual había agarrado al de Uri a quien sujetaba con mano férrea.

Uno de los dos hombres se acercó y ordenó ásperamente:

-¡Vosotros venís a la comisaría; allí podréis explicar lo que os proponíais y lo que significa todo esto!

El de Uri se agachaba como si quisiera desaparecer bajo tierra. Feclito entre rabioso y asustado replicó:

-No hemos hecho nada. No tenemos la culpa. Todo es cosa de Oscar.

-¡Esto no nos importa! -rugió ferozmente el barbudo policía-; vosotros venís, y basta -luego se volvió a su compañero y habló con él en voz baja.

Feclito se había vuelto blanco como la nieve:

-¿Oíste? Nos quieren matar -dijo, agarrándose con más fuerza todavía del de Uri.

-¡Escapémonos! -jadeó éste con voz ahogada.

Feclito miró de soslayo a los dos hombres que estaban absortos en una conversación con el molinero. Saltó del suelo y el terror pánico redobló sus fuerzas. Fuera de sí, con el cabello erizado, se precipitó por la pendiente seguido por el federado de Uri. Ninguno de los dos volvió la cabeza para ver a los perseguidores que creían sentir ya pisándoles los talones. Adelante, adelante, a cualquier precio; corrían por su vida, separándose finalmente, cada cual en una dirección, hasta haber desaparecido. Nadie los persiguió.

Oscar llegó jadeante a La Rosalera. A grandes saltos subió por la escalera, sacó violentamente los útiles de escribir del armario, dejóse caer sobre el sillón que estaba delante de la mesa y escribió jadeando todavía:

"¡Querida tía:

"Tengo que pedirte que me ayudes. Ha sucedido algo que podría tener consecuencias muy desagradables y sólo tú puedes sacarme del atolladero, pues seguramente sabes lo que hay que hacer. Yo quería realmente obedecer y hacer lo que papá me había mandado no organizando na- da que pudiese llamar la atención y, sobre todo, no haciendo ruido. Elegí finalmente el epigrama más lindo para el '? estandarte, estarás seguramente de acuerdo, porque tú sólo habías dicho que no tenemos tiranos pero que donde hubiese tales, el epigrama sería hermoso. No puedo describirte con detalle todo lo que pasó, pero es el hecho que en una reunión completamente legal e inocente nos asaltaron. Logramos huir, pero se me ocurre que tal vez nos 1 persigan, y si mi nombre saliera a luz, posiblemente escriban de los tribunales a papá, y entonces se armaría un lío ' tremendo. ¿Verdad, querida tía, que me vas a defender, y si llegara una carta de este tenor, te la guardas en seguida, porque tú ves al cartero siempre primero, y

lees tú sola la carta y la contestas? ¿Verdad, querida tía? Tú sabes mejor que nadie cómo explicar a esos señores que no queríamos hacer nada malo y que sólo íbamos a celebrar una fiesta entre suizos. Te ruego de todo corazón que me ayudes para que no se origine un asunto de terribles pro- ' porciones. Lo mejor de todo sería si escribieras ya mañana mismo que debemos volver a casa y que ya hemos estado ausentes bastante tiempo. Papá y mamá están seguramente conformes con que volvamos pronto, porque aquí uno no hace tan bien los deberes, y también todas las otras cosas son mucho más fáciles en casa, y se tiene más seguridad en todo, también en las diversiones. Te ruego, pues, nuevamente, escribirnos que debemos volver lo antes posible, y también te ruego, querida tía, que me libres de este terrible temor.

"Recibe los más cariñosos saludos de tu sobrino
Oscar."

Apresuradamente dobló la hoja, cerró el sobre, escribió la dirección y se fue a la carrera a la sucursal de correo que estaba a bastante distancia de La Rosalera. Tenía que darse prisa, porque faltaba poco para la hora de la cena. Cuando venía corriendo de vuelta y quiso entrar al patio de La Rosalera, se echó atrás: delante de la puerta estaba esperando un guardián uniformado, que llevaba el estandarte abandonado en el lugar del siniestro. Le abrieron la puerta y entró. El corazón de Oscar palpitaba violentamente cuando se escondió detrás de una de las grandes encinas. ¡Ahora se armaba la trifulca! La señora de Stanhope se enteraría de todo, y ¡qué no le diría después! Pero ¿y si el policía había venido para detenerlo y encarcelarlo? ¿Acaso no era lícito cavar un hoyo en la propiedad del molinero si allí no crecía más que pasto? ¡Ojalá hubiera seguido el consejo de su papá de no meterse en aventuras en tierra ajena! Así se sucedían las ideas una a otra en la cabeza de Oscar mientras su corazón palpitaba como enloquecido y su miedo crecía a medida que el policía permanecía dentro de la casa.

Clarisa acababa en ese momento de hacer desaparecer los restos de la muerte y destrucción en el cuarto de Fred, con gran trabajo y paciencia y la ayuda a desgano de la amohinada Lina, cuando el timbre de la casa sonó con insistencia desacostumbrada. Era un policía con un estandarte. Otra novedad nunca vista en esa casa. ¿Qué habría pasado ahora? Con espanto reconoció el estandarte de Oscar y la inscripción bien legible a mucha distancia. Clarisa miró de soslayo las diversas puertas, no fuera que por una de ellas saliese ahora la señora de Stanhope. Luego preguntó al portador de la insignia qué deseaba.

El policía le informó de que se había averiguado la procedencia del

estandarte y también que el uso que del mismo se había hecho no era más que un juego de muchachos. A causa del epigrama que figuraba en el estandarte, el molinero había creído que se trataba de otra cosa por lo cual había formulado una denuncia a la policía por tentativa de subversión del orden público en una reunión de revolucionarios. La policía exhortaba a la señora de Stanhope a que vigilara que los niños alojados en su propiedad realizasen esta clase de juegos dentro de los límites del jardín.

Clarisa lanzó otra mirada temerosa a las puertas que llevaban a las dependencias de la señora de Stanhope. Después aseguró al agente que se tendría en adelante el debido cuidado, le entregó una buena propina por el trabajo que se había tomado y llevó a toda prisa el estandarte escalera arriba, enrollando el paño alrededor del asta, no fuera que la señora de Stanhope leyera la inscripción, ya que no era amiga de semejantes rimas sanguinarias. En ese momento, llamaron para la cena. Clarisa respiró hondo porque el cuerpo del delito había felizmente desaparecido a tiempo y todo había pasado inadvertido. No deseaba que los acontecimientos inquietantes que hoy venían uno tras otro, llegasen a conocimiento de la señora que no estaba acostumbrada a estas cosas y tal vez no las hubiera tolerado. Mas ahora, gracias a Dios se había podido evitar todo inconveniente y Clarisa bajó con un suspiro de alivio al comedor.

Mansos y silenciosos como nunca entraron Oscar y Fred, se sentaron en sus asientos y quedaron con las cabezas gachas como dos jacintos después de una helada nocturna.

Elsita estaba sentada al lado de Fred con las mejillas encendidas, porque hoy había tenido que correr mucho para llegar a tiempo. También ella se inclinó profundamente sobre su plato para que no se notaran los colores de su cara. Emi y Fani no habían venido.

La señora de Stanhope miraba en silencio unas veces los asientos vacíos, otras veces a los niños presentes.

Clarisa estaba escuchando si se acercaban pasos, pero no venía nadie.

-Me gusta dar a los niños toda clase de libertades a su debido tiempo, pero el orden de la casa no se debe alterar -dijo ahora la señora de Stanhope en tono severo-. Hasta ahora Fani nunca se permitió semejantes extravagancias; quisiera saber cómo se le ocurrió hoy cometer tamaña informalidad - la señora, al decir esto, miraba significativamente a los dos hermanos, pero se encontró con dos caras tan compungidas que no dijo nada más, suponiendo que la ausencia inexplicable de la hermana era la causa de una expresión tan entristecida.

La cena comenzó y terminó sin que Fani y Emi hubiesen aparecido. La señora de Stanhope levantó la mesa para salir como de costumbre a la terraza acompañada de los demás. Estaba anocheciendo. Hasta entonces Clarisa había pensado que los niños se hubiesen atrasado en alguna parte por ligereza; mas ahora comenzó a sentir miedo: ¿no les habría ocurrido alguna desgracia? La oscuridad cubría ya el paisaje y todavía no habían llegado.

Librodot

Finalmente no aguantó más. -Señora -dijo-, usted me permitirá, sin duda, que mande a alguna gente en busca de los niños, no me puedo librar del temor de que algo malo les podría haber sucedido.

-¿A dónde mandar a la gente si no se sabe nada de lo que esta tarde hicieron? -replicó la señora bastante disgustada-; en verdad que es un asunto muy desagradable; Fani nunca me hizo nada semejante. ¡Voy a salir con usted! -y diciendo esto se levantó y salió por un largo pasillo al patio, seguida por Clarisa y los niños.

Afuera estaban los otros habitantes de la casa, el criado, el cochero, la mucama y la cocinera en agradable tertulia. Tenían que comentar la ausencia de los dos jóvenes, sus probables motivos y la supuesta indignación de la señora de Stanhope con las consecuencias que se dejaban prever. Al aparecer de repente la señora, los congregados quisieron disolver la reunión a toda prisa, mas ella no lo permitió. En cambio mandó que el criado y el cochero saliesen de inmediato para preguntar por los alrededores si se había visto a los desaparecidos, puesto que se ignoraba en qué dirección podrían haberse dirigido. Entonces Lina, la mucama, se acercó y dijo que la cocinera podría informar sobre ello y que la joven señorita había salido, sin duda, a pescar, ya que los señoritos jóvenes iban detrás de cualquier animal, por horrible que fuese -y al decir esto lanzó de reojo una mirada sobre Fred como fulminándolo, porque todavía no se había olvidado del trabajo que él le había ocasionado por la mañana.

-¡Por Dios! -exclamó Clarisa sobresaltada-; si los niños salieron al río, puede haber ocurrido algo terrible. Si uno tan sólo supiera qué dirección habrán tomado.

En este punto intervino la cocinera informando que había tenido que describirle a la joven señorita el camino hasta la casa del pescador que solía traer los pescados, y que seguramente era hacia allí donde debía orientarse la investigación.

Clarisa se puso de inmediato en marcha y ordenó que la acompañasen el criado y el cochero que sabían bien el camino.

Ahora le tocó a Elsita el turno de asustarse mucho más que a todos los otros juntos, porque temía que al presentarse la tía Clarisa en casa del pescador, saldría a luz todo cuanto debía haber contado ella hacía tanto tiempo. Con las cotidianas visitas y la intimidad siempre mayor con la familia del pescador y todas las penurias y necesidades que sufrían, Elsita había acabado por ocuparse de todos los trabajos de la casa. Poco a poco la niña se dio cuenta de que la señora de Stanhope nunca daría su consentimiento a tal exceso de trabajo, y ahora corrió terriblemente angustiada detrás de Clarisa que se estaba alejando apresuradamente, rogándole:

-Oh, permítame ir con usted, tía Clarisa, le quisiera contar lo que deseaba decirle ya hace tanto tiempo y en el camino podría hacerlo muy bien.

-Pero qué ocurrencia, hijita, ¿quién tiene ahora tiempo y sosiego para contar y escuchar cosas? -replicó Clarisa rechazándola apurada-; vuélvete en

Librodot

seguida, querida, ¡qué dirá la señora de Stanhope de que te hayas escapado de esta manera!

La señora no dijo nada cuando Elsita volvió toda abatida y cabizbaja, porque suponía que el miedo de que a Fani le hubiese ocurrido una desgracia la había movido a salir, pero de todos modos juzgó más seguro que todos los niños se fueran en seguida a acostar, no fuera que se perdiera todavía otro más, ahora que estaba a solas con ellos. Dondequiera que estuviesen Fani y Emi, los otros tres no podían contribuir en nada a hallarlos. Callados y tristes se fueron los niños cada cual a su pieza, llevando consigo su aflicción personal. Pero mientras Oscar y Fred, no bien habían recostado la cabeza en la almohada, cayeron en un sueño profundo, Elsita estaba sentada con los ojos abiertos en el borde de su cama, porque sentía crecer su pena más y más, lo que le impidió conciliar el sueño. Ciertamente que desde el principio no había querido hacer nada malo, pero, no obstante ello, había seguido yendo a esa casa sin permiso y haciendo lo que tal vez la señora de Stanhope no quería que hiciese. Esto no estaba bien, pero por otra parte no podía abandonar a esa pobre gente, y menos ahora cuando la madre se había levantado por primera vez y le había dicho que ella era su único consuelo y que sin su ayuda no sabría cómo seguir adelante hasta que alguna vez le volvieran las fuerzas. Y hoy mismo acaso se descubriría todo y la señora de Stanhope tal vez le prohibiría volver jamás a pisar la casa del pescador, y además se enojaría mucho porque Elsita lo había hecho por tanto tiempo sin avisarle. Y entonces quizá ya no la querría tener en su casa, y a Fani tampoco, y Elsíta tendría la culpa de todo.

Cuanto más pensaba Elsita, mayor era su angustia y pena, hasta que finalmente prorrumpió en sollozos diciendo:

-¡Oh, no sé cómo arreglarme; si tan sólo supiera qué hacer!

De golpe se acordó Elsita de que la tía Clarisa le había dicho cierta vez que todos los hombres podían contar al buen Dios todas las cosas que los afligían, y que El les podía ayudar siempre en todas partes, también cuando todo parecía perdido, y que nunca debían dejar de pedírselo. Elsita volvió a juntar las manos. Sus oraciones de la noche ya las había rezado, pues nunca las olvidaba; pero ahora rogó, desde lo más profundo de su corazón, al buen Dios que, por favor, le ayudase en su gran apuro, para que Fani no tuviese que sufrir ningún mal por su culpa y para que no tuviese que hacer nada mas sin permiso, pero sin que por esto la pobre familia del pescador quedase abandonada. Luego, se tranquilizó y pudo acostarse a dormir, porque ahora lo había puesto todo en las manos del buen Dios y sintió que una gran paz entró en su corazón ya que no debía preocuparse más, porque Dios lo sabía ahora todo y también sabía que ella no quería hacer nada malo.

CAPÍTULO 7
EL PREMATURO FIN DE UNA EXCURSION

Después del almuerzo Emi y Fani habían salido tan precipitadamente para no perder tiempo, que los otros ni llegaron a verlos. Fani deseaba cumplir su palabra y participar en la fiesta de Oscar. Esta vez llegaron también mucho más pronto al río, porque ya conocían el camino.

La barca estaba lista y todo bien ordenado: los remos, la bayona y en el medio un banquito para sentarse. La cadena estaba floja y fue fácil desatarla, pues el pescador había cumplido con lo prometido.

Los niños saltaron alegres a la embarcación, Emi tomó los remos con habilidad y dejó la orilla. Sabía muy bien manejar los remos y dirigir la barca en todas las direcciones a su voluntad, porque muchas veces había remado con su amiga que vivía junto al lago, hasta en días de viento y con el agua picada, que era cuando más le gustaba.

Fani se acomodó a gusto y dijo:

-Cuando necesites ayuda no tienes más que avisarme; eso sí: te aviso que no sé remar como tú.

-Ni hace falta -dijo Emi muy animada y remando valientemente. Pero había pasado por alto dos cosas: la primera, que una barca de pescador es mucho más pesada y difícil de manejar que un botecito en un lago, y segunda que las olas del Rin la empujaban con gran fuerza río abajo, como nunca lo hacían las olas del lago, aunque aquí y allá había alguna vez una leve corriente. Emi luchaba con todas sus fuerzas contra las aguas turbulentas y se empecinaba en sacar la barca hasta un lugar desde donde se podrían ver bien las ruinas del castillo. Cómo anclaría luego en medio del río, ya lo había pensado.

-¡Toma la bayona, Fani! -gritó ahora con cierto apremio a causa de la violencia de las olas que crecía con cada centímetro que se alejaba de la orilla.

-Mira, Fani, así, tienes que afirmarla bien en el fondo y empujar entonces el bote -dijo Emi mostrándole prácticamente cómo debía hacerlo a la vez que trabajaba con toda energía por adelantar la barca en la misma dirección. Las cosas fueron bien por un corto trecho.

-¡Más, Fani, más! -gritó Emi de nuevo.

Él se esforzaba cuanto podía.

-Estamos bajando demasiado, apoya la bayona de manera que no seamos llevados río abajo, y yo voy a remar hacia el medio del río. Mira, ahí están las ruinas, Fani, sólo un poquito más, y puedes comenzar a dibujar.

Fani se aferró con todas sus fuerzas a la bayona para clavarla, luego, más adelante; otra vez habían avanzado un poco. De repente lanzó un grito:

-¡Oh, oh! ¡Nos arrastra! -porque las aguas enfurecidas le arrebataron la

bayona de las manos como si fuera una paja.

-¡Pronto, toma un remo, que yo tomo el otro, vamos a volver a la orilla, pronto, Fani!

Pero no había terminado de hablar cuando ya el río le había arrancado los remos de las manos, quedando la barca a la deriva.

-¡Oh, qué hacemos, qué hacemos ahora! -gritó Emi espantada- ¡nadie nos ve y el bote puede volcar!

Las olas se habían apoderado de la frágil embarcación como si fuera una cáscara de nuez y comenzó un viaje que más se parecía a una carrera infernal en medio de las aguas agitadas y el fragor y la espuma de un río salvaje. Con una palidez cadavérica estaban sentados los dos excursionistas en el bote. Fani no podía hablar porque el pánico le estrechaba la garganta.

-¡Oh, Fani, estamos perdidos!, ¿quién podrá ayudarnos? -gritó Emi otra vez-, ¡recemos! Oh. ¿por qué no habré rezado nunca desde que estoy en La Rosalera?. siempre me olvidé. Mamá no venía de noche a rezar conmigo

junto a la cama; pero me dijo que lo hiciera, y yo nunca lo hice. Oh, ¡si el buen Dios no me escucha ahora por esto! ¡Vamos, Fani, reza conmigo!, ¿no rezas todos los días?

-No, yo pensaba siempre que Elsita lo hace por los dos -respondió Fani con la voz entrecortada.

-Esto no vale, no vale, tienes que hacerlo tú mismo, que si no, dice el buen Dios: "A éste no lo conozco", cuando Elsita quiere rezar por ti. Yo sé que es así, mamá me lo explicó. Ojalá no me hubiera olvidado aquí, todos los días, del buen Dios, ¿qué hago si ahora Él me quiere castigar?

Emi se quedó de repente en silencio y dirigió sus ojos con suprema angustia al cielo rogando desde lo más íntimo del corazón que el buen Dios le perdonara y no la olvidara en ese momento tan peligroso, y que los salvara a los dos de estas terribles aguas.

-¡Un vapor, un vapor! ¡Nos va a atropellar! -gritó Fani ahora con renovado terror, el cual era por desgracia demasiado fundado.

Con tremenda velocidad se aproximaba el enorme vapor; pocos minutos más y la diminuta embarcación habría volcado en las olas enormes que levantaba y desaparecido debajo de aquella mole de hierro.

En la cúspide del pánico Emi comenzó a gritar como nunca en su vida había gritado. También a Fani le había vuelto la voz por que gritaba cuanto le daban los pulmones. Allí estaba ya el temible vapor, cerca, más cerca aún, ahora les venía encima, la barca volcó...

En ese momento un musculoso brazo agarró a Emi y la lanzó arriba, luego otro la recogió de nuevo: estaba parada sobre sus pies, en cubierta. En el mismo instante, vino también Fani volando por los aires y fue recibido por las manos de un forzudo marinero.

Ahí estaban ahora los dos amantes de las musas, temblando de frío y con un terrible susto, chorreando agua por todas partes y empapados hasta los huesos. Todos los pasajeros acudieron curiosos para mirar a los nuevos vi-

sitantes, desde todos los ángulos.

De repente, apareció un hombre alto de barba negra y ojos chispeantes de ira, que era el capitán.

-¡Qué locura es ésta! -tronó con voz estentórea-, ¿acaso el vapor tiene que cuidarse de no rozar a cualquier miserable barquichuelo? ¿Y quién tendría ahora la culpa si todo se hubiera perdido?

Pero cuando se fijó bien en las dos tristes figuras que temblaban delante de él, lo que hasta entonces no había hecho por indignación y despecho, y vio que una palidez mortal los había invadido, su voz se suavizó:

-¡Llévalos abajo y dales un trago caliente después del susto! -ordenó a un miembro de la tripulación que estaba allí.

Emi y Fani estaban infinitamente agradecidos por podes escaparse de todas estas miradas curiosas. Abajo, en la cabina, bebieron obedientes el contenido casi hirviente de un vaso que se les ofrecía, aunque les ardía como fuego en la garganta. Sentarse no podían pues estaban demasiado mojados.

Después de un rato bajó también el capitán y quiso saber de dónde venían y a dónde habían querido ir con esa vieja caja de cigarros, como llamó a la barca del pescador.

Fani le informó, conforme a la verdad, sobre el fin de su excursión, y como ésta se había desarrollado de muy diferente manera de lo que habían previsto.

Durante el relato no pudo el capitán dejar de tener alguna que otra sonrisa, y después de saberlo todo dijo amablemente que debían tratar de secarse como pudiesen; que en Colonia atracaría, y allí hallarían tren para volver en seguida. En agradecimiento de sus molestias la señora de Stanhope le podría invitar a su viña para la próxima vendimia.

De nuevo llegaron, pues, a Colonia, pero en muy distinta forma. que la primera vez.

Como despedida, el capitán les aconsejó que las futuras excursiones con fines artísticos las hicieran por tierra y no por agua, pues el suelo ofrecía mayor seguridad...

La noche caía ya cuando los dos corrían todavía de una calle a otra, pues, a pesar de preguntar a todo el mundo, no habían logrado dar con la estación del ferrocarril.

Pasaron de calles iluminadas a otras oscurísimas, y de las oscuras volvieron a las iluminadas para después de un tiempo encontrarse en el punto de partida, donde habían bajado del vapor. No sabían ya qué hacer y las horas avanzaban más y más. ¿Qué hacer si no alcanzaban el último tren? Ir a pie era imposible de noche y tan lejos; el otro día habían tardado casi dos horas en vapor para llegar de La Rosalera hasta Colonia. ¿Qué sería entonces de ellos en una ciudad desconocida? Un nuevo temor se apoderó de ellos y los impulsó a correr desesperadamente. En el preciso momento en que desembocaron de nuevo en una calleja estrecha y oscura, se encontraron con un policía que les preguntó qué hacían en ese barrio. Le explicaron su triste

Librodot

situación. Los dos rostros atemorizados parecían haber despertado la compasión del agente; emprendió el camino con ellos y los llevó hasta la estación por infinidad de calles y callecitas en un viaje que les pareció interminable. Allí se les informó que el último tren acababa de partir y que recién después de dos horas habría otro. Dos horas todavía y ya era noche oscura. Los niños se sentaron en un banco delante de la estación. No era nada agradable estarse allí con los vestidos empapados, pero nadie se quejó, porque tenían problemas mucho más serios por delante.

-Tengo un miedo terrible, Emi -dijo Fani ahora con un profundo suspiro.

-Yo también, pero no sé por qué -contestó Emi.

-Yo, sí -quejóse Fani-, ahora estoy completamente seguro de que la señora de Stanhope nos mandará de vuelta a casa. La pobre Elsita también tendrá que sufrir por ello, esto lo veo claro, porque sola no podrá quedarse allí. Ya lo verás, nos mandará de vuelta.

-Oh, ¡qué espantoso! -lamentábase Emi y veía ahora con más claridad qué era lo que le causaba tanto miedo. Lamentaba todo este asunto que había causado ya tantas desgracias y podía producir otras mayores todavía.

-Pero la señora de Stanhope es tan buena, quizá no lo tome tan a mal como tú piensas -dijo Emi con un rayo de esperanza.

Fani movió la cabeza negando; estaba muy abatido:

-Tú no sabes cómo es esto -aseguróle con voz oprimida por el miedo- mira, la señora Stanhope es la mayor bienhechora que cabe imaginar; pero no tolera que desobedezcamos lo que nos ha mandado, y el primer mandamiento es que no alteremos el orden de la casa, el cual ya está muy alterado. Seguro que no llegaremos a La Rosalera antes de las doce, imagínate, a medianoche. Tal vez va nos estén buscando por todas partes. ¡Ay, la que nos espera! Tendremos que volver a casa, y lo de dibujar y pintar se acabó para toda la vida; entonces ¡todo está perdido! -Fani estaba desesperado como nunca.

Emi pensó que él debía conocer a la señora de Stanhope mejor que ella y comenzó a perder también toda esperanza. No supo ya qué decir y así los dos quedaron sentados en silencio en su banco hasta que pasó el tiemno y llegó el tren nocturno que los llevó a La Rosalera. Desde la estación les quedaba todavía un buen trecho de camino. Llenos de temor y angustia caminaron a través de la noche oscura sin hablar una palabra. A medida que se iban acercando a la casa, el corazón les palpitaba en el pecho de congoja y miedo. Entraron en el patio. El gran mastín que estaba encadenado delante de la casa comenzó a ladrar fuertemente; pero el animal se tranquilizó al punto cuando Fani lo llamó por su nombre, porque conocía su voz.

Se abrió la puerta de la casa y la tía Clarisa salió por el pasillo iluminado:

-¿Sois vosotros? ¡Gracias sean dadas a Nuestro Señor! -exclamó y mandó a los niños que entraran.

La señora de Stanhope no se había acostado y esperaba también dentro del pasillo:

-Sí, esto lo podemos y debemos decir todos ahora, pero muy en particular

Librodot

vosotros dos -dijo mirando con severidad a los dos niños que ofrecían un aspecto terrible-. ¿Así que vienen del agua, al fin de cuentas! ¿Dónde andan los hombres?

Fani y Emi balbucearon que no habían encontrado a hombres algunos y que venían directamente de la estación del ferrocarril. La señora de Stanhope movió la ca- beza en señal de desaprobación:

-Hay que mandar decir otra vez a la casa del pescador que suspendan la búsqueda -dijo secamente-. El cuidado de los niños lo dejaré en manos más expertas que las mías -y con esto se retiró.

La tía Clarisa ordenó que los niños se acostaran inmediatamente. Luego vino con una enorme tetera llena hasta el tope de té caliente, y los dos tuvieron que tomar una taza tras otra hasta que ambos parecían dos calderas de alta presión,

Después se sentó la solícita Clarisa primero en la cama de Emi, luego en la de Fani, para escuchar el relato de sus peripecias, y para saber si alguno de ellos había sufrido un accidente de manera que, acaso, hiciera falta llamar al médico.

Los niños contaron todo cuanto les había sucedido, aseguraron ambos que se sentían ahora muy bien, y como además se les caían los párpados de sueño y agotamiento, se acostó finalmente también Clarisa con el corazón agradecido, porque había sufrido no pocas angustias por los dos excursionistas.

A la mañana siguiente, aunque Fani sentía todavía el cansancio en todo su cuerpo, no quiso llegar ni un minuto atrasado al desayuno. Apenas se despertó, saltó de la cama y se vistió. Eran recién las siete, para el desayuno faltaba todavía una hora. Decidió salir al jardín donde los pájaros gorjeaban celebrando el nuevo día. Éstos tenían más motivos para cantar que él, pensaba Fani, tal vez le consolarían con sus trinos. Al pasear debajo de los árboles, vio que un hombre entraba al patio. Lo reconoció en seguida: era el pescador. Fani corrió a su encuentro; sin duda venía para cobrar el alquiler que todavía no le habían pagado. El pescador se detuvo junto a la entrada cuando vio que Fani venía hacia él, y se descubrió cortésmente.

-Ya sé por qué viene usted -dijo Fani sacando su monedero- diga usted lo que le debemos.

El pescador daba vueltas a la gorra que tenía en las manos como si esto le ayudase a ordenar sus ideas, y dijo finalmente con alguna vacilación:

-No quisiera parecer exigente; no sé si el joven señor sabrá el valor de una embarcación de ésas con todos los accesorios. Con menos de ochenta marcos no hay caso; seguro que todavía salgo perdiendo, pero no quiero pedirle más.

Fani pareció como tocado por el rayo. Cómo no se había acordado de que la barca se había perdido y debía ser restituida. ¡Ochenta marcos! En toda su vida no había visto tanto dinero junto. Se quedó mudo de espanto.

El pescador lo miró pensativo. Después de un rato. dijo con modestia:

-Ya comprendo que el joven señor no lo tiene en seguida a mano y tiene que hablar primero con la señora madre. Volveré, pues, mañana.

-No, no -contestó Fani apresuradamente-, yo iré a su casa, apenas tenga el dinero. Esté seguro de que voy a ir -añadió al notar el profundo desánimo que invadió el rostro del pescador-; cumpliré mi promesa con toda seguridad, sólo que no puedo decirle con precisión cuándo será.

Parecía como si el pescador quisiera decir algo más.

pero se contuvo y se fue. Sólo suspiró en voz baja:

-¡Ay, Dios mío, sin bote y sin dinero para comprar otro!

Fani volvió corriendo a la casa. Se fijó en la puerta de Emi si los botines estaban todavía afuera, donde se ponían por la noche para ser lustrados. Como ya habían desaparecido, dijo a media voz a través de la puerta:

-¿No sales todavía, Emi? Tengo que decirte una cosa con suma urgencia.

Emi salió completamente vestida; también ella se había despertado temprano, acongojada por diversos temores.

-¿Qué te sucede, Fani?, ¿ya dijo algo la señora de Stanhope? -preguntó alarmada.

Fani negó con un movimiento de la cabeza, pero la arrastró consigo a un rincón apartado del jardín; allí le comunicó la última desgracia que había ocurrido.

-¡Ochenta marcos! -resoplaba Emi sobrecogida de terror, pues tampoco ella había tenido en su vida semejante suma en la mano-. ¡Oh, qué horrible!, y continuamente sucede otra cosa a cuál más espantosa. ¡Parece que no se acaba nunca! ¿Y, qué hacemos ahora? -lamentóse afligida.

-Sí, y después vendrá lo peor de todo -suspiró Fanipero, ¿qué se puede hacer por el momento? Nunca, nunca podremos pedir a la señora de Stanhope tanto dinero después de todo lo que le hemos hecho, esto lo comprenderás. ¿Pero dónde hallar tanto dinero? ¿No se te ocurre nada? Oh, si conociera a un solo hombre en el mundo que nos diera ochenta marcos; el pescador necesita el dinero con urgencia, esto ya lo tengo entendido, pero hay que evitar a toda costa que él diga algo a la señora de Stanhope. Ella no debe enterarse de ninguna manera. ¿Y ahora, qué hacemos, Emi, no se te ocurre ningún recurso?

Emi se había sentado en el banco y sus ojos parecían querer saltar de las órbitas por el esfuerzo que realizaba para hallar una salida del callejón en que inconscientemente se habían metido.

En este momento venía Fred corriendo; tenía que enterarse de las peripecias que habían pasado los dos el día anterior, y antes de que acabase de hacer todas las preguntas, fueron llamados al desayuno.

El ambiente fue tenso. Los niños sólo miraban sus platos, ninguno se animaba a levantar la cabeza, y todos sabían muy bien por qué. Ninguno de ellos tenía ya la conciencia limpia frente a su bienhechora.

Ésta miraba inquisitiva, ya a éste, ya a aquél, pero sin decir una palabra.

La tía Clarisa untaba una rebanada de pan tras otra con manteca a pesar de que las fuentes estaban todavía llenas ya que nadie comió con la animación acostumbrada. Seguramente, también los pensamientos de la

buena Clarisa andarían por otra parte mientras aumentaba sin cesar las provisiones.

Cuando la señora de Stanhope se levantó de la mesa, dijo a Fani:

-Baja a la biblioteca y espérame allí; yo iré en seguida porque tengo que hablarte.

Fani se puso blanco como el mantel de la mesa. Emi se puso color granate subido, y cada cual decía para su capote:

-¡Ahora viene lo terrible!

Al querer salir por la puerta, la señora tropezó con la

mucama que estaba por entrar en el mismo instante. La señora de Stanhope dio un paso hacia atrás.

-Perdone usted, señora -dijo Lina retrocediendo a su vez-, estaba tan apurada porque hay otra novedad. Aquí está un sirviente del "Príncipe Heredero"; el hotelero lo manda para informar a usted de que el joven turista por quien el joven señor de la casa había reservado alojamiento, no volvió al hotel en toda la noche y que esta mañana un aprendiz del zapatero declaró haber estado anoche con el joven turista a quien vio después tomar las de villadiego corriendo como loco en dirección al Rin.

Ahora le tocó el turno de sobresaltarse a Oscar. Se puso alternativamente blanco, amapola y de otros colores 'parecidos, mientras sus ojos miraban en todas direcciones como si buscasen una salida por donde escapar en caso de necesidad.

Clarisa indicó a la mucama que podía retirarse y que ella misma se arreglaría con el sirviente del hotel, porque tenia ciertos temores de que Lina pudiese intercalar todavía una historia de ciertos animales que se habían alojado en cierto escritorio.

El semblante de la señora Stanhope se hacía cada vez más adusto.

-No entiendo lo que todo esto significa -dijo dirigiéndose a Clarisa- si ese joven se relaciona de alguna manera con Oscar, que se inicie su búsqueda por mi cuen- ta. -Y diciendo esto salió.

Emi se precipitó ahora a la habitación donde solían hacer los deberes y escribió la carta más urgente de su vida:

"¡Querida Tía!

¡Por amor de Dios, ayúdame! Ha sucedido algo terrible. Nunca, nunca más en mi vida quiero planear nada, por bien que pueda salir. Desde el primer día me había propuesto cumplir todo lo que me había dicho mamá y no instigarle a Fani a nada, y ni siquiera le había dado a leer el libro de los artistas célebres, y también esto sólo lo quería hacer para animarle. Pero, aún antes de que lo hubiese

visto me dijo que deseaba más que nada en el mundo ser pintor y sabía también qué hacer para que la señora de Stanhope se lo permitiera, pero no sabía cómo llevarlo a cabo, y yo encontré el medio. Y me acordé de veras de que había prometido a mamá no instigarle a cosa alguna, pero me parecía que esto no era instigar, porque Fani ya sabía lo que quería y sólo no encontraba el camino y entonces le quise ayudar. De ahí salió una historia espantosa que es tan larga que te la tengo que contar personalmente. El hecho es que perdimos un bote en el Rin que pertenecía a un pobre pescador al que debemos ahora indemnizar. Comprenderás, seguramente, que no se lo podemos decir a la señora de Stanhope; no se le puede pedir tanto dinero después de todo lo que hizo por nosotros. Fani dice que antes preferiría irse en seguida y trabajar en la fábrica. Pero tú nos ayudarás seguramente, querida tía, oh, te ruego mil, mil veces que no nos abandones en este terrible trance. Cuesta ochenta marcos. Es una suma enorme, pero sin duda que valía tanto con dos remos y una bayona. Pero, no quiero que me lo regales, sólo te lo pido prestado. Ahora voy a pensar día y noche cómo podría ganar dinero para devolverte los ochenta marcos. Una cosa ya la tengo, sabes, el regalo anual de mis padrinos. En un cajón del escritorio donde cada uno de nosotros tiene el suyo, encontrarás seis cucharitas de plata y un magnífico acerico. También hay dos viejos huevos de pascua con hermosas calcomanías,

dragones que lanzan llamas, flores, sol, luna y estrellas. Todo esto lo podrás vender muy bien, y todo lo que yo reciba en adelante lo voy a vender y una vez que haya pensado bien cómo ganar dinero, te podré devolver pronto los ochenta marcos. Oh, querida tía, no dudo de que nos vas a ayudar, no puedes hacer otra cosa, porque ya sabes que todos los desgraciados acuden a ti para que les ayudes. Escríbeme, por favor, lo más pronto posible, y mándanos también volver a casa; ya hace tanto que estamos lejos de casa. ¡Cuánto me alegraré cuando esté de vuelta, y me sienta otra vez bien segura y pueda ir a ti cuando no sé cómo seguir adelante! Ojalá pudiéramos viajar ya mañana y llegar por la noche a casa y estar contigo y con mama.

¡Por favor, escríbeme mañana mismo, querida tía! Te manda mil saludos

tu sobrina que mucho te quiere
Emi.

P. D.: Querida tía, todavía me acuerdo de una cosa: en Colonia vi a una niña que vendía rosas por las calles. Si la señora me permitiera sacar dos rosas de cada arriate ya tendría bastante para vender en la carretera que pasa aquí cerca, y ganaría bastante, ¿no te parece?
De nuevo mil saludos de tu sobrina
Emi.

P. D.: Querida tía, en este momento se me ocurrió lo mejor de todo: aquí en los viñedos usan unos terribles espantapájaros con barbas rojas y brazos extendidos. Si me enviaras un gran pedazo de tela roja y otro de amarilla, podría inventar otras figuras más terribles todavía y venderlas por mucho dinero. Tal vez, de esta manera te podría devolver a la vuelta más de la mitad y entre tanto se me ocurrirá seguramente otra cosa para ganar más dinero.
Nuevamente te saluda tu sobrina
Emi."

Fani estaba ya desde hacía tiempo en la biblioteca esperando con el corazón palpitante la entrada de la señora de Stanhope. Ella entró y Fani saltó de su asiento porque ya había aprendido buenos modales. La señora se sentó en el sofá e hizo un movimiento con la mano indicando a Fani que tomara asiento y que se acercara.

-Ahora me contarás todo, Fani, de acuerdo con la verdad, todo lo que sucedió el día de ayer: cómo salieron al agua y lo que os movió a hacerlo, y también quién tuvo la primera idea. Dime todo y no me ocultes nada, porque yo me daría cuenta si encubres alguna cosa y quiero ver claro en este asunto.

Fani comenzó desde el principio y refirió todo con lujo de detalles: cómo le gustaba ya en su casa dibujar y los planes que había forjado con Emi para el porvenir. Cómo se había sentido feliz de que la señora de Stanhope le facilitase una buena escuela de dibujo y cómo su afición había crecido a medida que adelantaba en este arte. Cómo lo había contado a Emi y cómo ella había gozado con tan buena nueva y le había animado de decirlo a la señora de Stanhope. Y luego vino el punto principal que Fani destacó especialmente: que había querido hacer el dibujo en la esperanza de ganar un premio y

Librodot

ganar a la señora de Stanhope para sus planes y que Emi había hallado la manera de acercarse a las ruinas porque sabía remar muy bien. Luego, siguió la descripción del fracaso porque Emi no había previsto que las olas los arrastrarían con tanta fuerza, mucha mayor que en el lago donde ella había remado muchas veces sin sufrir ningún accidente.

La señora de Stanhope había escuchado en silencio. Luego que Fani hubo terminado sólo dijo:

-Está bien, Fani, puedes irte.

Fani salió de la biblioteca.

En la entrada de la casa, detrás de un grueso pilar, lo esperaba Emi que sabía que él tendría que dar cuenta de la excursión malograda.

-¿Y ahora?, ¿y ahora? -preguntó con la respiración contenida.

-Ahora está todo igual como antes, todavía no sé nada -contestóle Fani.

-¿Te ha regañado mucho? ¿Ha dicho también algo de mí porque tuve la culpa de que nos fuéramos con el bote? -quiso saber Emi.

-No, no, la señora de Stanhope no regaña nunca; pero está muy enojada conmigo, porque no dijo nada, y otras veces solía hablar muy amablemente conmigo, también cuando había hecho algo que no le gustaba. Oh, todo se acabó, lo sé demasiado bien -suspiró Fani con acento desgarrador.

Emi suspiró profundamente. Sabía muy bien que había contribuido a tan triste estado de cosas. Así pasaron tres días. En la casa reinaba mayor silencio que nunca desde la llegada de los huéspedes. Sobre todos ellos parecía cernirse una tormenta, los oprimía una pesadilla que a nadie permitía hablar ni reír con libertad, y ninguno sentía ganas de divertirse de cualquier manera que fuese. Todos estaban esperando una decisión que a cada cual aparejaría lo que estaba temiendo. A la mañana del cuarto día llegó un grueso sobre dirigido a la señora de Stanhope, que contenía además sendas cartas para los niños. Venía de la madre, la cual expresó a la señora su profundo agradecimiento por todas las alegrías y goces con que había colmado a los niños en su hermosa propiedad. Luego siguieron muchos y muy sentidos pedidos de perdón por toda la inquietud y sobresaltos desacostumbrados que la presencia de los niños habían causado en su casa. Luego, escribió la madre que los niños habían abusado ya demasiado de la bondad y hospitalidad de la señora de Stanhope y que ella tuviese a bien fijar el día de partida que más fuera de su agrado.

Las tres cartas para los niños eran todas de la tía. Emi abrió la suya primero: contenía un billete. Con un salto se precipitó en busca de Fani:

-¡Nos ha salvado, nos ha salvado! -gritó loca de alegría- ¡oh, la tía, la tía, la tía es un ángel del cielo!

También el rostro de Fani estaba radiante de sorpresa y alivio.

-¡Tómalo!, Fani, llévalo al pescador que yo tengo que leer mi carta -dijo Emi entregándole el billete; luego corrió a una glorieta del jardín para leer la carta. Esta, después de las salutaciones cariñosas iniciales, decía así:

"¡Qué lástima tan grande, querida hija, que tuvisteis que echar a perder

tan magnífica estadía, unos días que tal vez no se repitan nunca, malográndolos de esta manera y sólo porque los tres no supisteis obedecer debidamente, sobre todo tú y Oscar! Papá y mamá os habían dicho bien claramente lo que debíais evitar, pero no cejasteis en vuestro empeño de hacer lo que queríais. Ambos comprenderéis ahora muy bien los malos efectos que tuvo vuestra des- I obediencia y que os habéis merecido con creces todos los sustos y la congoja que habéis pasado. Ojalá hayáis escarmentado y aprendido una vez por todas que no es ésta una buena manera de proceder, pues pensad en todas las desgracias que podrían haber creado vuestras fechorías, mucho más terribles que las ocurridas, especialmente para ti, querida Emi. Aunque no dices muy claramente lo que sucedió, tu mamá y yo que te conocemos, sabemos leer muy bien entre líneas que hiciste algo con la barca perdida que hubiera podido tener un desenlace muy desgraciado si el buen Dios no te hubiese protegido de manera especial. Espero que no te olvides nunca de esta experiencia, antes bien, que se lo agradecerás al buen Dios todos los días y le rogarás siempre que te tenga de su mano y te proteja de todos los peligros a los que no dejas nunca de exponerte. El dinero que tanto necesitas, te lo envío antes que nada para que la señora de Stanhope no tenga que pagar por vuestras hazañas y entuertos. En esto Fani demostró su buen sentido, prefiriendo perderlo todo y hacer cualquier cosa antes de permitir tamaña injusticia. Mas como tengo la seguridad de que tú fuiste quien arrastró a Fani a tan penosa situación, no quiero que él pague las consecuencias. Pero, préstamos de dinero no te los hago, sino que te regalo lo que te envío. Mas te ruego encarecidamente que no se te ocurra otra historia: una vez puedo sacarte del apuro, pero por segunda vez acaso me sería imposible, a pesar de tener la mejor voluntad. También deseo que pongas fin inmediatamente a la elaboración de tus proyectos sobre las diversas fuentes de ingresos y actividades lucrativas, que si no, acabarás por inventar cosas aún mucho más espantosas que las que pretendes remediar. También tu mamá y yo nos alegraremos y deseamos vivamente teteros aquí de vuelta".

En su carta a Oscar la tía expresó la opinión, después de una introducción igualmente cordial, de que mirando las cosas bien, hubiera merecido un susto y temores aún mayores de los habidos por su manera de interpretar las indicaciones de su papá y su insistencia en la elección del epigrama para el estandarte.

-Ninguna carta de la policía o de los tribunales -continuaba la tía en su carta- llegó a tu papá, pero en cambio se presentó otra acusación contra ti:

Al tercer día después de su partida, Feclito volvió de repente a aparecer en Buchberg, sin equipaje, en calidad de fugitivo despojado de todo cuanto había poseído. Relató una historia horripilante de una aventura en la cual tú le habías metido y de la que sólo pudo salvarse mediante una apresurada fuga. En aquella tarde aciaga siguió corriendo a más no poder hasta llegar a una estación de ferrocarril, donde tomó el tren nocturno que lo trajo de vuelta a casa.

Librodot

Ya ves, querido Oscar, que estás en deuda con la familia Bickel, pues si bien no amenazaba a Feclito el cruel destino que él ya creía inminente, no obstante, es cierto que tú le enredaste en una empresa fracasada, acarreándote la indignación de sus padres. Esto lo puedes reparar solamente librando de inmediato a la señora de Bickel de una gran preocupación que la está oprimiendo. Ella me confió ayer que estaba perdiendo el apetito y sufría de insomnio, imaginándose de continuo cómo los mozos y criados del "Príncipe Heredero" se estaban repartiendo los seis flamantes trajes de su hijo y la nueva valija de cuero que tanto costó. Todas estas cosas, opina ella, hay que cederlas al hotel ya que su hijo tuvo que fugarse. Por lo tanto, te vas ahora en seguida al "Príncipe Heredero", colocas cuidadosamente los nuevos trajes en la valija, la cierras con llave y la mandas por encomienda. La llave me la remites aparte, de manera que todo llegue bien a destino, lo cual contribuirá a apaciguar la ira no inmere- cida de los Bickel contra ti.

A Fred escribía la tía, después de su muy sentido pésame por la pérdida de la valiosa colección:

..pero ya ves, querido Fred, que no dejas de ser culpable de esta desgracia. Ciertamente no dejé de ponerte sobre aviso de no guardar a tus animalitos aquí y allá, donde a la señora de Stanhope no le gustaría que estuviesen. Naturalmente no pude enumerar todos los lugares imaginables, pero tu sentido común debía decirte que coleópteros y orugas no se deben alojar en los cajones de un escritorio. A esto te llevó tu insaciable afán de coleccionista; como ves, también tú debes aprender a no pasar de la justa medida. Si te hubieras contentado con conservar sólo los ejemplares más raros, sin duda que te habrían facilitado algunas cajas. Pero en este punto tenía Fani toda la razón y me gusta que se le hiciera cuesta arriba pedir otras cosas en la casa donde a diario se le colmaba de favores, como hubiera sido un pedido de veinte cajas por vez, según tu encargo. Tal vez puedas traer acá por lo menos alguno que otro ejemplar y lo podremos admirar juntos a tu regreso.

Estas cartas llevaron un inmenso alivio a los corazones afligidos. Con todo, cada niño se quedó todavía con alguna espina que a ratos suscitaba suspiros.

-¿Qué hay respecto de la vuelta a casa? -se preguntaron Oscar, Emi y Fred, uno como el otro llenos de nostalgia.

-¿Qué será el día que la señora de Stanhope vuelva a hablarme? -se preguntaba Fani angustiado- ¿tendré que volver a casa y trabajar en la fábrica?

Todavía la señora de Stanhope no le había vuelto a hablar como antes solía hacerlo; sólo le miraba de vez en cuando con una expresión singularmente pensativa.

También en el corazón de Elsita se anidaba el miedo y la preocupación, no sólo por ella misma, sino también por Fani. Temía que al salir a luz el asunto que a la larga no podía permanecer oculto, la indignación de la señora de Stanhope alcanzase un punto tal que ya no quisiera saber nada de ambos.

Librodot

CAPÍTULO 8
EL DESENLACE

El dormitorio de Elsita comunicaba con el de Clarisa por una puerta. Durante este período, cuando cada día traía otra novedad inesperada, Clarisa, el ama de llaves fidelísima que cuidaba de todas las cosas, se recogía siempre muy tarde a su dormitorio, pues todas las noches debía presentarse a la señora de Stanhope después de haberse acostado los niños, para comentar los acontecimientos del día y ordenar los . asuntos para el siguiente. Terminado esto, Clarisa debía todavía vigilar diversos asuntos relacionados con la administración de la casa, la servidumbre, el jardín y la cocina, y poner remedio a mil pequeños problemas que habían surgido durante la jornada. Hoy había sido un día más agitado que de ordinario y Clarisa subió a su cuarto a una hora muy avanzada. El silencio reinaba en toda la casa, porque todos los otros habitantes estaban ya entregados al reposo. Clarisa se sentó para leer su oración de la noche, cuando de repente escuchó desde la habitación contigua unos ruidos tan angustiosos que saltó de la silla y corrió a Elsita.

La niña estaba sentada en su cama, su rostro cubierto por la palidez de la muerte. Delante de ella corría un torrente de sangre sobre las sábanas.

Cuando Clarisa entró, dijo Elsita temerosa:

-Oh, lo siento tanto, no tuve tiempo de saltar de la cama porque me vino tan de repente.

-¿Dios en el cielo, qué es esto? -exclamó Clarisa terriblemente asustada al llegar a la cama.

-No tiene importancia -tranquilizóla Elsita ya en mi casa me salía sangre de la boca alguna vez y aquí también a menudo, sólo que nunca era tanta y no me dolía. Ahora tampoco me duele mucho, pero lo siento tanto por la cama.

-No pienses en esto ahora, hijita -dijo Clarisa conmovida, rodeándola con el brazo para sostenerla-; estás muy enferma. Mira, querida, estás tan enferma que acaso le sigas pronto, muy pronto a nuestra Nora. ¿Te alegras por esto?

Elsita quedó muy sorprendida. Durante un largo rato permaneció callada. Luego dijo tímidamente:

-Quisiera tanto contarle lo que hace tiempo debía haberle dicho. Tal vez no estaba bien que yo continuase haciéndolo sin saberlo usted, y acaso la señora de Stanhope nunca me lo hubiera permitido y por esto no estaba bien.

Clarisa la miró muy extrañada. ¿Era posible que esta niña hubiese cometido algún delito a escondidas y hubiese seguido haciéndolo a sabiendas?

-Cuéntame todo sinceramente, te hará bien -dijo con bondad- pero habla en voz baja y lentamente.

Librodot

Así lo hizo la niña, relatando toda su amistad con la familia del pescador desde el principio, y cómo había estado diariamente durante horas trabajando en la casa y la cocina y tratando con esta gente tal como la señora de Stanhope tal vez nunca lo hubiera permitido.

Cuando Elsita había terminado, miró suplicante a Clarisa preguntando:

-¿Fue un gran pecado?

Clarisa tomó la mano de la niña en la suya y dijo cariñosamente:

-No te aflijas; al fin de cuentas no querías hacer nada malo y lo que hiciste no fue malo en sí. Esto sí: me lo deberías haber dicho y yo te hubiera podido aconsejar, pero yo misma te impedí hacerlo. Lo explicaré todo a la señora de Stanhope y todo se arreglará.

-¿Pero cree usted que me dará permiso para volver allá y seguir haciendo todo lo que hice hasta ahora? -preguntó Elsita angustiada.

-Por ahora estás tan enferma que durante mucho tiempo no podrás volver a visitarlos. Pero no te preocupes más por este asunto, que yo me ocuparé -dijo Clarisa tranquilizándola-. No sabía que esta gente estaba tan necesitada, pues el hombre nunca se quejaba cuando traía el pescado. Yo misma iré para ver lo que se puede hacer por la mujer enferma. ¿Estás ahora mas tranquila?

-Sí -dijo Elsita vacilante-, pero allí hay tanto quehacer de lo que nadie sabe nada, y ella nunca lo diría. En el corto tiempo yo pude zurcir sólo muy pocas cosas, y todo está roto y hecho jirones, los niños no tienen qué ponerse encima, la madre no puede cocinar todavía y cuidar de la casa, y el padre no puede trabajar bastante como . para dar de comer a todos y evitar que les sea quitada la choza. Si yo no voy más a ayudarles, no sabrán qué hacer, porque no salen a mendigar, sólo están en la miseria; es igual que en mi casa.

Elsita sollozó convulsivamente. Parecía que las tristes impresiones de su primera niñez y esta nueva experiencia de un dolor ajeno que le tocaba muy de cerca, se confundían en un inmenso sufrimiento que se desencadenaba sobre su alma sensible y amenazaba casi con ahogarla.

Clarisa tomó en sus brazos a la niña que sollozaba sin consuelo y la alzó de manera que la luz de las estrellas iluminasen su rostro.

-No mires atrás, Elsita -dijo bondadosa- miremos más allá, ves, donde está nuestra Nora y te hace seña. ¿No recuerdas lo que dice nuestro canto de los que allí están?:

"Sus lágrimas se vieron enjugadas
Y los inunda la alegría pura!"

Elsita alzó sus ojos al cielo estrellado y se fue tranquilizando poco a poco. Después de un rato preguntó tímidamente:

-¿Podré ir allí donde está Nora, me dejarán entrar? El viejo abuelo dijo que allí sólo entran los buenos.

-Mi querida niña, escúchame, te diré quién puede y quiere abrir la puerta a ti y a mí y a todos los hombres -dijo Clarisa animándola-, Nuestro Señor Jesucristo que vino del cielo nos ha abierto el camino hacia el país de los bienaventurados. Sin Él nadie puede hallar el camino, pero Nuestro Señor nos quiere llevar a todos, y por los que no son buenos siente predilección y una gran misericordia y le gusta mucho ayudarles para que puedan entrar allí. ¿Te acuerdas todavía de lo que dijo a aquél que estaba crucificado con Él y no había sido bueno?

-Sí, lo sé muy bien... -dijo Elsita pronunciando claramente cada palabra. Luego, la buena niña recostó su cabeza sobre la almohada y Clarisa escuchó que estaba diciendo algo para sí en voz baja, pero sólo pudo entender las últimas palabras:

"Y se abrirán del paraíso, luego,
Las puertas al que Tú has redimido."

Después de esto se hizo un profundo silencio.

Pocos instantes más tarde Clarisa se inclinó sobre la niña silenciosa; ya no respiraba: había seguido a Nora.

A la mañana siguiente, entró Clarisa en los cuartos de los niños para comunicarles que Elsita durante la noche se había ido al cielo. En el primer momento no pudieron creer ni comprenderlo. Todavía el día anterior Elsita había jugado con ellos en el jardín tan obsequiosa y servicial como siempre y sin quejarse de ninguna dolencia.

Cuando entraron a su alcoba, la vieron tendida sobre su lecho con un vestido de nívea blancura. Una sonrisa feliz hermoseaba la pequeña cara, como pocas veces se había visto en la niña mientras vivía. Era un día triste para los niños. Cada cual estaba sentado en su rincón llorando en silencio, porque todos ellos habían querido mucho a Elsita que era tan suave y cariñosa y siempre dispuesta a servir a todos. Fani no podía estar en ningún lugar, pues se hallaba desgarrado de dolor. Se deslizó de nuevo a la pieza de su hermana, arrodillóse junto a la cama y sollozó como si quisiera rompérsele el corazón. Ahora revivieron los recuerdos de todo lo que había pesado sobre la buena Elsita desde sus primeros años y cuántas veces había sobrellevado la parte que a él le hubiera tocado, cuántas veces había preferido tomar sobre sí un castigo antes de traicionarle a él. Entonces sintió Fani el amor tan grande que había desaparecido de su vida y comprendió que ya no había nadie sobre la tierra que tanto se interesase por él y compartiese toda su vida como Elsita lo había hecho. A Fani lo abrumó un sufrimiento como nunca en su vida lo había sentido.

Al día siguiente, fue Clarisa a la choza del pescador, pues sentía la obligación de velar por esta gente en recuerdo de Elsita. Comunicóles la

Librodot

muerte de la niña y anunció que mandaría a la madre enferma alimentos confortantes, que era lo que más falta le hacía, y también respecto de otras cosas les aseguró que no se olvidaría de los amigos de Elsita.

Recién cuando se fue, la buena gente se entregó a su inmenso dolor, pues tanto a los grandes como a los pequeños les parecía que no podrían aguantar ya la vida sin Elsita y que nunca se consolarían por su desaparición. Elsita había cambiado totalmente la faz de este hogar y a todos les había hecho bien. Mas que esta niña, que tanto había cuidado y trabajado por todos, hubiese venido de la hermosa casa que se llamaba La Rosalera, esto nadie pudo comprenderlo. El padre, empero, decía:

-Fue un ángel del cielo, yo os lo dije desde el primer día -y de ahí no lo sacaba nadie.

Un muy pequeño cortejo siguió al féretro cubierto de flores que fue conducido desde La Rosalera al cementerio de la cercana aldea. Fani, Oscar y Fred lo seguían con los ojos arrasados en lágrimas y tras ellos el criado y el cochero. Cuando la pequeña procesión había salido del patio y entrado en la carretera, vinieron desde el río dos muchachos sollozando: Tolf y Enrique. Se unieron al cortejo pero no pudieron reprimir los sollozos porque veían ante sus ojos el último lecho de flores en que se llevaban para siempre a Elsita. Detrás de los dos niños venía su padre vestido de negro y cualquiera hubiera pensado que era su propia hija la que se llevaban al cementerio, tal era su llanto. Muy lejos seguía lentamente y con mucha dificultad un hombre viejo y de cabello completamente blanco que se apoyaba de un lado en un bastón y del otro en una mujer pálida y demacrada que a su vez caminaba con paso vacilante. Casi no podían seguir adelante, pero el viejo había rogado y suplicado tanto que se le permitiese acompa

ñar a su pequeña bienhechora en su último viaje que la hija no se animó a negárselo. A su lado caminaba con pasitos cortos la pequeña Lena llorando lastimosamente, pues había comprendido que allí se llevaban a Elsita, la que nunca volvería a tomarla en sus brazos.

Cuando los niños llegaron de vuelta de su última salida con Elsita, la señora de Stanhope se sentó junto a ellos y les habló con mucha bondad. Dijo que comprendía muy bien que todos estaban muy entristecidos por lo sucedido y que los huéspedes desearían seguramente regresar a su hogar; pero que ella esperaba que los amigos volverían a reunirse alguna vez en el futuro. Luego, rogó a Clarisa disponer todas las cosas de manera que los niños pudiesen partir ya en la tarde del día siguiente, aprovechando la noche para viajar y llegar sin demora al otro día a su pueblo.

De esta manera, en horas de la tarde del día siguiente los niños se despidieron de la buena dama y de Clarisa, de su amigo Fani y de toda la hermosa Rosalera en una forma mucho más silenciosa que la habitual. Fani tuvo que volver el rostro cuando arrancó el coche que le llevaba a sus compañeros.

¡Qué soledad y qué silencio reinarían ahora en La Rosalera después de la

partida de los amigos y sin poder hallar a Elsita nunca más en ningún rincón del jardín y de la casa!

Los niños viajaban hacia su hermosa patria. En la estación de llegada estaba esperando el coche de casa y ellos se fueron corriendo hasta él. Gritos agudos los recibieron: era la manera en que Ricli manifestaba su inmensa alegría de tener otra vez consigo a sus hermanos, pues se -le había permitido ir con el coche para buscarlos a la estación. Pero, cuando el coche después de' un corto viaje paró delante de la casa y la madre y la tía salieron corriendo para recibir y saludar con su amor inigualable a los niños, todos juntos rieron y lloraron a la vez con la desbordante alegría del regreso y aquella noche resultó algo menos que imposible llevar a los niños a descansar. La inmensa felicidad de estar otra vez en el hogar, el torrente de noticias que querían dar todos al mismo tiempo, y los miles de preguntas que por su parte querían hacer, todo esto los había llevado a tal excitación que se podía pensar que nunca más volverían a aquietarse.

Pero, finalmente estuvieron todos acostados nuevamente en sus camas y durmieron profundamente después de tantos y tan enormes acontecimientos. La madre fue silenciosamente de una cama a la otra y dedicó al buen Dios una oración especial en acción de gracias por haber protegido a sus niños de toda desgracia y haberlos traído felizmente de vuelta a sus brazos.

La señora de Stanhope había pasado el verano más intranquilo de su vida. Las experiencias de estos últimos días le hicieron cambiar de idea mucho más fácilmente de lo que hubiera sido en otras circunstancias. Había tenido el firme propósito de dar a Fani una educación que le capacitaría más adelante para administrar sus propiedades.

Pocos días después de la partida de sus amigos, cuando Fani paseaba por el jardín, se le llamó a la habitación de la señora de Stanhope.

-Siéntate junto a mí, Fani, todavía tenemos que hablar -dijo al recién llegado-. Por tu relato de la excursión malograda a las ruinas del castillo entendí que tu mayor aspiración es la de ser pintor. ¿No es esto un capricho pasajero, lo has pensado bien y es todavía tu mayor deseo?

Fani se puso de color rojo oscuro. Vaciló un momento y luego dijo:

-Sí, hace mucho que es mi mayor deseo y cada vez más, a medida que adelantaba en el dibujo. Pero ya no voy a pensar en esto y pienso hacer gustoso lo que usted quiera señora.

-He hablado con tu profesor de dibujo -continuó la señora-, el cual dice que si tu aplicación corre pareja con tu talento, serás un artista de renombre. Ahora bien: yo pienso que si tu deseo es tan grande, te mostrarás también diligente y trabajador. He resuelto llevarte a Duseldorf, donde recibirás la instrucción completa que requiere esta profesión. Por algunos años permanecerás allí; luego veremos lo que hemos de hacer contigo.

Fani enmudeció por completo de sorpresa y felicidad.

Cuando finalmente quiso darle las gracias, le saltaron las lágrimas de tan inmensa emoción, de manera que no pudo

Librodot

articular una palabra.

Pero a la señora de Stanhope le gustó mucho que Fani, siempre tan buen retórico, no pudiese hablar nada por ser tanta la agitación de su ánimo y se quedase inmóvil de esta manera, y se dijo: "Esta vez lo ha tomado bien en serio".

La noticia del ingreso de Fani en la carrera de las bellas artes ha producido en Buchberg un júbilo sin límites. Oscar, Fred, pero sobre todo Emi, la triunfadora, están esperando ya confiados el momento en que en la exposición de arte en la capital cercana aparecerán maravillosos paisajes firmados con el nombre de "Fani de Buchberg".

Oscar mantiene una correspondencia ininterrumpida con los hermanos Fink. Una vez que estos tres sean grandes, se oirá hablar de asociaciones y pactos en Suiza que serán el estupor de todo el mundo civilizado.

Feclito no habla nunca de su viaje al Rin por más que los compañeros le insten con sus preguntas inoportunas. Cuando en su clase se habla de la geografía de Renania, vuelve la cabeza y deja de atender a propósito; porque de un país donde se trata así a los inocentes, no quiere saber más nada.

FIN